

PICTORIAL REVIEW

SEPTEMBER, 1917

SPANISH EDITION

PUBLISHED MONTHLY BY

THE PICTORIAL REVIEW COMPANY

THE PICTORIAL REVIEW BUILDING, 214-226 West 39th Street, NEW YORK

PRESIDENTE WILLIAM P. AHNELT 2DO. VICE PRESIDENTE . EVERETT D. TRUMBULL
1ER. VICE PRESIDENTE . CHAS. W. NELSON SRIO. Y TESORERO LEON LEWIN

Entered as second-class matter April 17, 1914, at the Post Office at New York under the Act of March 3, 1879

Yearly Subscription:

\$2.50 Oro Amer.

Subscripción anual

Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES

S. A. Smart, Alcalá 48, Madrid
Neptuno 90, Habana
Rua General Camara 78, Río de Janeiro
Sarandí 544, Montevideo

Single Copies:

25 cents Oro Amer.

Número suelto

Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES

Leipziger Strasse, 112, Berlín
Zieglergasse 84, Viena
22 Boulevard Poissonniere, París
217 Piccadilly, Londres

El Embellecimiento del Hogar

La belleza es la bebida del alma.

Por Jesusa Alfáu, (Española)

Sin belleza no hay felicidad.

UN ILUSTRE español, el vasco Don Pablo de Alzola, en su bellísima obra, rica de erudición acerca del "Arte industrial en España", nos dejó las más acabadas enseñanzas respecto a esa parte tan principal; el embellecimiento del hogar. Así, más que atender a lo que yo pueda deciros, debéis leer atentamente ese libro interesantísimo, no sólo para los españoles y los que hablan nuestra hermosa lengua, sino para los amantes del arte en su aspecto industrial, aspecto que indica el grado del progreso de los pueblos en su cultura y selección espiritual. Sin embargo, yo quiero charlar un poco con vosotras, amigablemente, que entre mujeres, se hace muy pronto íntima y eficaz la charla sobre cualquier tema. Como quiera que se considere tan interesante cuestión, nos encontraremos con la influencia bienhechora que en la vida tiene un hogar en el que todo nos sea amable y donde, tanto el cuerpo como el espíritu, sientan el bienestar que proporciona, no sólo material sino intelectual y moralmente, una casa en que todo nos diga algo dulce, algo amoroso, algo bello. Y esta delicada y exquisita misión, está especialmente encomendada a la mujer; ella debe ser la principal preocupación de toda madre y toda esposa. Hay que cultivar en el niño, desde los primeros años, la afición y el amor a la belleza, que ennoblece el espíritu y es un gran encauzador del sentimiento; amar las flores, las aves, el campo, los amaneceres, y los ocasos, el mar, y los arroyos, la línea solemne inefable de las montañas lejanas, todo en fin, lo bello que la naturaleza nos brinda, es el primer amor que la madre debe despertar en el alma de su hijo. Y si en esa alma infantil nació el amor a la belleza, haced que crezca y cuidadlo.

No es necesario una fortuna para conseguirlo; la madre más pobre, puede dar a los ojos de su hijo, el reposo, el remanso, en todo lo doloroso y desagradable de la vida, de hacerle contemplar bellas cosas.

No es difícil ir haciendo una selección de lo bello en la vida. Si se trata del paseo, llevad a vuestro hijo al campo; si vivís en las ciudades, llevadlo a los lugares tranquilos de los parques, a los museos. En el hogar es donde debe extremarse ese cuidado, que haya sencillez y confort con preferencia, después, si no tenéis fortuna para cuadros magníficos, tapices, porcelanas, cristalerías, las más bellas producciones del arte, no os apenéis. Con un poco de buen gusto, podéis embellecer vuestra casa, sin esfuerzo pecuniario. Adornarla con reproducciones de obras maestras de los museos. Existen fotografías, grabados, muy buenos; huid siempre de oleografías de colores chillones, de cromos, almanaques, que sólo pervierten el gusto sin proporcionar ningún bien al espíritu; particularmente, si no sois artistas—que todos tenemos innato el sentimiento del arte aun cuando no sepamos exteriorizarlo en producciones artísticas—o si os reconocéis sin los suficientes conocimientos para apreciar una obra desconocida, huid también de ella, id solo a las ya consagradas. Tratándose de las habitaciones de los niños, hay que atender a la vez a que no sea todo, severas y rígidas formas de arte; se debe mirar que no falte en todo momento la nota alegre; a este fin, la industria y el arte modernos, han producido mucho: hay selecciones de motivos divertidos e instructivos, tales como escenas de esos cuentos inmortales de Grimm, Andersen, Perrault. A veces también hay motivos graciosos y caricaturescos: en éstos hay que cuidar de no incurrir nunca en lo grotesco y chocarrero, y siempre tanto para el niño como para los mayores, no escojáis cuadros de asuntos terribles, trágicos, de horror y muerte; no tengáis a todas horas ante los ojos sino escenas tranquilas, bellas, que calmen el espíritu y aligeren las ideas. En el decorado general, si no sois ricas para tener los tapices, las raras maderas y las sedas costosas, procurad que los papeles sean lisos y claros, nunca los grandes ramos y los dibujos señalados. Recordad, si alguna vez estuvisteis enfermas y si vuestra alcoba tenía uno de esos papeles detestables, como en las horas de dolor y de fiebre o de tedio solamente, los raros dibujos os atraían y os obsesionaban; los veáis ya de un modo, ya de otro, ya eran caras monstruosas, ya pájaros, ya fieras. Pues pensad el cansancio, la fatiga, que en un cerebro infantil producirá todo eso. En cambio un papel liso o de tenues trazos descansará la vista y calmará los nervios.

Las flores y las plantas, deben ser preferidas siempre. En las ciudades

es difícil y es caro, pero con un pequeño esfuerzo, no pueden faltaros algunas plantas de las llamadas *de salón*, que duran y adornan. Nunca tengáis plantas y flores artificiales; es triste conformarse con esos pobres remedos de la naturaleza, ya es bastante, por las imposiciones de la moda-reina, llevarlas en los sombreros y adornos. Las plantas sin jugo y sin perfumes que se destiñen y ensucian, ni embellecen ni educan el sentimiento; son una ficción, un engaño, y es un principio de educación no usar de las ficciones jamás. Si sois aficionadas a adornar vuestra casa, con labores hechas por vosotras, elegid las más artísticas; los blancos lienzos bordados, los encajes, los bordados imitando paños antiguos recamados, u orientales; visitad los museos y las galerías de arte e inspiraros en los modelos clásicos, jamás incurráis en esas labores, *cursis* y atrevidas, tales como imitar bordados con pintura, que las sedas y los hilos de oro, brillan y son más bellos, y rebajáis el noble arte de pintar a la imitación detestable de labores. Aborreced las flores de lana, las pantallas de papel, todas esas labores en fin, que no requieren ni arte, ni habilidad, ni buen gusto, y que no se inspiraron en ninguna bella expresión de un sentimiento o de una idea. Es humillante, para la mujer de los países de civilización a la europea, que nos traigan cualquier objeto o labor de una china, una turca, una musulmana de Argel, Túnez o Marruecos, una tela de cualquier lugar balcánico o de la Rusia oriental, o una labor de los indios de este o aquel lugar de América, y todo ello sea siempre algo lleno de sentido artístico, digno de figurar en el estudio del artista más refinado.

Así, con un poco de cuidado y buen sentido, podéis hacer de vuestro hogar un rincón encantador. Cuando vuestro hijo sea mayor, si su esposa

es como vosotras, mantendrá ese culto al bello hogar. Si él tiene pesares y preocupaciones, la vista de agradables objetos lo calmará y lo distraerá; si está alegre nada desagradable, feo, o de mal gusto, lo entristecerá y será más feliz; y si es desgraciado, no exacerbará su sufrimiento el espectáculo de lo que no ama. Cuando esté triste y preocupado, indirectamente, desviad sus ideas, encalmad sus preocupaciones; poned en su mesa unas flores, atenuad la luz de la lámpara porque la penumbra encalma los nervios, y con reposo y ternura, como las flores y como la luz, discreta y dulce habladle suavemente, y él entonces, sin miedo, sabiendoos fuerte y consoladora, os comunicará sus pesares, porque después de todo, o por encima de todo, vosotras, amables, cuidadosas, solícitas, dando a la vida las bellezas de un alma buena y cultivada, seréis el mejor ornato de vuestro hogar, el mayor irradiador, en torno

vuestro, de la más perfecta belleza, más duradera y que mayor bien proporciona a la vida y a los espíritus de los vuestros.

Vosotras, esposas y madres, sois el centro y el alma de vuestro hogar; toda vida y todo calor, de vosotras emana, por tanto debéis tratar de que todo bien y toda belleza esté en vosotras mismas, en vuestras ideas, en vuestros sentimientos, en vuestra abnegación. Pensad que sois la luz y la fuerza del hogar y que todo sentimiento egoísta, de indolencia, o indiferencia lo dejarían frío y en sombras.

Vosotras debéis velar constantemente, estar siempre alerta, como si fuérais centinela, explorador, y escucha de los vuestros, y les daréis el triunfo en la vida, porque no sabéis cuantos enemigos del alma y del cuerpo, habrá alejado vuestra solicitud, vigilancia y altruismo. Así, cuidad principalmente de vosotras mismas, para que poseáis esas virtudes que darán a vuestro hogar tantos bienes. Embelleceos físicamente, pero embelleced más vuestro espíritu, hacedlo, sereno, alto, sensible y culto y en él mismo, encontraréis toda la fortuna necesaria para adquirir lo que más embellezca el hogar. Y si esto os obliga a muchos sacrificios de vosotras mismas, exigiéndoos gran abnegación, en vuestra propia obra seréis recompensadas y premiadas con la satisfacción de haber cumplido la misión más alta, la que Dios quiso para la mujer.

La Flor de los Recuerdos

Por Refugio Barragán

(mejicana)

EN el jardín desierto de mi mente se abrió la flor de los recuerdos míos, pálida como el lirio que en los valles se mece al beso de otoñales fríos.

Miróla el corazón y dijo triste: —Yo en tu perfume encontraré la vida. —Y yo en cada una de tus lindas hojas una esperanza lloraré perdida.

Esto lo dijo el alma; y un suspiro se alzó volando a la mansión del cielo, en tanto que una lágrima preciosa rodó del corazón y cayó al suelo.



PICTORIAL REVIEW

Director: Rómulo M. de Mora

Año V. No. 8

Setiembre de 1917

Lo que se cuenta en el extranjero de las españolas

Por M. Romera-Navarro

EN SUS impresiones de viaje por España, los escritores norteamericanos han emitido juicios muy interesantes, a veces también ciertos y elocuentes, sobre las mujeres y los niños españoles. De atender a lo físico, nos dirá Clark, que es nuestra mujer más bien alta que baja, aunque añadiendo que tal vez sea ello pura ilusión óptica, ya que la mujer española sugiere en todo elevación, alteza, cumbre, a fuerza de dignidad. El matiz de su cutis va del rosa atezado al blanco de mortal palidez, la cual es imitada o acentuada a menudo, y por desgracia, con los polvos. El cabello de color castaño o rubio se ve mucho en las comarcas orientales, pero en general prevalece el cabello de una negrura azabache; péinadlo con ese primor y esmero tan característico en la península desde los tiempos de la mujer ibera.

Y LOS ojos, ¡oh, caballeros, qué hermosura! "Es imposible,—asegura Lathrop—dar más que una ligera idea de lo luminosos, soñadores, grandes, negros y expresivos que son." Y, resuelto a ser fino galán, proseguirá: "Por cierta ingenua franqueza, y por la libertad, vigor y rápida movilidad, tan bellamente combinadas en las líneas de su semblante, sólo a la mujer norteamericana puede compararse la española. A todo ello habrá que añadir unas cejas pobladas, arqueadas, y una penetrante expresividad y un natural fuego en las facciones, al que ya si que sería difícil encontrarle comparación alguna, en especial cuando este conjunto aparece enmarcado en los seductores pliegues de la negra mantilla, como una noche de cerrazón encareciendo el rutilar de una estrella."

Cierto viajero cree haber descubierto el más puro ejemplar de la hermosura española entre las granadinas, de tez maravillosa—por su delicadeza y rico color—, de lustrosa cabellera, y negros ojos que lanzan intensas miradas. No faltará quien declare que las facciones de la española no son perfectas, y su cuerpo rara vez juncal, mas aun esos mismos pecadores se encandilan con el fuego de sus ojos, enfocado por largas pestañas. Consideran algunos que más que hermosura, es una singular fascinación lo que posee la española. En particular las muchachas, son de todo punto hechiceras, tan hechiceras como el enamorado galán sabrá murmurarles al pie de la reja. Proviene este hechizo de sus modales, de su feminidad, del calor de sus sentimientos y de sus miradas, de su ingenua franqueza y nativa dignidad, de una gentil naturalidad y desenvoltura.

STEELL nos dirá que las andaluzas tienen la voz más rica y poética del mundo. Sobremanera al cantar estas coplas populares, genuino producto de la tierra española, que semejan participar de las cualidades de su sol brillante, de su tierra rojiza, del espeso y aromático vino de la península, de sus noches consteladas, de sus días claros, luminosos y ardientes. Son cantadas con tan sonora y afinada voz, con tal sentimiento, con tanta alma, que se olvida uno de la sencillez de la letra, a menudo insignificante y de escasa inspiración. Entre todos, los andaluces, de exquisita y armoniosa voz, se llevan la palma en aquel arte popular. "El andaluz es una de las criaturas más verdaderamente musicales de la tierra, en el sentido de que su música expresa su real emoción." El canto es su natural modo de expresión. Canta siempre, en cualquier ocasión, en todo lugar, y aunque en su libre cantar no se someta a las reglas de la técnica musical, canta bien. Y suyos, de su tierra, precisamente, son esos cantares populares, esas peteneras y malagueñas, que recorren triunfalmente todo el reino, y cuyos crudos y bárbaros aires suenan gratamente en todos los oídos, sean señores o labriegos, cultos o ignorantes, nobles o zagalas. Y si la buena hembra deja el canto por el baile, ¡María Santísima...! En Andalucía, sobre todo, las mocitas danzan con gracia tal que viéndolas "semeja vano cualquier otro goce de la vida".

Y LO que tampoco se les escapará a ninguno de estos tenaces observadores es la habilidad de nuestras hembras en el manejo del abanico. Cosa admirable y del mayor gusto es verles servirse del sutilísimo, infatigable y parlanchín instrumento, merced al cual una mujer "proseguirá una larga plática sin que de sus labios salga una palabra". Con elocuencia que da envidia al más elocuente, "se agita, ondula ociosamente, se abre y cierra en un santiamén, cae hacia un lado, como en pausa, torna a alzarse y toma, en fin, parte en la conversación casi como una tercera persona".

TODO ello sin el menor esfuerzo, con un leve movimiento de los ágiles dedos o la muñeca, y añadiendo un encanto más a su dueña. ¡Y cómo charlan estas buenas señoras españolas con el abanico y con todo cuando se reúnen de tertulia! ¡qué animación y expresividad, qué derroche de

energía, qué accionar con las manos y el abanico, y con los brazos, los hombros, las cejas y hasta las rodillas!

En todo esto y en el tipo, en los modales, en el carácter, las mujeres,—concederá

Chatfield-Taylor—son del todo femeninas y seductoras; pero si se entra en el terreno intelectual se verá que leen poquísimo y apenas son capaces de entablar una conversación sobre cualquier tema de interés general. Ni su educación tiende a desarrollar las facultades mentales, ni sus estudios pasan de ser rudimentarios; se las educa para esposas y madres, y nada más. El amor, del cual tienen las ideas más sentimentales, y la religión, son los dos únicos temas que deben interesarles.

BATES se fija en las muchachitas de la clase media, sensitivas, bien nacidas nobles, finas, listas como la que más, pero ignorantes. "En mis correrías por España, hallé en todas partes a estas mismas jovencitas hechiceras, vivaces, desvalidas, versadas en labores de aguja y en las finuras y gentilezas de sociedad, mas sin saber casi nada de historia, literatura, ciencia, cuanto forma en fin la cultura intelectual." Se impone, por lo tanto, una instrucción femenina más concienzuda y liberal. Con mayor motivo siendo estas mujeres españolas de clara y despierta inteligencia.

Conforme Catalina Clark, es imposible formarse siquiera una idea del país, sin ver lo admirablemente equilibradas que son las mujeres. "El sentido común de las mujeres del pueblo,—dice—es tan sorprendente en España como en Francia." Por ello lamentaba el viajero Hay, que estuviesen mantenidas en tal ignorancia: en su opinión, la inteligencia femenina es en la península más rápida y activa que la del hombre. "Entre la gente de sociedad,—escribía—nos llama la atención desde el primer instante la superioridad que, en claridad de juicio y en sensibilidad, poseen las mujeres sobre sus esposos y hermanos."

LA SEÑORITA LEE BATES, profesora del Colegio Wellesley y autora de numerosos trabajos acerca de nuestro país, es quien más atención y espacio ha concedido, en su relato de viaje, a los niños españoles. Desde que puso el pie en la península pudo apreciar el cariño que se les profesa allí, y la precocidad y salero de la gente menuda. Por ello, Cupidillo, y no Santiago, es el verdadero patrón de España. Los padres son por nuestra tierra cariñosos en extremo, pero imperiosos y severos cuando la ocasión se tercia; a menudo, impacientes en su disciplina. Aun aquí se muestra cuán "extraño, romántico y desmedidamente inconsistente" es el corazón de España; estos hombres que tratan con bárbara crueldad a las caballerías, dulcifican la voz y los modales al acercarse a un niño, no habiendo visto, en los seis meses que duró su viaje, nada de esa brutalidad callejera con que se le trata en las calles de Liverpool y Londres. Y dentro del hogar se le prodiga el cariño casi siempre apasionado y poético. "Sería, en verdad, extraño que los niños no fuesen amados en la patria de Murillo." Clark y Marden, entre otros, también aluden a esta universal querencia española por los niños, cualquiera que sea su rango social. No obstante verse adorados, acariciados por todo el mundo, los pequeños suelen ser humildes y, con la gente desconocida, tímidos. Como se ve, nuestra viajera no deja de notar nada, hasta la peregrina rareza de su timidez ante los extraños.

LO ÚNICO que se olvidó añadir es si las criaturas se ponen o no, como en todas partes, los dedos en remoión. Su precocidad es un hecho reconocido; durante los doce primeros años alcanzan un mayor desarrollo mental que los demás niños europeos. En cortesía, es preciso verles para comprender hasta qué extremo son puntillosos en observar todas las formas de la etiqueta, y cuán respetuosos se muestran con los mayores. "Todos, criados, vecinos, transeúntes, mendigos, educan al niño en las fórmulas de rigor y buena crianza, adornando el precepto con el ejemplo." Observa a los niños en una escuela y advierte con cuanta vehemencia agitan las morenas manecillas en el aire, al responder al maestro, la movilidad y expresión de sus ojos y del rostro entero, su animación y bullicio, sin olvidarse nunca, en sus travesuras, de ser respetuosos y urbanos.

SI NUESTRA viajera, que tan bien los quiere, les observa en el parque, es para caer en la cuenta de su incapacidad, verdaderamente española, en cosechar las lecciones de la experiencia. Ve recibir a uno de esos españolitos, una buena azotaina por haberse manchado de barro de pies a cabeza. "Temblábale la orgullosa boquita, pestañeaba a más no poder, pero ni una lágrima, ni un grito, y apenas había escapado de las garras de su nodriza, vuelta a enfangarse las manecillas en el arroyo."



Cierto viajero cree haber descubierto el más puro ejemplar de la hermosura española entre las granadinas, de tez maravillosa—por su delicadeza y rico color—, de lustrosa cabellera, y negros ojos que lanzan intensas miradas.



Para evitar imitaciones, exíjase siempre la célebre marca de fábrica de la Victor, "La Voz del Amo." Todos los productos legítimos de la Victor Talking Machine Company llevan esta marca registrada

La supremacía de la Victor representa: la mejor música del mundo interpretada por los artistas más eminentes

Es una cosa verdaderamente maravillosa tener a la disposición de uno a los más grandes artistas del mundo, dispuestos a deleitarle con su canto divino, con su arte genial y con su técnica admirable, sin verse obligado a salir de casa.

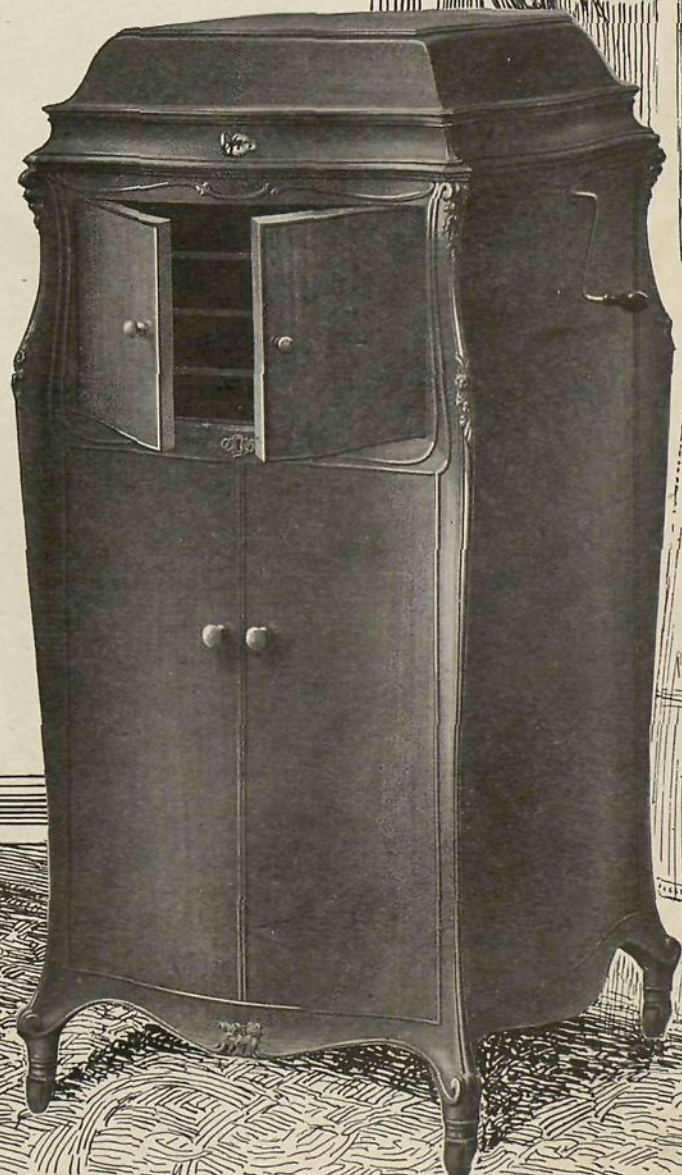
Los instrumentos capaces de proporcionar este placer inefable merecen ser considerados como instrumentos ideales. La Victor y la Victrola vienen gozando desde largo tiempo de este envidiable timbre de gloria, y no sólo se han conquistado la admiración sincera de todos los amantes de la música, sino que las mismas notabilidades de la lírica los han proclamado por doquiera como los mejores del mundo. Una prueba incontestable de la superioridad de nuestros productos está en el hecho de que los artistas que han cosechado mayores triunfos en la escena lírica, impresionan únicamente en discos marca "Victor."

Tenemos revendedores de la Victor en todas partes, y con el mayor placer le enseñarán los varios modelos de los instrumentos Victor y Victrola, cuyos precios oscilan desde \$10 hasta \$400, así como le tocarán cualquier disco que desee oír del gran catálogo Victor.

Escríbanos *hoy mismo* solicitando los últimos catálogos Victor ilustrados, los cuales remitimos gratis y franco de porte. Estos catálogos contienen grabados de los diversos modelos de la Victor y la Victrola, así como los retratos de los más célebres artistas del mundo que impresionan discos exclusivamente para la Victor.

Victor Talking Machine Company
Camden, N. J., E. U. de A.

Victrola XVII, \$250
Victrola XVII, eléctrica, \$300
Caoba o Roble





La joven dió un grito ahogado y quiso lanzarse sobre él.

LOS SURCOS DE LA VIDA

Por Isabel de León

Una mujer pura y noble no puede ser culpable sino víctima

(Continuación)

ILUSTRACIONES DE M. LEONE BRACKER

VI

El retrato



¿E CANSA de posar, señora?

—No.

Llevaban ya diez días de sesiones y la obra de Adalberto Doré estaba ya casi acabada. Sobre un fondo de colores salientes se destacaba la figura de Elena. Su busto, su traje, su rostro; todo acabado y retocado con esmero. Faltaban sólo los ojos y las manos.

Después de la pregunta y del tono seco de la respuesta, Doré dejó los pinceles.

—Es lástima que no se canse usted. Así tendría yo un pretexto y no confesaría mi falta de habilidad. No puedo pintar bien sus manos ni sus ojos. Es que las manos son como los ojos, expresivos, y en usted hay una movilidad, una exuberancia de gestos, de emociones que lo cambian todo de un día para otro.

—Puedo asegurarle que mi ánimo permanece igual y no sé...

—Tal vez; pero no es usted la misma ante mí. Cuando está usted desprevenida hay blandura y abandono en su actitud; y una luz clara en sus ojos. Si pinto se contraen, se retuercen sus nervios, la mano es hostil y los ojos se oscurecen como una tempestad.

—Creo...

—Sí, que no es por mí: Es su recelo de los retratos. Esta es la palabra: su recelo.

La miró fijamente y ella se estremeció.

Desde que empezó el retrato su tormento no tenía límites. Había momentos en que le parecía conocer aquel hombre y otros en los que le era perfectamente extraño. Lo seguía con ansiedad, mirando pincelada por pincelada, a veces creía distinguir aquel signo que dibujado en su abanico le robó la tranquilidad; pero luego se sosegaba al ver que era como una combinación casual de las líneas. Llegaba a creer que todo era una alucinación suya, sin motivos ni importancia.

Muchos días hubiera querido hablarle, interrogarle, pero el temor de cometer una imprudencia la contenía; y además no estaban jamás solos. Cuando no estaba su marido la acompañaba Manolita, y tenía casi la seguridad de que los criados andaban avizores.

Enrique le había dicho:—No quisiera contrariarte en el deseo de ese retrato, que yo mismo desperté en tí, pero ese pintor no me parece un hombre correcto. Hay que ser cautos.

Sin embargo, poco a poco Doré había ido ganando la confianza. Parecía no ocuparse más que de su pintura, siempre silencioso y atento; se veía que no miraba a Elena más que como un modelo; y jamás abusó en colocarla para mostrarse galante.

El recelo de todos se iba borrando, olvidando, perdiendo, precisamente en el momento que lo hacía surgir su palabra. Elena tuvo un momento de exaltación.

—Doré... tiene usted que decirme algo que no me ha dicho, yo le ruego que no lo demore... yo...

El dejó los pinceles, quitóse la blusa, y se sentó impávido ante una mesa, después de ponerse la levita.

—Eso es ponerse en razón, Lina...

La joven dió un grito ahogado y quiso lanzarse sobre él.

—Si gritas vendrán tus criados,—continuó él imper-

turbable—y dificultarás más mi misión.

—¿Luego no me había equivocado?

—Según.

—¿Se quiere algo de mí?

—Sí.

—Habla.

—No puedo. Todos los días te han dado guardia de honor, tu amiguita o tu esposo. Los días que no estaba a tu lado, yo lo sentía vagar junto a las puertas cerradas. Es hoy el primer día, que gracias a esa sesión a la que no puede faltar, nos dejan, solos.

—Pero habla, habla.

—Espera. Nos deja solos con los criados. Aléjalos y evita que venga la amiguita.

—¿No puedo!

—¡Obedece!... y su mano trazó en el aire un signo extraño.

—Calla... lo haré.

SE LEVANTÓ y oprimió el timbre. Apareció la doncella.

—María, va V. a llevarle esta carta a la señorita Manuela. Rápidamente escribió unas líneas y las metió en el sobre.

—Me permite, señora.

Puso el billete en manos del pintor.

—Sí—dijo éste.—Este es el nombre del teatro.

Temí que lo olvidara usted.

Cuando la criada salió hubo unos minutos de silencio. Al cabo de ellos Elena llamó de nuevo al timbre. El ayuda de cámara entró.

—¿Se marchó María?

—Sí, señora.

—¡Qué contrariedad! Toma, corre y lleva esta carta a casa de la señorita Manuela.

Otra vez volvió él a detenerle el brazo; el criado miraba con asombro; pero ella cogió el billete y se lo entregó recomendando:

—Ve enseguida.

Cuando desapareció el criado, Doré se acercó a ella y le puso familiarmente la mano en el hombro. Ella se echó hacia atrás.

—Déjate de remilgos, Lina.

—¿Pero qué quieres de mí?

—No soy yo, es nuestra sociedad: No debes olvidar que le pertenecemos en cuerpo y alma.

LA JOVEN lloraba convulsivamente.

—¡Es una crueldad!

—¡Claro!—dijo él con sorna. Es una crueldad venir a molestarte en medio de tu vida; no lo fué el darte los medios de llegar a ser una gran dama.

—Calla... manda... habla... lo que sea dímelo y no me atormentes.

—Nos estorbas en esta casa, Lina.

—¿Cómo?

—Tu marido tiene parientes que pueden estar a su lado y tú haces falta en otra parte.

—¡Pero estás loco!

—No, escucha. Has disfrutado demasiado tiempo de esta situación y es natural que sientas perderla, pero es preciso. Tú te escaparás de esta casa conmigo, dejarás una carta a tu marido, le dirás que estás loca de amor por tu artista... Los dos huiémos, la sociedad te protegerá siempre y eres bastante joven y linda, y sobre todo tienes demasiado talento para rehacer tu situación. Escribe esa carta.

—Pero...

—No hay tiempo que perder.

—¿Quién me asegura que dices la verdad?

—Mira...

Abrió la cartera y sacó un papel, ella dió un grito de temor.

—Escribe,—insistió él

—No...

—Piensa lo que haces.

—Puedes matarme; lo prefiero a que Enrique me crea culpable.

—Verdaderamente conmueve tanto amor y tanta pureza, Lina,—dijo él con sorna.
—Búrlate si gustas . . . no te obedeceré.
—Desprecias los compromisos y . . .
—¡Todo!—dijo ella con fiereza. —Mi vida es mía. Nadie tiene derecho a romperla.
—Todo eso es muy bonito,—siguió él inalterable.—Te dicto: Enrique. . .
—No . . . no . . . cien veces no. . . Ya te he dicho que puedes matarme.
—A tí no.
—¿Cómo?
—Será tu marido el que caiga de un balazo en medio del pecho al aparecer por esa puerta.
—¡El! ¿Mi Enrique?
—Sí. Es el decreto, o tu obediencia o su vida.
—Pero . . .
—Ya nos conoces. Escribe.

Ella cogió la pluma y la mojó en el tintero, pero de pronto, en vez de escribir, la tiró lejos y dió un grito de triunfo. Había visto el revólver de Enrique al lado de la carpeta. Se apoderó de él y apuntó sobre Doré. Este no se inmutó.

—Estás magnífica, Lina,—dijo,—verdaderamente adorable. Pero, ¿está cargado ese revólver?
—Vete, vete, miserable, o disparo y te mato.
—No seas loca. Yo tengo otro juguete como ese en el bolsillo y me sería fácil terminar. Escribe.
—No escribo.
—Dispara.

Vaciló ella llena de miedo.
—Márchate . . . no te quiero matar . . . vete.
—Gracias, Lina, pero es preciso que obedezcas, no me obligues a ser menos galante que tú.

—La vida no me interesa.
—Piensa que sentencias a tu marido.
—Eso no . . .
—Este juego dura demasiado.

Los brazos de Elena cayeron a lo largo del cuerpo.
—Dios mío, Dios mío,—murmuró. —Yo no quiero matar. Sálvame.

El se rió de la súplica.
Pero en aquel momento se escuchó el ruido de unos pasos, que le eran conocidos, en la habitación cercana.
—¡Enrique . . . !

No sabía si era pavor o alegría lo que la embargaba.
—Tú lo has querido,—exclamó él volviéndose rápidamente hacia la puerta.

Pero en el mismo instante sonó una detonación, vaciló y cayó de bruces sobre la alfombra.
Elena acababa de disparar su revólver y la bala le había entrado por la espalda.

Momentos después le arrancaban su Enrique de los brazos para llevárselo a la cárcel, mientras ella quedaba sin sentido.

VII

La Salvadora

FUE ruidoso el proceso. La situación social de Enrique, la atención que siempre había suscitado la belleza de Elena, hacía que todos se preocupasen del asunto.

Enrique se había declarado autor del crimen. El había visto a Elena disparar sobre el pintor y lo había visto caer muerto. No comprendía qué podía haber pasado entre los dos. Sobre la mesa había una carta empezada con su nombre: "Enrique."

Sin saber qué hacer ni qué pensar su amor por Elena venció a todo.

En vez de aparecer los criados aparecieron los guardias y los curiosos atraídos por la detonación. Entonces se dió cuenta de que allí había un hombre muerto.

—Yo lo he matado.

Lo llevaron a la cárcel y allí vió lo difícil de su situación. ¿Por qué había matado a aquel hombre? El no quería que se pronunciase el nombre de Elena. Todas sus declaraciones eran las mismas.

—Mi esposa había salido un momento, nosotros disputábamos. Doré tenía el carácter violento, me insultó . . . yo lo insulté a él. . . Hizo ademán de sacar el revólver que llevaba en el bolsillo . . . yo me adelanté. Eso es todo.

—¿Y la presencia de su esposa?
—Acudió atraída por la detonación. Ella no sabe nada.

—¿Cómo se explica que el difunto recibiera la bala en plena espalda?
—No sé. Tal vez se volvería en aquel momento. Yo estaba ciego.

Había algo en esta versión que no convenía a los jueces. Aquellos criados alejados por la esposa. Uno para avisar a Manolita a fin de ir al teatro. Otro con la contraorden tan inmediata de no poder ir. Se interrogaba a Elena.

—¿Tuvo usted deseo de alejar a los criados?

—No.

—¿Rehusaba usted ir a ese teatro?

—Sí.

—¿Cómo varió tan pronto de idea?

—Me sentí enferma.

—¿Sabía que iba a volver tan pronto su esposo?

—Me lo figuraba, él no tardaba nunca.

—¿Notó en él algo extraño?

—No.

—¿Sabía algo de sus proyectos de teatro?

—Aun no se lo había dicho.

—¿Hacía mucho que usted había salido de la estancia cuando ocurrió el suceso.

—Unos minutos.

—¿Conocía a la víctima?

—Desde el baile de la Embajadora.

No había nada de pasional, nada de escándalo, no se desvelaba el pasado de aquella mujer que sólo aparecía como testigo. Esto desesperaba a las damas y a los curiosos.

Enrique no había podido hablar con su mujer; se sentía herido de cruces sospechas que no lograba deshacer el acto que había presenciado. Aquella manera de ella de acoger la generosa disculpa que la salvaba condenándolo a él le satisfacía al par que le apenaba.

La opinión estaba indecisa, pero los jueces lo condenarían sin remedio como a un asesino vulgar.

Vigilado continuamente, sólo un momento había tenido para dar un encargo íntimo al Doctor.

—Dígame usted a Elena que la perdono, que salve nuestro honor . . . ya que no supo salvar nuestro amor, mi amor.

Aquello era un enigma para el bueno del Doctor Ruiz; pero cumplió fielmente el encargo. A pesar de que le molestaba el nombre de su nieta mezclado a aquel proceso, no había querido separarla de su amiga. Manolita era la única persona que aun trataba a Elena. Su cuñada le demostraba una franca hostilidad.

Manolita le contaba el estado de desesperación de su amiga; tenía alucinaciones, delirios, a pesar de todos los calmantes que le recetaban.

Aquella tarde fué solo el doctor a verla. Elena le salió al encuentro.

—Estaba ansiosa de verlo, Doctor. Siento una necesidad de confesión, de consejo, de perdón.

—Yo le traigo a usted el perdón de su esposo, señora.

—Enrique.

—Sí.

—¿Qué tristeza no poderle hablar, no poder sincerarme!

Me debe creer culpable. Sufrirá.

—Mucho. Me lo han revelado sus palabras: "Dígame

—Señora . . .

—¿Cree usted que lo condenarán?

—¡Indudablemente!

—¿Cómo un criminal vulgar?

—No hay otros datos.

—Eso no puede ser, Doctor, yo lo evitaré.

—¿Cómo?

—Tengo dos medios: la mentira y la verdad. Lo salvaré con la mentira.

—No comprendo.

—Enrique no ha matado a ese hombre, lo he matado yo. . .

—Usted.

—Sí.

—Pero esa es la mentira.

—No, esa es la verdad; lo he matado yo porque quería obligarme a seguirlo con la amenaza de matar a Enrique que venía tranquilo y confiado. Ese hombre me había obligado a alejar los criados.

—Pero Elena, diga usted eso, pruebe usted eso, y salva a su marido.

—No podría probarlo. Además tendría que decir de que medios se valieron para obligarme. Hay un misterio en mi pasado; juega una sociedad poderosa a la que me ligaron mis desgracias.

—¿Cómo?

—Sí, mi revelación sería la sentencia de Enrique.

—Pero . . .

—Se me exige que lo abandone y debo hacerlo so pena de condenarlo.

—Eso es terrible.

—Muy terrible, Doctor, por eso yo lo salvaré con la mentira. ¿Me jura usted que esta conversación quedará siempre secreta para todos?

—No sé . . .

—Me callaré entonces.

—Pues bien, se lo juro.

—Yo diré a los jueces que Doré era mi amante y Enrique nos sorprendió.

—Pero eso es la deshonra.

—Sí, la deshonra ante el mundo, no ante él que sabe que eso es falso.

—Pero él ama más su reputación que su vida.

—La libertad es el más preciado de los dones. El tiempo le hará olvidar.

—Esto es terrible, Elena. Usted. . .

—Yo cumpliré mi destino.

Su voz tenía ese eco solemne, augusto, tranquilo y decidido que debe haber en la voz de los mártires. El doctor no se atrevió a insistir. Saludó y salió murmurando.

—Admiro a usted, amiga mía.

Y ella respondió en un sollozo:

—Procure que Manolita no me desprecie.

VIII

La Vista

EL DÍA de la vista la sala de la Audiencia estaba abarrotada de gente. Era uno de esos asuntos escabrosos, de gran escándalo, y acudía el público elegante, aristocrático, el público de las damas, como lo requería la calidad de los reos.

Los testigos desfilaban repitiendo las mismas declaraciones. En el momento de declarar Elena, hubo un murmullo en toda la sala. La joven estaba pálida, hermosa, vestida con un traje color gris, que le hacía huir de la vulgar figura colorosa de velos enlutados. Todos se esforzaban en ver: No debían perder la emoción de contentarse frente a frente a los dos esp.

Ninguno de ellos se atrevía a mirarse. El esperaba su condenación de aquellos labios tan amados en lo que ansiaba oír su defensa y su exculpación, como una prueba de amor. Ella sentía pesar sobre sí el fardo del dolor que iba a causarle.

Serena, tranquila, decidida, repuso con voz llena a la pregunta del Presidente.

—¿Se ratifica en su declaración?

Un "no" vibrante y contundente hizo a Enrique fruncir el entrecejo, reflejando una profunda ansiedad.

—Tengo la obligación de decir la verdad. Adalberto Doré era mi amante. Yo alejé a los criados creyendo que no volvería mi marido. Este nos sorprendió; disparé sobre él y ha sido bastante generoso para tratar de salvar un honor que yo no poseo y que no tiene nada de común con el suyo.

Fué un grito supremo de protesta, de indignación, en Enrique. Se puso de pie gritando:

—No, no, mentira.

Por la sala corría una ola de regocijo. Había escándalo.

No habían sido defraudadas las esperanzas del público aristocrático que llenaba la sala, siempre ansioso de emociones que rompieran la monotonía de su vida insustancial.

La sentencia fué absolutoria.



Momentos después le arrancaban su Enrique de los brazos para llevárselo a la cárcel, mientras ella quedaba sin sentido.

a Elena que la perdono, que salve nuestro honor . . . ya que no ha sabido salvar nuestro amor."

Ella lloraba.

—Me debe creer muy baja, muy rastrera, muy miserable.

Ayuntamiento de Madrid

Quince años después

LA MAÑANA de Enero fría y lluviosa cernía su manto inclemente sobre la ciudad. Ante la puerta de la casa de Enrique estaba detenido el coche con todos los arreos negros y cochero y lacayos de riguroso luto.

Cuando Enrique apareció para subir al carruaje costaba trabajo reconocerlo. El dolor había creado en él una vejez prematura. Encorvado, pálido, con los ojos hundidos y sin brillo; mezclada de hilos de plata la rizosa cabellera, y la frente surcada de profundas arrugas, conservaba todo su aire noble y apuesto, que invitaba a la simpatía.

Poco después el coche se detenía frente a la casa del Doctor Ruiz.

Manolita salió a recibirlo a la escalera. La bella niña se había convertido en esos quince años en deliciosa matrona. No había querido casarse para no dejar de cuidar a su abuelito y conservaba de Elena un culto y un recuerdo cariñoso. Para ella era incontrovertible la inocencia de su amiga; había un misterio que no podía descifrar, pero estaba segura de que Elena era la víctima que se sacrificaba por el bien de los demás. No creía culpable a Enrique tampoco, pero lo acusaba de inercia. En su lugar ella hubiera procedido de otro modo. Más de una vez decía a su abuelo:

—¿Pero por qué no hacemos algo por Elena?

—Hay que dejarla seguir su destino,—contestaba el Doctor.

—Es cruel e injusta esta pasividad. Ella no es culpable, me lo dice el corazón.

—Tu corazón no te engaña.

—¿Entonces...?

—Esperemos.

Manolita se resignaba de mal grado, y así iban pasando, días, semanas, meses y años sobre los hechos que ocasionaron la desaparición de Elena. Nadie había vuelto a tener noticias de ella. Después de inútiles gestiones Enrique había caído en un estado de agonía que lo hubiese anulado por completo a no ser por el cariño de su familia.

HORTENSIA y Daniel se habían ido a vivir con él y eran los verdaderos dueños de la casa. Pero el carácter aturrido de Daniel no servía para ocuparse de nada; así es que su primo el Barón de Niebla se había encargado de la secretaría. Gracias a él Enrique conservaba su puesto, su nombre y su situación. No tenía que ocuparse de nada. El Barón lo arreglaba todo, existía en representación suya a todos los actos, estaba autorizado para firmar. En realidad Enrique en su casa no era más que una especie de maniquí a cuya sombra se desenvolvían los demás.

Jamás se había vuelto a pronunciar el nombre de Elena.

Los muebles y las ropas que le habían pertenecido se guardaron cuidadosamente en una habitación de la nueva casa amueblada lujosamente a la inglesa en la que nada había que la pudiese recordar.

Un momento dudaron en reconocerse Enrique y Manolita, tanto los habían cambiado aquellos quince años. Los dos se saludaron con cortedad. Ella tenía algo de rencor acusador; él de miedo y de vergüenza. Parecía buscar con la vista otra figura detrás de la de su amiga.

El Doctor estaba cerca de la chimenea, en la butaca que hacía años no abandonaba ya.

Le tendió afectuosamente la mano y le hizo sentar cerca de sí.

—Ya casi no soy ya de este mundo, amigo Enrique,—le dijo,—he vivido lo bastante para no servir ya de nada y estropear el porvenir de esta santa criatura que me lo ha sacrificado todo... todo lo que más vale. Juventud, amor...

—¡Abuelito!—protestó ella.

—Sí, hija mía, es la verdad. Tal vez he vivido tanto porque tenía una misión que cumplir. Es preciso que hablemos un momento a solas, Enrique.

Manolita se levantó, besó la mano del anciano y salió de la estancia. Enrique se acercó ansioso.

—Tenemos que hablar de Elena.

El palideció y guardó silencio. Lo esperaba y lo deseaba.

—Sé que has hecho inútiles pesquisas para saber su paradero.

—Es verdad.

—Eso me demuestra que tú la estimas, que tú no la crees culpable.

—Tengo esa debilidad.

—No, esa lógica; nadie mejor que tú sabe que no es

cierto que el pintor fuese su amante, puesto que tú mismo la viste disparar sobre él.

—¡Usted sabe!

—Todo.

—Entonces...

—Escucha. Me ligué a Elena por un estúpido juramento de honor para no hablar de este asunto y he tenido la tontería, que pomposamente puede llamarse probidad, de callar durante quince años. Pero yo sé los tormentos que has padecido durante esos quince años. Estás en

—No temía ante los otros sino ante tí.

—¡Desdichada!

—Además, la venganza de la horda te hubiera alcanzado.

—¿Qué fin se proponía esa sociedad?

—Ese es el quid. Me lo ha revelado una carta y por eso hablo.

—Estoy ansioso.

—La sociedad no la hubiera inquietado por un vano capricho. De querer dinero se lo hubiera pedido. Querían que te abandonara, que dejara el puesto libre a otros que

dispusieran de tí a su capricho y te heredaran.

—¡Dios mío! ¡Mi hermana! ¡Daniel!

—No lo creo. La primera no debe saber nada. El otro lo sabe, pero lo ve con la frivolidad con que ve todas las cosas. Acaso por causa de él no han ido más lejos.

—¿Entonces...?

—Olvidas al Barón.

—¡Mi primo!

—El es el alma de todo.

—Doctor, cuantas cosas me revelan esas palabras.

—Toma.

Una carta con letra de Elena. Se le turbaba la vista, le temblaba la mano. Hasta que al fin leyó: "Doctor y amigo querido:

"Ha sabido usted cumplir su palabra como yo esperaba. Mi corazón está siempre cerca de usted, de Manolita y ¿por qué negarlo? de mi Enrique. No puedo resistir más.

Quiero saber de él, de ustedes. ¿Sería tan triste saber noticias de los que se aman sólo por una escuela de defunción inserta en un periódico! El no sabrá nunca nada de mí: Yo no puedo estar sin saber de él. Nada más que vive tranquilo, que ellos no le hacen daño. Lo quisiera triste y lo deseo feliz. Escribame a "Escuela de Señoritas de S. Bartolomé. Elena."

Enrique besó la carta.

—¡Santa mujer! Doctor voy a buscarla, a unirme a ella. Venderé lo que tengo aquí mío y con eso y mis rentas nos haremos un nido en cualquier parte...

—Espera. Esa frase de la carta de Elena *que ellos no le hacen daño* ha sido mi revelación. No te precipites y el drama tenga un segundo acto.

—¿Entonces?

—Tú no puedes ir. Yo soy un pobre impedido. Manolita irá. Pero pasados días, ¿crees que no habrá llamado la atención esta visita tuya?

—Diré que me sentía enfermo.

—El Barón debe saber que te he llamado yo.

—Lo echaré de mi casa.

—No, disimula, espera; dile que quiero que seas mi albacea testamentario y hasta envíalo para que se encargue del asunto. Hay que disimular.

X

Asperezas

UNA semana después Manolita estaba de vuelta. Enrique y su abuelo lloraban oyéndola contar su entrevista con Elena. Estaba pálida, temblorosa. Ante ella había tratado de negar, pero al fin había caído en sus brazos llorando con una dulce queja, que era como una bendición, al Doctor que la traicionaba.

La pobre mujer pensó morir de gozo al saber que su esposo, conocedor de todo, la esperaba y la perdonaba. Pero bien pronto el espanto venció a la alegría. "No, de ningún modo, yo sería un peligro para él."

Las dos con las manos juntas, habían tenido una larga confidencia. Manolita admiraba la virtud y la fortaleza de Elena. Esta había tenido la precaución de llevar los vestidos de una de sus criadas y el dinero preciso para el viaje. Había ido a parar a una gran capital segura de estar más sola entre el bullicio, y más aislada, y de encontrar mejores medios de vivir.

En vano, cuando acabó sus recursos, buscó una colocación. Su belleza, por mucho que trataba de ocultarla, le cerraba todas las puertas. No podía tampoco ofrecer referencias. En ninguna parte la quisieron de nurse, de institutriz ni de señora de compañía. La misma suerte corrió al ofrecerse de doncella o cocinera.

Corrió en vano talleres de planchado y diversas casas de industria. Se le reían. Era una Duquesa disfrazada. Volvió a escuchar frases que le recordaron su época de desgracias y que rechazó con indignación. Esta vez nadie dependía de ella, ya no tenía una madre enferma que le pidiese vivir, y con una carta para el Doctor que la despidiese de su marido, estaba dispuesta a morir.

Manolita se indignaba oyendo este relato. Las pobres mujeres víctimas de la mala organización social. De todas las faltas de las mujeres es la sociedad la que tiene la culpa. ¡Cómo se las educa y cómo se las abandona!



Un "no" vibrante y contundente hizo a Enrique fruncir el entrecejo, reflejando una profunda ansiedad.

manos de los causantes de tu desdicha que te anulan y te arruinan.

—¡Doctor...!

—Escucha. Sé que ese mismo tormento lo sufre esa mujer angelical que se sacrificó por todos... Creo que no me obliga a seguir callando un compromiso que hipotecó mi honor a uso mundano. ¡Qué vale ese honor de una palabra que obliga a callar cuando hablando se evita una injusticia y se realiza un bien! Voy a decírtelo todo.

—Por caridad, Doctor...

—Tranquilízate y óyeme con calma. Elena, cuando te conocí, no era viuda. Ella te dijo que no podía ser tu esposa y tú con una nobleza que te engrandece le diste tu nombre, sin pensar para nada en su pasado.

—Es cierto. Para mí Elena, nació en mis brazos, jamás indagué nada acerca de su vida anterior... tuve miedo de conocerla. No le pregunté más que una cosa: Un nombre. Yo no hubiera podido soportar la vida de aquel hombre. Ella me dijo: "Ha muerto," y yo la creí. ¿Mintió entonces? ¿Era el pintor ese hombre?

—No.

—¿Cómo explicarse esto?

—Es que no era un hombre, Enrique; era la desdicha. Elena era hija de un bravo marino que murió joven por la patria. Se vió huérfana, con su madre enferma que sostener... Era joven, bonita, buscaba trabajo... y halló solo la miseria, la bajeza, la imposición...

—¡Ah, Doctor, es horrible! ¡Quién la hubiera conocido entonces!

—Acaso pasarías cerca de ella sin prestarle atención. La vida es así.

—Pero...

—Elena tuvo que sucumbir... el abandono, el hambre. ¡Se ha hecho la senda de la virtud muy escabrosa para las niñas de quince años!

—Pero eso es inhumano, cruel. ¿Cómo cabe tanta bajeza en el hombre? ¿Cogeríamos las rosas si llorasen al arrancarlas del tallo?

—¿Olvidas el placer de la caza?

—Me vuelvo loco.

—Elena sufrió todo el calvario vulgar de todas las caídas.

—¡La abyección!

—No, el martirio, puesto que no contaminó su alma. Eso fué lo que te ocultó.

—Y fué bien culpable...

—No seas niño. Ella fué para tí abnegada, santa, pura. Te hizo dichoso. El mal estuvo en la falta de confianza. Ella en sus días tristes estuvo en poder de una de esas terribles sociedades juramentadas de apaches. Había escapado a todo su destino y no pudo escapar a esta fatalidad.

—¿Cómo?

—Doré era un enviado de esa banda. Le exigía que te abandonara, amenazándote con tu muerte. Ella lo mató para salvarte.

—¿Cómo no declaró todo eso?

—Temía revelar el pasado, su deshonra.

—Pero de todos modos, se deshonró.

Al fin Elena encontró un medio; pasó la frontera y se inscribió como enfermera en un hospital de sangre. Sus manos ducales pasaron dos años curando heridos y enjugando lágrimas. Con valor heroico estuvo en los puestos más peligrosos y más avanzados de las trincheras. Herida en un combate, y prisionera de los enemigos, después de mil sobresaltos, dolores y privaciones había vuelto a recobrar la libertad. El gobierno agradecido a su dedicación le concedió una cruz y sus amigos, las damas que fueron sus compañeras en los hospitales, trataron de asegurar su situación.

Estaba al frente de una escuela de señoritas aneja a una granja agrícola, en cuyo honroso puesto ganaba el sustento y era el ídolo de sus discípulas. Manolita se había conmovido de verla en sus reuniones campestres, en aquel ambiente de paz, casi de religiosidad. Venía envidiosa de las naciones en que la mujer estudia, trabaja y puede ejercer la abogacía, la medicina, ocupar los empleos y tomar parte en la vida social. Esas naciones que respetan a la mujer y la elevan, librándola de la esclavitud.

Los dos hombres sollozaban.

—Entonces ella no querrá ya venir al lado mío,—preguntó Enrique con miedo.

—Ella lo ama a usted sobre todas las cosas y sabe que es usted capaz de apreciar su sacrificio; pero ella teme a esa horda, esa sombra que la une a su pasado. Está segura de que al acercarse a usted volverán a inquietarla de nuevo.

—¿Por qué motivo?

—A petición de alguien que pertenece a la horda y puede hacerlo.

—Ese alguien.

—Es el Barón.

—Yo quitaré de enmedio el obstáculo,—exclamó él con ímpetu.

—No, debemos esperar. Elena me ha pedido dos meses de plazo para responder.

—Y si se perdiese de nuevo, si se alejase,—exclamó Enrique con voz temblorosa.

—Es preciso,—contestó con energía Manolita. —Ella tiene su plan, y yo respondo de que esta vez, suceda lo que suceda, no hemos de perder la pista y la traeremos a nuestro lado.

XI

La Sorpresa

LA SOLEDAD y el silencio del campo eran como un sudario en torno de Elena. Se acercó a la ventana de vidrios cuadrados que daba hacia la playa y le producía la impresión de estar en un barco, muy lejos de la tierra, allá en las soledades de las aguas.

No había luna, pero el cielo, cubierto de estrellas, enviaba su luz tan clara que se distinguían los contornos de la tierra y el mar.

Hacía un mes que había llegado allí buscando hospedaje y había tenido la habilidad de hacerse admitir.

Era aquella la casa de Adalberto Doré. Sabía que sus padres tenían esa pobre hospedaría en la costa, en una de esas playitas olvidadas que sirven de punto de reunión en los domingos de verano a los que salen de la ciudad en busca de unas horas de reposo.

Ella había pensado que allí podría hallar lo que buscaba. Doré había dejado la casa de sus padres llamado por el Barón. Tal vez entre los objetos que dejó allí habría algo que comprometiera a éste, que lo pusiera en su poder. Era como un presentimiento, como una voz sobrenatural que la guiaba.

Conforme se había ido acercando allí la figura de Doré se convertía en una obsesión. Todos los aldeanos fuertes y velludos que veía se lo recordaban, y creía verle a él con su mirada dominadora, su voz fuerte y tranquila, con un gran boquete sangriento en la espalda. Al entrar en la casa, delante de cuya verja la detuvo el padre de Doré, tuvo impulsos de echar a correr. Pero su voluntad se impuso, se había quedado allí y llevaba cerca de un mes de martirio, de insomnios, que habían hecho palidecer su rostro.

Su dulzura habitual, sus dádivas, y su condición simpática, le habían ganado la confianza de la gente de la casa. Le contaron un día sus cuitas. La familia se

componía de los padres ancianos y una hija viuda que les había dado dos nietezuelos y estaba a punto de casarse de nuevo con un forzudo pescador. Ellos habían sido también pobres pescadores. Su bienestar se lo debían a un hijo que sabía pintar cuadros y cosas con tanta propiedad que había llegado a hacerse todo un caballero. El les había dado dinero para hacer aquella casa, que después de su muerte convirtieron en hospedería. De haber vivido su hijo ellas no necesitarían nada. Lo había matado de un balazo por la espalda un señorón que lo encontró con su mujer, una de esas bribonas que comprometen a los hombres.

OYENDO aquella historia Elena tenía que hacer esfuerzos para que la emoción no la vendiera. No se hubiera nunca atrevido a quitar la ilusión de la honradez del muerto que abrigaban aquellas buenas gentes. El padre era un viejo casi idiotizado por el alcohol y la hermana una moza robusta, velluda, que no pensaba más que en su marinero, y lo mismo hacía los quehaceres de la casa que zurraba a los chicuelos. La víctima era la madre, la pobre mujer, vestida de luto, cuyo corazón había atravesado la misma bala que mató al hijo. Ante ella los remordimientos de Elena eran enormes. Veía impresa la sentencia del Decálogo "No matarás" clara, contundente, sin distinguos ni atenuantes.

"No matarás." Nada de excepciones. "No matarás." ¿Había ella tenido derecho a matar? Para salvar su amor había herido el corazón de otra mujer, de una madre que amaba como ella, quizás más que ella. Se sentía horrorizada al escuchar las maldiciones en boca de la anciana, hubiera querido descubrirse, pedir perdón. El día pasaba regularmente en sus paseos por la playa solitaria, de la que la luz del sol parecía ahuyentar los fantasmas; pero la noche le traía una angustia terrible; le parecía que el muerto iba a aparecerse para echarla de la casa, para matarla a su vez. Su mayor martirio eran los cuidados y las atenciones de la anciana; cuando ella cariñosamente le llamaba "Hija mía" y se interesaba por que comiera. Un día había ido a darle un beso y ella huyó asustada. Era un sacrilegio dejarse besar por la madre de su víctima.

Un día se atrevió a preguntarle.

—¿Hacía mucho que no veía usted a . . . a . . . a su hijo?

—Mucho. El estaba delicado, cansado . . . decía que iba a estar toda la estación aquí . . . ¡hijo de mi alma! Parecía brusco y era lo más cariñoso. Gozaba de ver tranquila a su madre.

—No se aflija usted.

y como todas sus cosas están guardadas en su cuarto, aquel . . .

La pobre mujer sacó una llave de la faltriquera y se dirigió a la puerta. Un pobre cuarto de aldea, lleno de polvo, y que aun parecía habitado, se ofreció a la mirada de Elena. La camita de hierro pintada de blanco y colcha rosa, la mesa de noche, el lavabo de metal; una mesita con dos cajones, sobre la que había algunos pinceles y pinturas. En un ángulo un hierro en el que se dibujaba un trazo de paisaje y la cabeza de la anciana.

—Soy yo,—dijo con cierto orgullo,—mi Adalberto me decía que iba a crearme él a mí; que yo era su obra maestra.

—¿Por qué no lo acabó?—preguntó Elena aturdida, por decir algo.

—Me dijo "a la vuelta" y no ha vuelto.

La anciana sollozaba.

—Vámonos de aquí,—dijo Elena, angustiada.

—¿Para qué?—contestó la anciana. Yo llevo siempre en el bolsillo la llave de la habitación y siempre que no me ven vengo a llorar aquí; me parece que lo veo.

—¿A mí también!—exclamó ella con un grito de terror.

—¿A usted? Usted no lo conocía. . . .

—De oír a usted.

—Pobre señora, yo abuso.

—No . . . ¿y tiene usted las cartas?

—En este cajón.

—Como no las ha sacado para dar luz a la justicia.

—El me dijo "que nadie las toque" y por eso. . . .

—Pero ¿y si tienen papeles de valor?

—No, son sólo sus cartas.

—Podíamos leerlas.

En los ojos de la anciana hubo una sombra de desconfianza campesina. Elena lo notó y añadió:

—Es como ese retrato, que está bastante concluido para mostrarlo y que es una verdadera obra de arte.

Pero la anciana se había levantado y se dirigía hacia la puerta.

Durante la comida volvió a preguntarle por qué iba a la playa en esa estación tan desapacible, y cómo no recibía cartas de parientes o amigas.

ESTAS palabras, unidas a la mirada de desconfianza que notó en los ojos de la anciana se le quedaron grabadas en la memoria, haciéndola comprender, una vez a solas en su habitación, cuan difícil iba siendo su permanencia en aquella casa. Era preciso terminar lo antes posible, sus propios sentimientos se lo ordenaban al estarle repugnando la conducta que seguía con aquellos honrados ancianos que ningún mal la habían hecho, pues no eran responsables de las acciones de su hijo, ni las

conocían ni las sospechaban siquiera. Para ellos su Adalberto continuaba siendo, a pesar de sus años, no menos de cuarenta y ocho, aquella genial criatura que sobresalió en la escuela imponiéndose a sus condiscípulos por la fuerza de una atracción poderosa que irradiaba de sus ojos y le declaraba superior a los demás; y más tarde, ya jovenzuelo, el artista inspirado, siempre genial, que supo atraerse la admiración de propios y de extraños, de pobres y de ricos que les rodeaban y adulaban. Solo un reproche tuvieron siempre para él, hijo del acendrado cariño de padres que desean la verdadera felicidad del ser tan querido, al notar su desmesurada ambición.

Pobres pescadores sin ilustración, sin las experiencias de la vida mundana, no pudieron ofrecer a su hijo los prácticos ejemplos que su intuición les indicaba existían entre la ambición noble y honrada, la que permite la fuerza del talento, de la constancia y del trabajo, y la ambición sin freno que arrastra con todo como compañera o hermana de la envidia y del

atropello de las causas justas y buenas.

Luchando con estas reflexiones, que la ofrecían su conciencia y su clara penetración, la infeliz Elena lloraba amargas lágrimas de remordimiento, presa de un temblor convulsivo, mientras se arreglaba para su cotidiano paseo por la playa.

Ya dispuesta a salir, borradas las señales del llanto, fijáronse sus ojos en la imagen de María con su Hijo en los brazos, que se destacaba de la pared en rústico nicho. Y cayó de rodillas ante ella elevándole una plegaria de dolor infinito. Y en su atolondrado cerebro parecióle como si la Virgen la hubiera dado nuevos ánimos para



Al entrar, delante de cuya verja la detuvo el padre de Doré, tuvo impulsos de echar a correr, pero su voluntad se impuso

—Es verdad, usted también se aflige. . . . Usted llora. ¿Qué buena es usted!

—No. Es que me aflige ver su dolor. ¿Por qué se fué su hijo?

—Recibía cartas que lo inquietaban . . . una de esas cartas le hizo marchar.

—¿Serían cartas de . . . ella?

—No lo sé. Mi hijo las guardaba todas en su cartera

completar la reparadora misión que le llevó a aquella humilde casa: misión de la pecadora inocente que no manchó su alma en la terrible contienda que el mundo le impuso a las puertas de su desamparo.

Aquella noche Elena se mostró más expansiva con sus huéspedes, y estuvo con ellos hasta tarde.

Poco después de retirarse a su cuarto el viejo roncaba bajo el efecto de las copas de vino. Oyó abrir la puerta a la hija, para su idilio con el pescador, y vio la sombra de él adelantar, pegada a los muros, hacia la casa. Era una casa a la que estaba habituada. Descalza se deslizó hacia la alcoba de la anciana y con mano trémula tiró de la faltriquera que estaba entre las ropas a la cabecera de la cama. Introdujo la mano y sacó la llave. En aquel instante le pareció que la anciana se movía y se acurrucó bajo el lecho paralizada de espanto.

Pasado un instante arrastrándose llegó a la habitación del muerto. Introdujo la llave y el leve crujir de la cerradura le hizo el efecto de una detonación. Al fin penetró en la estancia. Tenía miedo de mirar a un lado o a otro, era como si el pintor estuviese allí; como si aquella cabeza de la madre fuera a gritar desde el lienzo que su asesino estaba presente. Precipitadamente cogió las cartas de los cajones y las cobijó en su falda. No se cuidó siquiera de cerrar la puerta y fué a encerrarse en su habitación.

LAS iba examinando y tirando. Cartas vulgares, cartas de amigos, pequeños negocios, cartas de amor . . . le daba compasión aquella vida plácida. . . De pronto el signo de la secta le hizo temblar de espanto. Era lo que buscaba; la carta del Barón. Recogió un paquete de todas las que eran iguales y las leyó rápidamente. Estaba allí la prueba que quería, pero más amplia. El Barón se dirigía al antiguo camarada de la sociedad ya deshecha para hacerle conocer la utilidad que podía reportarles emplear su nombre para hacer desaparecer a la esposa de su primo y le hacía ofrecimientos tentadores.

Elena temblaba de alegría y de emoción. No sólo era la prueba contra el enemigo sino la liberación al saber que lo que había creído sociedad formidable era sólo un sueño novelesco propio de la fantasía de esas sociedades histéricas a las que conoció en su desdicha.

Su primer pensamiento fué escapar, correr a campo travieso toda la noche y volar con su tesoro a casa del doctor. Desde allí llamaría a su marido y después de una amplia confesión volvería a la felicidad. Ya sin nubes, sin sombras, sin engaños . . . pero . . . ¡sus manos manchadas de sangre! ¡La figura de aquella madre que lloraba la angustiaría siempre!

Esta idea amarga le hizo detenerse, reflexionar. El Barón era un enemigo formidable y era preciso que su marido no se comprometiera. Debía dejarlo todo como estaba y salió de allí sin despertar sospechas. Dejó las cartas bajo la almohada y salió con las otras para colocarlas como antes estaban, y devolver la llave a la faltriquera de la anciana. Temblaba de haber cometido un robo. Al entrar en la habitación dió un grito. Un hombre estaba allí con su paquete de cartas en la mano. Era el Barón.

—Ha vuelto usted demasiado pronto,—dijo éste.—Me hubiera marchado con esas cartas, tranquilamente. Ahora me obliga usted a darle un tiro. Creerán que la familia del muerto ha hecho justicia. Que vino usted buscando sus recuerdos de amor.

Elena estaba paralizada, yerta, loca de terror.

—No, no . . . compasión . . . yo callaré.

—No.—Y dando un salto se colocó entre ella y la puerta.

—¡Socorro! ¡Misericordia!

La puerta se abrió y una mano nervuda sujetó al Barón por el cuello. Era el marinero, el novio de la viuda y detrás de él y de la pobre mujer toda asustada Enrique con el revólver montado.

—Amarra a ese hombre,—ordenó.

El mozo obedeció sin vacilar.

Entonces Enrique miró a su mujer y ella

La Plegaria

¡Oh tú, Virgen Santísima, que penetras en los corazones y ves, la fuerza impulsiva que me arrastra, más justiciera que egoísta! Tú, Virgen Madre, que conociste los dolores humanos y presenciaste las injusticias de los hombres; a tí recurro en mi aflicción, llena de fe, para que me alientes si soy merecedora, si crees que he purgado en demasía el delito que cometió conmigo la sociedad. Yo te imploro, Madre amantísima, por ese hijo de tus entrañas que tienes en los brazos, te imploro de todo corazón para que ilumines mis pensamientos, haciéndome comprender si es debilidad humana la que me arrastra a cometer otro delito más, o si soy impulsada por una causa digna y noble.

Mírame, Virgen mía, mírame con tus purísimos ojos celestiales, e indícame el camino que deben seguir mis pasos; yo te prometo no apartarme dél, por muy envuelta que venga la mentira entre lisonjas y esplendores, y martirizar mi cuerpo en los silenciosos lugares del recogimiento o en el bullicio mundano donde la aflicción y la desgracia tenga su cetro.

Escúchame, Virgen Santa; inspírame Madre modelo, que solo tú puedes consolar a esta desventurada mujer, solo tú puedes ser mi guía, mi salvación, mi esperanza.

Dios te salve, María, llena eres de gracia. . .

lo miró a él. Eran los mismos. Ninguno pudo apreciar los cambios de los años y los sufrimientos, se veían siempre iguales con los ojos de su amor. Corrieron el uno al otro y se unieron en un estrecho abrazo.

—¿Me perdonas?—balbuceó ella.

—¡Te venero!—respondió él y añadió: ¿Me perdonas tú?

—¡Te adoro!

ENSEGUIDA se dieron cuenta de que los miraban. Enrique se lo explicó todo.

—Manolita y yo seguimos tu pista y al saber que estabas aquí nos dimos cuenta de tu intención y de los peligros que corrías. En el momento lo dispuse todo para venir a buscarte, pero este hombre se había valido de nuestras gestiones. Cuando ví que había salido de casa, me lo expliqué todo, corrí detrás de él, lo ví penetrar aquí y cuando me lanzaba en su persecución fui detenido por este muchacho que salía, con su novia. Por fortuna pude explicárselo todo y nos entendimos. Gracias a eso te he podido salvar. ¿Qué haremos de este miserable?

—Lo mejor es echarlo al agua,—propuso el mozo.

Elena se adelantó.

—No. Escucha. Con este paquete de cartas hay

bastante para enviarlo a presidio el día que nos inquiete. El tendrá buen cuidado de no hacerlo. El miserable estaba acobardado.

—Tú lo vigilarás,—dijo Enrique,—hasta que nos hayamos alejado de aquí. Vamos, Elena mía.

—Espera. Yo no podría ya vivir en esta tierra. Yo necesito vivir una vida que no sea egoísta, para mí sola, si no una vida útil a los demás. Vendremos a visitar al Doctor, a tu hermana . . . pero vivir allí . . . en la tierra libre, al frente de mi escuela.

—¿Y yo?

—Tú trabajarás allí, como aquí, como trabajaré yo con este encanto de los que sabemos trabajar. Sólo así podremos salir juntos de aquí.

—Será lo que tú quieras.

Un momento después los dos esposos subieron al automóvil que los esperaba, la luna se levantaba como un globo de luz

destacándose del azul eléctrico del horizonte, y el vehículo se lanzaba en el campo, con ese rugido de fiera dominadora de su máquina.

Entre el ruido de la carrera se oyeron unas voces.

—¡Deteneos! ¡Parar!

Antes de que hubieran tenido tiempo de hacerlo un trabuazo disparado contra el automóvil atravesó la capota.

—¡Elmiserable!—exclamó Enrique comprendiendo todo, y dirigiéndose al chauffeur ordenó: Corre, vuela.

Un nuevo disparo por el lado vino a demostrar lo acertado de la orden. El automóvil volaba sobre el sendero blanco

que serpenteaba entre el negror de las tierras verdeantes.

Una bala chocó contra el coche.

—¡Nos toman el atajo!—dijo espantado el chauffeur.

—Corre.

Silvó otra bala.

—¡Elena!

—¡Enrique!

—Esa bala ha dado en algo.

—Me llevó la gorra,—dijo el chauffeur.

—Corre.

Todavía se oyeron tiros detrás . . . ya estaban en salvo.

—¿Comprendes lo que ha pasado?—dijo Enrique. En cuanto se quedó solo les ha revelado quiénes éramos y ha podido más en ellos el espíritu de venganza que todo el dinero que les he dado. No saben los infelices que el verdadero matador de Doré es él únicamente.

Elena se estremeció y se acurrucó contra el pecho de su marido.

—Solo siento que esa pobre anciana conoce ya el rostro que debe maldecir.

Más tarde, en la estación próxima, al tomar el tren, despreciando la tortura del barón,

(Continúa en la página 34)



M. LEONE
BRACKER



Más tarde, en la estación próxima, al tomar el tren, despreciando la tortura del barón, que se apartaba horrorizado, se abrazaban amorosamente.

Apuntes de Viajes SEMBRANDO AMORES

Por
Felipe de Mora

ILUSTRACIONES DE M. LEONE BRACKER



ABÍAN transcurrido los más azarosos años de la encarnizada lucha por la existencia, de las justas ambiciones juveniles por alcanzar un puesto social digno y apreciable: faltábanos despreocupar un poco la imaginación del mundo de los negocios para llevarla algún tanto hacia la no menos imperiosa necesidad y ambición de allegarnos un hogar, donde el cálculo frío de los números encontrase el calor de la familia, donde el nido de nuestras ilusiones se expansionara con las ilusiones de nuestro nido; hogar y familia por los que, quizá inconscientemente, habíamos trabajado con tanto ahínco.

Con esa idea constante llevábamos ya quince días de viajes por la poética Andalucía, visitando a parientes y amigos íntimos que habían alentado nuestras esperanzas de encontrar el soñado idilio entre sus predilectas amistades y tenernos con ello más cerca de sí.

Al comenzar este apunte de viaje nos encontrábamos Casimiro y yo en Sanlúcar de Barrameda, la corona de gloria del Guadalquivir, bañada por éste en su último estremecimiento de agonía ante el codicioso y egoísta océano que lo recoge en su boca de monstruo y se lo traga a la vista de la ciudad.

Así como Córdoba pudiera ser considerada la madre cariñosa del Guadalquivir, al que recibe, mima y alegra con los perpetuos verdores de su sierra ideal; y Sevilla, como el corazón del hijo hombre, fuerte, valeroso y agradecido, que la compensa, del bello camino recto y profundo que aquélla le prepara, con los frutos de una verdadera prosperidad; así Sanlúcar es para el Guadalquivir la esposa modelo que, al verle tan próximo a espirar, dulcifica su última hora con los más puros alientos de sus predilectas hijas las flores y con el bello paisaje de una espléndida Calzada.

Dos días llevábamos en aquel paraíso andaluz de luces y colores excitantes. El tercero día, antes que amaneciera, a la opaca luz de una vacilante bombilla eléctrica, anunciadora de la pobreza de la fábrica o del abuso de la compañía concesionaria del alumbrado público, vestíase Casimiro con nerviosidad y precipitación, con impaciencia de chicuelo consentido que teme llegar tarde al campo de recreo.

El tren para la poética villa de Rota no salía hasta las seis y media de la mañana y sólo eran las cuatro. La noche anterior habíamos regresado muy tarde al hotel, entretenidos como estuvimos por el simpático M. Lacroix, el dueño del más aceptable cine de Sanlúcar. Así se comprenderá el malísimo humor con que dejé la cama, máxime cuando la descompasada impaciencia de Casimiro cortó mi sueño a la mitad de una fantástica pesadilla sobre amores dulcísimos, puros como amores del alma en las visiones de lo infinito.

Sonaba, sí, con una ilusión, con una idealidad de mundana apariencia por lo preciso de las líneas, de divina textura por lo perfecto de las formas: su voz era angelical, dulce y melodiosa; sus palabras eran arrullos armoniosos de manantiales vírgenes en vírgenes selvas.

El motivo de mi sueño,—pues no hay sueño sin motivo—no podía ser más original: estuve recogiendo en el cerebro las semillas de uno y otro deseo de mi pasada inocencia infantil y cual sembradas por mano experta en tierra productiva, germinaron en mi alma de artista; esto es, sembré ilusiones y recogí amores ilusorios, amores de ensueño.

Casimiro, por el contrario, no soñó nunca; siempre se había distinguido por sus tendencias materialistas, por sus humanas pasiones, sus arrebatos juveniles y sus irreflexiones amorosas.

Eran tan opuestos nuestros puntos de vista que no admitían discusión alguna; cuando yo le reprochaba él se reía, cuando él intentaba llevarme a su terreno siempre le compadecí: quizá se debiera a esa disparidad de criterio

el cariño entrañable, fraternal que nos profesábamos, sin perjuicio de seguir cada cual los opuestos caminos de nuestras íntimas inclinaciones.

En Sanlúcar dejaba Casimiro un pedacito de su alma, según la propia expresión del interesado, en los ojos de una preciosa sanluqueña con quien solo habló dos veces: allí dejé yo también algo, intangible como fantasía de artista, algo de ensueño desgarrado por la impaciencia de Casimiro en llegar a la villa de sus amores, al hogar solariego que le vio nacer y apenas recordaba por haber salido de él cuando solo tenía cinco años de edad.

Quien no haya visitado la ciudad de los jardines, como en toda Andalucía se conoce a Sanlúcar de Barrameda, la predilecta de los Duques de Monpensier, donde dejaron uno de sus más hermosos palacios, no puede imaginarse la impresión que se recibe al abandonar aquel edén, imán mágico del sentimiento, donde los ojos se ciegan por la lujuria del color, la mente se extasia con sembianzas celestiales, y el alma

vuela a las alturas para inclinarse ante Dios, que sonriente y satisfecho está bendiciendo Su di-



Podíase ver en apartado banco de un jardincillo encantador, donde las rosas apenas dejaban un huequecillo en el asiento, una pareja feliz y enamorada

vina obra: hasta el impertérrito materialismo de Casimiro sufrió un golpe mortal en aquel paraíso encantado que le ofreciera sonrisas de ángeles alados envueltas en fragancias espirituales.

Con tales elementos dando vida a las aspiraciones del alma, recorrimos el bellísimo camino férreo-florido que separa a Sanlúcar de Chipiona y a ésta de Rota; camino de la gloria para las almas puras, del que huyen los pecadores repulsados por la conciencia y por el remordimiento; camino de hadas que se dirigen al reino de sus misteriosas diosas entre guirnalda de flores, destellos de brillantes y trinos de ruiseñores.

PRÓXIMAMENTE a las ocho tomaba el tren la curva inmediata a la estación de Rota, ofreciéndonos el encantador panorama de la Villa, con sus purísimas blancuras envueltas en eléctricos verdores, que resaltan de un fondo azul divino difumado en la línea del horizonte con el tinte plata del amanecer, para no romper el armonioso concierto de color que se extiende sobre la superficie del mar, por un lado, o sobre los montículos pinareños, del otro lado. Aquel paisaje sugería que la Naturaleza estuvo sembrando amores desde tiempo inmemorial y recogía inmejorables cosechas.

Ya en la estación dirigimos la vista hacia el pueblo para contemplar la fisonomía que le caracteriza, su distinción, su originalidad, y nuestros ojos tropezaron con un sencillo torreón de gusto árabe, con las esbeltas torres del convento y de la Parroquia y con los cubos y atalaya almenados del antiguo castillo feudal, reliquias de una historia llena de grandezas.

Un carruaje nos llevó por entre hileras espesas de árboles frondosos, especie de túnel, perfumado con las fragancias de las acacias que lo forman, limitado por casitas de un solo piso, en cuyos patios dominan los fuertes colores del geranio y cuyas azoteas están engalanadas con cientos de macetas que cubren los pretilos de verde, rosa y rojo.

Pasamos el día entre visitas y paseos, admirando los bellísimos paisajes de las playas y de los campos roteños, que en nada discordaban con las bellezas del pueblo. Llegada la noche nos dirigimos al balneario, para conocerlo en todo el esplendor de sus mejores horas, punto de reunión obligada de la inmensa colonia veraniega que allí se alberga desde julio a setiembre de cada año. Y entre aquel montón de bellezas roteñas, jerezanas, sevillanas y cordobesas, principalmente, empezamos a sembrar los amores de nuestras almas apasionadas y anhelantes por pasión, muy encontrados entre sí los de Casimiro y los míos, pero no menos fervientes los del uno que los del otro.

POCOS días llevábamos en tan deliciosa Villa y ya podíase ver en apartado banco de un jardincillo encantador, donde las rosas apenas dejaban un huequecillo en el asiento, una pareja feliz y enamorada, envidia del amor mismo, jurándose eterna dicha. Casimiro no pudo resistir los tentadores atractivos de sus paisanas.

Por mi parte, hallábame envuelto por las nubes esplendorosas del calor ideal de los sentidos; aquellos rostros vírgenes, despidiendo rayos de fantasía por sus brillantes ojos negros, no pudieron cautivarne, eran muchos quizá, o debíase a estar ya cautivado por la brillantez del cielo roteño, por aquel ambiente saturado de las más puras brisas marinas y pinareñas, de flores y árboles que teníanme embelesado en un mundo embriagador, donde el amor del alma encontraba su trono de pureza. Allí no sembré amores; por el contrario, recogí las ambrosías de muchos amores sembrados por la Naturaleza en su prodigalidad hacia Andalucía; amores firmísimos, los más puros, los más hermosos, como amores espirituales ante la divina obra del Creador.

En tal estado de ánimo visité las obras de restauración del castillo y la Parroquia, y aun cuando ambas obras arquitectónicas tienen mucho que admirar, no fueron bastantes a desimpresionarme y trasportarme al mundo real. En la iglesia se hizo más firme todavía ante la imagen del Nazareno, verdadera joya del arte español y una de las mejores esculturas que llevo vistas en mi larga carrera por el mundo. A sus ojos penetrantes, que reflejan intenso dolor y abnegación sublime, el sufrimiento terrible del cuerpo y la alegría más grande del alma, no hay impío que se resista, ni criatura humana que deje de inclinarse ante el hijo de Dios: es la imagen del amor Divino que vino al mundo sembrando amores.

Tres meses después, hallándome en la Cartuja de Miraflores, recibí una cariñosa invitación para la boda de Casimiro con la bellísima paisanita que cautivó su corazón, a celebrarse el mes siguiente.

Y volví de nuevo a Rota, cuando los fríos burgaleses tenían cubierto aquellos campos con purísimo manto de blanca nieve, encontrándome trasportado al ideal de mis sueños primaverales, a la tierra de promisión para los elegidos, a donde el verdor se enseñoa autócrata de los campos y con tiranías convincentes subyuga los sentidos haciéndole creer en una eterna primavera.

Casimiro salió de Rota en viaje de luna de miel mientras yo me recreaba en su pueblecito. Ambos continuá-

bamos sembrando amores, ambos embriagados de entusiasmos con la verdad de nuestras distintas aspiraciones retratadas en el semblante; terrenal la suya, humana mejor dicho, sin que por ello le faltase la confianza en los misterios del Altísimo; elevada, purísima, visionaria la mía, como precursora de otra vida mejor, llena de los encantos contemplativos, donde el alma se recrea.

Y allí, en Rota, la poética villa de purísimas blancuras envueltas en verdores eléctricos, me olvidé para siempre del cálculo frío de los números y de la ambición de allegarme un hogar: ¡no en balde despreocupé mi imaginación del mundo de los negocios para llenarla de los cálculos abrasadores que me ofrecieran otra vida más risueña, más ideal, más en armonía con mi alma de artista! Y en vez de un hogar construí un trono, donde mi imaginación puso un Apolo, mitad hombre, mitad divinidad: así no era extraño que repartiera mi tiempo contemplando el cielo y mirando a la tierra, mirando al mundo y contemplando a Dios.

Así hemos continuado por años, más de veinte; él, Casimiro, como amante esposo y padre modelo que no olvida la felicidad que los divinos ojos del Nazareno le prometieron al tiempo de casarse; yo como pobre caminante, buscando bellezas y soñando como antes en la siembra de amores. Pero ni un solo año dejamos de reunirnos en Rota ante la preciosa imagen del Nazareno, como si quisiéramos llenar las páginas de nuestras vidas con el ejemplo de los amores celestiales y de los amores terrenales que nos brinda la existencia y que complementan las aspiraciones del alma.



Legenda Puertorriqueña

ILUSTRACIONES DE MARTINEZ VIZVET

·POR·
·TRINIDAD·PADILLA·DE·SANZ·
(·LA·HIJA·DEL·CARIBE·)

jardín había toda clase de flores de todos los climas: las acacias en flor exhalaban un perfume nupcial; las abejas, de élitros de oro, labraban los más ricos panales de exquisita miel rubia, como el cabello de Yolanda; las arañas tendían sus irisadas mallas de sutiles hilos plateados sobre las plumeadas araucarias, tejiendo encajes milagrosos; los cisnes, arqueando las naves eses de sus cuellos terminados en una interrogación de color rosa, hundíanse en los azules cristales del estanque; el lago, como un espejo azul, le brindaba en su tersa planicie graciosas góndolas con remos de oro; los pavos reales desplegaban en su honor las lirias de sus colas, recamadas con preciosas gemas, mientras las palomas estriaban el cespel, con sus patitas de coral; y los corderos pascuales bailaban a su alrededor, brindándole los suaves armiños de sus vellones.

Todo cantaba en torno de Yolanda: ¡ella sólo enmudecía. . . !

Una noche, cuando todos dormían en el castillo, se presentó el hada, y, con mucho sigilo, penetró en las habitaciones de un sabio que vivía en el castillo, y era el ayo y preceptor de Yolanda: tenía a su cargo su educación moral y material, y la quería con cariño idólatra.

Hablaron largamente el hada y el anciano, y, por un rayo de la luna, como había venido, se remontó el hada, perdiéndose en la cimera de una de las azules montañas.

AL DÍA siguiente, era una mañana de primavera: el sol apareció, como un inmenso disco de oro, por detrás de las sierras, y tomando el ayo a la niña de la mano, salió con ella en dirección del campo.

Yolanda iba ricamente vestida, y los rizos de color de miel de su cabello, se escapaban bajo las enormes alas de un sombrero de paja fina, cubierto todo él de anémonas de color de rosa; pero la niña iba triste, como una rosa desmayada en el borde de un jarrón de Sajonia.

La mañana era espléndida; un canto a la Creación. Los verdes terciopelos de los musgos esmaltados por la nevada bruma del rocío, asemejaban fábulas de pedrería de líquidos brillantes, y los árboles, desplegando los parasoles de sus copas inmensas, rompían en brotes de un verde tierno, percibiéndose los besos de los botones al estallar dentro de su envoltura vegetal; en las orillas de los riachuelos, los lirios de largos tirsos se mecían cimbradores por mirarse en sus cristales, y las rosas enviaban a la brisa mensajes de amor.

Admirando la Naturaleza, embebecida con el vuelo incesante de los pajarillos, que describían lindas parábolas en el azul del cielo, avanzó la niña algunos pasos, perdiéndose, en un recodo de la senda, de la vista del ayo, el cual, por otra parte, ensimismado en la contemplación del paisaje y dominado por una profunda preocupación, marchaba a alguna distancia de Yolanda.

Caminaba ésta sin dirección fija, cuando al pasar cerca de un riachuelo, hirió sus oídos rumor de voces infantiles, sonoras risas, algo así como el desgranar de cascabeles de plata, como una música, vibraba en el aire cristalino, rumor de esquilas en la maravillosa égloga de los campos.

Acercóse al sitio de donde partía aquel inesperado himno a la vida, y vió, entre curiosa y asombrada, un grupo de chiquillos campesinos de ambos sexos que jugaban alegremente; unos, echaban barcos de papel en la corriente del riachuelo; otros, cogían juncos, con los cuales hacían informes cestos; y otros, levantaban, con la tierra húmeda, casas y montañas minúsculas.

En una gran piedra, que había cerca

del sitio en donde jugaban los niños, se sentó Yolanda, melancólica.

Absorta ante el cuadro que contemplaban sus ojos por vez primera, pues ella no tenía conocimiento de lo que eran juegos infantiles, sólo se la permitían los esparcimientos en los salones de recreo de su palacio, quedó suspensa ante aquel nuevo aspecto de la vida infantil para ella, sin saberlo comprender.

Largo rato quedóse meditabunda, y, reparando en ella el bullicioso grupo, sin ceremonias, para ellos des-

conocidas, ni parar mientes en las ricas vestiduras de Yolanda, que a la legua proclamaban su linaje, contrastando con los harapos de los rapazuélos, que encumbraban sus carnicitas doradas a fuerza de besos del sol, con esa hermosa confraternidad que une a la infancia, la interrogaron:

—Y tú, ¿por qué no juegas?

—¿Qué es jugar?—contestó Yolanda.

—Pues jugar, ya lo ves, es echar barquitos a bogar en la corriente, hacer casitas de tierra y cestos de juncos; y otros juegos aun más divertidos, como el del trompo, el del escondite. ¿Cómo es que tú no lo sabes? ¿quieres que juguemos contigo? verás: primero, podemos terminar éstos, y después jugaremos a esos otros que te he dicho, y verás como te gustan.

Efectivamente, Yolanda no fué rehacia a la seducción, y prontamente se la vió desceñirse las cintas del sombrero, descalzarse de sus lindos zapatitos de Cenicienta, y con las rosadas piernecitas al aire, brincó, saltó, y corrió hasta convertir en amapolas sus pálidas mejillas. Ahora se erguía triunfante como una rosa en el borde de un jarrón de Sajonia.

En esto se había acercado el buen ayo, y, atento a la inusitada animación que advertía en Yolanda por primera vez y prestando suma atención a la charla de los niños, queriendo ver si aquello podía ser el despertar de su alma color de rosa, se ocultó discreto detrás de un opulento castaño de Indias, no pudiendo disimular su regocijo.

—Razón tenía el hada—se le oyó murmurar.

Ya estaba el sol en medio del cenit, cuando, saliendo el anciano de su escondite, fué hacia Yolanda, que, turbada pero radiante de alegría, miró al ayo en tono de interrogación, el cual dijo sonriéndose:—Bien, querida princesita, y ¿qué dirán vuestros padres cuando os vean aparecer en ese desorden de vuestro vestido?

—Pues ya veréis—contestó la niña, arreglando su tocado y calzando sus diminutos pies;—les diré que he jugado mucho con unos niños que me han enseñado juegos muy lindos que yo no conocía, que estoy muy contenta, y que volveré todos los días a repetirlos, pues me han gustado mucho. Ya lo sabéis,—dijo a los arrapiezos—yo volveré, y además, rogaré a mi ayo que os lleve a palacio, ¿no es verdad, buen amigo, que me complaceréis?—Todo se andará princesa; no vayáis tan a prisa.

EL SABIO y la niña, tomaron a buen paso el camino del castillo, donde ya los reyes estaban inquietos por la prolongada ausencia de Yolanda.

Por el camino se pusieron de acuerdo para no decir nada de la aventura hasta que fuese menester, y así aconteció. Después del almuerzo, Yolanda se retiró a sus habitaciones, y se entregó a sus cotidianas tareas, pero algo resplandecía en las ojos y en las mejillas de la niña, que no pasó desapercibido a los maternos ojos.

Al otro día, se repitió la excursión; y pasaron los días, mostrándose Yolanda como que renacía a una nueva vida. Sus ojos, de color de turquesa, tomaron extraños resplandores; su cuerpecito débil se erguía, acusando divinas redondeces; sus mejillas eran dos rosas, y su boca desfloraba constantemente una divina sonrisa.

Muy complacidos los reyes, felicitaban al viejo sabio porque Yolanda, merced a los paseos matutinos a pleno sol, parecía renacer a la vida; pero llegó el invierno, comenzaron a caer los primeros copos, como pétalos de jazmines; los prados y los árboles se cubrieron de blanco cenital, el lago se cristalizó hermético, y la niña, falta de aire, de luz, de sol y de juegos infantiles, volvió a mustiarse como

(Sigue en la página 16)



ERASE que se era un país azul en tierras remotas.

Lo llamaban el país azul, por autonomasía, porque era azul indigo su cielo; azules sus enhiestas montañas; azules sus ríos y sus lagos; y azules los ojos de sus doncellas: azulada era su atmósfera, y sus aves tenían todas el plumaje azul.

En ese país había un rey que vivía en un castillo enclavado en la falda de una montaña y guardado por puentes levadizos, soldados, baluartes y bastiones, y además, dos fieros leones de mármol blanco y dos dragones de rojo pérfido.

El rey tenía a su esposa y a una hija que se llamaba Yolanda: vivía completamente alejado de sus súbditos, y hasta él no llegaban ni los ecos de su felicidad, ni el doloroso gemido de sus desgracias.

La niña crecía como una flor de invernadero, siempre sola, siempre triste, como una rosa que se amustia sobre el fondo de un jarrón de Sajonia.

Todos los encantos de la vida rodeaban a Yolanda; no obstante, la niña languidecía como falta de luz y calor.

Sus mejillas, que envidiaran las rosas de Francia, se desvanían; su boca, que como una granada abierta en plena madurez, encerraba sus pálidos perfiles, permanecía hermética a la risa; sus ojos martirizaban su azul en desgarradoras nubes de ojeras, apagando sus luces, y sus dedos de lirio, temblaban traslucidos como un varillaje de marfil.

El cabello, del color de la miel, yacía en lánguidos bucles sobre sus hombros fatigados, y todo en ella revelaba el cansancio de la vida a la tierna edad de diez años . . . !

Su hada madrina, solía visitarla a menudo, y traerle ricos presentes, sin que jamás pudiese disipar la honda tristeza de Yolanda; la niña languidecía, languidecía como una rosa que se amustia en el borde de un jarrón de Sajonia.

En distintas ocasiones habían consultado los reyes con el hada madrina; pero ésta, no obstante su saber, no podía dar con la clave que originaba la nostalgia de la niña.

En el castillo, rodeado de hermosos bosques seculares, había reunido el cariño paterno, todos los refinamientos del lujo, y, ante la visible decadencia de la princesa, no podía, en verdad, concebir el motivo de esta melancolía.

La edad de Yolanda era la edad maravillosa en que cada día es un himno entonado a la felicidad.

Poseía en su palacio todas esas divinas distracciones que a un niño rico,—mucho más si es príncipe—rodean; estaba en posesión de preciosos e incomparables juguetes de raro mecanismo, fabricados expresamente para ella; todos respondían a un nuevo capricho de la fantasía; era dueña de dos grandes salones: uno, de juego, con aparatos propios para desarrollar los músculos y dar expansión al cuerpo; y el otro, de música, en el cual, y por distraer a la pequeña rosa, se ensayaban bailes que organizaba el director con las damas de la corte; se revivían los majestuosos minués, las caducas pavanas; se daban conciertos, pero nada lograba distraer el tedio de la princesa. En su

EL AFAN DE LAS ALMAS

Por Vicente A. Salaverri (Español)

ILUSTRACIÓN DE ARMANDO BOTH



CON un movimiento rápido secó su frente, para seguir tallando los mármoles de Burgueño. En las planchas rosadas, iban quedando esculpidos graciosos grupos infantiles, que Roger reproducía de unos grabados clásicos. Y ajustaba las proporciones y buscaba un ritmo distinto para cada figura. Aquellos altos relieves exornarían el dormitorio. Va a casarse. ¡Casarse! Que extraño le sonaba a sí mismo. —¡Por él!— balbuceó oprimiendo el martillo con nerviosa presión. “El” era su hijo; un hijo que no tenía aún, pero que nacería con toda precisión. Tal su deseo. Y para Roger, los deseos resultaban realizaciones. Por eso se casaba, por eso había elegido, no la mujer más dulce sino la más hermosa. Su vástago había de resultar un mancebo apolíneo. Haría Roger el don preciado de su talento, y heredaría de la madre su ponderada belleza.

—Por él... por él—repetía, ebrio, martillando la piedra.

Quizá fuese ridícula su exaltación, en la que se mezclaba a un sentimiento paterno otro sentimiento no menos vehemente: el del artista. Mas, ¿qué le importaban las exageraciones? Ello fué que toda la tarde de aquel lírico día primaveral, se la pasó esculpiendo. Rendido al fin, tumbóse en un *chaise-longue*. Tras el ventanal amplísimo, quedaban los jardines que el crepúsculo invadía, precipitando sus caudales cárdenos. Y hubo de pensar Roger:

—Desde que me acometió este paterno afán soy otro hombre.

Lo era en efecto; todo resolución, fuego, fe inquebrantable. Creía. ¡Qué suprema ventura la de creer! Desapareció su indiferencia; ese desgano casi elegante de todos los que han llegado demasiado pronto.

Todos los años donaba Roger su mejor obra al municipio. Los jardines públicos comenzaron a ostentar figuras gráciles, en vez de rústicos jarrones de Portland. Estaban talladas las estatuas sobre mármoles nacionales.

—¡Para que se diga luego que no soy patriota!—jactábase el artista.—Desdeño los bloques de Carrara por patriotismo... y porque su blancor me parece funerario. La piedra nuestra es más oscura, semirosada, sensual como todo lo de la tierra: se hace un desnudo en ella y palpita; se diría que vive.

—Eres un poeta del mármol criollo. ¡Insoportable como poeta!—decíale su íntimo amigo Armando Priore.

Y Roger aceptaba de buen grado aquellas frases zumbonas, prosaicas, que refrenaban un tanto su lirismo.

LA INFANCIA áspera y bravía de Roger sirvió de orgullo al padre, empeñado en *incubar* el más resuelto impulsador de la industria ganadera. Cuando aquel hombre veía a su primogénito asido a la cola de un caballo o persiguiendo novillos con el lazo, respiraba satisfecho.

—¡Empieza bien! es un pequeño salvaje.

El *salvaje* llegó a los doce años sin conocer el abecedario. Entonces fué interno a un colegio de Montevideo. En pocos meses hizo prodigios. Tenía una memoria admirable y un discernimiento sorprendente.

De cuando en cuando, Roger recibía la visita del genitor. Era pródigo su bolsillo.

—Aprende, desarróllate por dentro y por fuera,—decía el hombrón.—Y luego a correr mundo, a familiarizarse con la vida.

Cuando Roger volvió a Artiga, su departamento natal, tenía diez y seis años cumplidos. No era tan alto como don Pancho anhelaba, pero sí muy recio, musculoso. Lo único que le apenaba era verlo sentimental en demasía. Fueron a saludarlo viejos peones y se le saltaron las lágrimas.

—¡Tienes demasiado corazón, canejito! cuenta que hay que tener cerrados los ojos del alma para las desgracias de los otros; si no estás uno perdido.

Por gusto de don Pancho, el joven habría salido de inmediato para Norte América. Pero se opuso la genitora, razonando de un modo sencillo y concluyente; como razonan las madres.

—¡Es una temeridad! Piensa el antro de corrupción que vas a ponerle ante los ojos: cafés, mujeres, casas de juego... Aguarda siquiera a que cumpla los veinte años.

Quedó en la estancia. Hizo de nuevo vida salvaje. Vivía sobre el caballo. Intervino en yerras, domó potros, baleó avestruces.

—¡Es de mi ley!... ¡Mi sangre!...

Y don Pancho se transfiguraba de gozo, henchíase con el orgullo.

Pero, he aquí que Roger pierde al padre en circunstancias dolorosísimas: corriendo a unos contrabandistas, junto a la frontera del Brasil, don Pancho cae de su brioso *bayo* con el cráneo desecho por una bala mauser. Roger presenciaba la agonía. Entre sus manos, las manos paternas perdieron su tibieza. Vió vidriarse las pupilas amadas.

—¡Padre! ¡padre!—sollozó.

—No llores—fué el reproche del moribundo: —No te



ARMANDO BOTH

Por eso había elegido, no la mujer más dulce sino la más hermosa

pidió otra cosa sino que seas digno de mí, de mi nombre.

CON un bozo temprano sobre los labios, cayó en la capital Roger. Su vida fué expansiva, regocijada, bullente. Tan algarera, que pronto olvidó la tragedia. Tuvo un automóvil trepidante y un blanco yacht raptador. Hizo vida nocturna frecuentando los teatros alegres y las salas de juego. Allí donde se sucedieron los estampidos del champagne, allí estaba Roger. Su bolsillo era el más espléndido.

—Pronto lo veremos hundido—reflexionaban los compinches.

Y, de repente, la sorpresa: Roger se sustrae a la curiosidad de todos. Llena de arcilla el mejor cuarto de su casa; contrata una modelo.

—¡Está loco! ¡Le dió por la escultura! Se mofan los pocos que se atreven a visitarlo.

Y en la Exposición Internacional de Buenos Aires logra un éxito estupendo con su grupo “Los Pecadores”, que le vale una medalla de oro. Era que sus aficiones, apenas esbozadas años atrás, se convirtieron en vocación irrefrenable.

La gente de su tierra, sin embargo, no quiso creer en el talento del joven.—Debe ser una obra comprada—deslizan los arteros. Pero en Buenos Aires, un artista de mucha

enjundia, le aconseja:—No pierda el tiempo; establézcase en París. Opta por Bruselas, donde instala un *atelier* lujoso. Notables maestros belgas son sus maestros. Hay uno que se interesa, que lucha por encauzar las facultades del alumno. Roger con su buen sentido, rehuye el estrepito. No interviene en ningún torneo.

—Te estamos olvidando. ¡Cómo no haces hablar de tus obras! le escriben desde la patria los amigos.

Roger les da una lección de austeridad al contestarles ególatra:—Mi arte, antes que a nadie, me interesa a mí.

Con los treinta años cumplidos retorna al Uruguay. Ni grave, ni jovial; un poco displicente por la opinión ajena. Su cultura es amplia. Viajó mucho, observó mucho... El roce con personalidades, lejos de deslumbrarlo, le ha dado aplomo, equilibrio.

Su mundo social quedó formado con ocho o diez camaradas sinceros que le visitaron constantemente. El grupo no se ensanchaba por ruego expreso de Roger. Alhajó el *home* de un modo fastuoso.

—Todo lo tiene: juventud, fortuna, talento... —decía la gente con sorda inquina, sin notar el vacío en torno suyo: el dejado por la madre, que murió de alegría al conocer la noticia del regreso.

Tal vez fué esta sensación desolada la que le condujo a pensar en el hijo. Aquella imaginación ardiente que era su imaginación, lo concibió bello y genial, armonioso y dominador. Se sentía imbuido por lecturas lejanas. Su triunfo en el país fué fácil. Trajo de Europa seis grupos soberbios que cedió al Municipio. Los periódicos glosaron el gesto durante un mes: ponderaban, tanto como la maestría de Roger, su interesante desprendimiento. Y pasó lo de siempre en ambientes constreñidos; que a las ponderaciones fogosas correspondieron los ataques injustificados.

Mientras tanto Roger seguía pensando en el hijo. No le bastaba, para vivir, con las satisfacciones que le deparara su arte: era necesario modelar una gran alma. Armando Priore reía de buen grado:

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Y piensas tener pronto un hijo? No lo comprendo.

—Me basta con entenderme yo—. Y sonreía de un modo infalible.

LA noticia tuvo la no muy rara peculiaridad de conmover los círculos mundanos, que dicen melosamente los gacetilleros sociales. Y cuando aun vibraban los ámbitos con la nueva del noviazgo, cayó hecha bomba de estruendo, la noticia del enlace.

Bien supo elegir, ya que a hermosura ninguna otra muchacha aventajaba a la hija del diplomático. Alta, garbosa, rítmica; el rostro muy sereno, un poco frío como todo lo perfecto; los ojos grandes, pardos, almendrados; la boca fresca y encendida, como un clavel gaditano.

—Otra estatua para su colección—comentó en el “Club Uruguay” Ramirito del Cerro.

El escultor aparece tranquilo, y no por hallarse seguro de que le amara Carolina Mendoza. ¡Pobre! dábale lo mismo: iba rectamente a su objeto. La trataría finamente; sus lujos iban a ser dignos de una princesa.

Vanidad: no otra cosa fué siempre la característica de la joven. Si aspiraba a ser envidiada, junto a Roger, le iban a cobrar ocasiones de lucimiento.

La boda de Roger resultó una claudicación: el misántropo toleró fiestas para la que fué invitada toda la gente *chic*. Carolina surgió magnífica y deslumbradora en el templo. —Jamás tuvo Fidia modelo tan hermoso; cópiala con el traje nupcial—dijo avieso el socarrón Priore.

—¡Pobre gente!—se dolía el escultor.—Por lo visto creen que me caso para permitirme el lujo de contar con un *original* de rango.

Y en vez de un modelo, Roger tenía con Carolina la *arcilla manipulable*. De tan estupenda beldad iba a salir la obra; una obra que él modelaría pacientemente: hermosa de cuerpo, épica amplitud en el alma... Al alma iba a consagrarle todos sus afanes, toda su precoz experiencia de la vida.

—Será un hombre de acción, poderoso como un monarca. Temiendo la luna de miel, desabrida, que le aguardaba, emprendió un viaje a Europa; mas no sin antes habitar su casa, aquella casa fastuosa cuya alcoba era un museo de bellos frisos y gentiles estatuillas. Fué un golpe hábil. Así Carolina no tuvo tiempo de aburrirse. Roger, sin embargo, mostrábase pesadoso tras el regreso.

(Continúa en la página 16)

OPINIONES FEMENINAS

LA EDUCACIÓN MÁS APROPIADA PARA LA MUJER

Por varias suscriptoras

Por Pepita Mora

LA BELLA mitad del género humano," exaltada hoy a eminencias que bien se merece en justicia, no tiene porque permanecer a la vera, estacionaria, y antes sí es de rigor en los destinos sociológicos que se la atiende en su desarrollo; que se la prepare en su educación; que se la adiestre cuidadosamente para los fines futuros.

No en vano los pensadores han asociado la idea de los jardines botánicos a la de los huertos femeninos. Mujeres y flores vinieron al mundo para saturar, embalsamando atmósferas: la atmósfera moral; la atmósfera física. . . .

Aquello de que la mujer ha sido formada para sostén y halago de la masculina estirpe es un tópico que—por lo axiomático—se hace indiscutible; y es ese el motivo que se me interpone para afanzarme en la creencia de que al femenino sexo debe prepararse en las más exquisitas condiciones para que llegue a cumplir su misión al colmo de las exigencias sociales.

Es el matrimonio cadena que tanto puede ser de flores como de espinas, reza una figura de Dicción, que no por gastada deja de ser altamente verídica. Para mí, tengo que la solución en el dilema estriba en causas educativas. "¿Cómo se prepara a la mujer más eficazmente para el matrimonio?" Se la inicia, se la desarrolla en el hogar. En mi opinión, el ejemplo de una madre decide. De una madre que se preocupe por lecturas—libros, revistas, periódicos—que la encarrilen en desenvolvimientos pedagógicos. Bajo tal perspectiva, he ahí a una niña, enamorada y amada en un porvenir de luz. . . . Dadle a una madre la intuición ilustrativa, y la miraráis luchando en palenques de perfeccionamiento. Suministrad a una madre la lámpara del libro y la miraráis solicitada guiando a su niña por las selvas dantescas del vivir. Iniciad a ésta en tales torneos; endilgadla por sendas presentidas, y, más tarde si los recursos pecuniarios no se hallaren al colmo para que se continúe su educación en planteles que ofrezcan garantías rigurosas, aquella solicitud materna, sublimizada por el amor más alto, será el punto de apoyo para que un esposo, consciente, complete la obra educativa.

Conceptúo ahincadamente que la personalidad de una madre va en razón directa de sus lecturas. ¿Podía tenerse por mejor conductora a la matrona que se engolfa en novelones trasnochados y que ningún beneficio—bien al contrario—dejan en el ánimo? ¿podrá tenerse, comparativamente, con la que se preocupe de libros al alcance de *El Breviario de la Mujer*, para no nombrar otros, o de producciones al estilo *El Desarrollo simétrico* de Madama Festoyer y *Secretos de Belleza* del Profesor Apliofe?

Socorrida, además, ha sido aquella forma de dicción de que los árboles, al igual de los seres humanos, deben ser enderezados desde los primeros momentos en su desarrollo. Tal manera de decir, no por ser lugar común deja de envolver una verdad concluyente.

Y hay aún algo más: conjeturo que para encontrar con probabilidades de éxito una esposa buena, debe buscárla al lado de una buena madre. Tal así, los árboles robustos ofrecen sus frutos lozanos y jugosos.

• Condensó mis mal trazadas razones:

A la mujer debe preparársela para el matrimonio, en el hogar; iniciárla por medio del ejemplo; acostumbrarla a las buenas lecturas haciendo que las ponga en práctica y exhibiéndola en su mejor pedestal: el recato y la cultura.

Por Camelia

VOY a darles mi contestación al tema siguiente: ¿Cómo se prepara la mujer más eficazmente para el matrimonio?—Según mi humilde opinión, la mujer como ángel del hogar, debe ser adornada de tres cualidades principales. La belleza, la inteligencia y la virtud. Respecto de la primera, debe siempre inspirarle a su esposo emoción estética en su atavío y en toda su persona, para cautivar su atención y enloquecerle con todas las galas de la encantadora fantasía.

Tratándose de la segunda cualidad, la mujer debe compartir con su esposo los más serios y misteriosos asuntos de la vida íntima, para que no se vea obligado a hacerle una confidencia secreta a una persona extraña; debe ser la brillante estrella que guíe su camino y la luz de sus pensamientos y la vida de su vida, tratando de que su esposo sienta goce intelectual a su lado.

Y la tercera cualidad es la mas excelsa y delicada de todas, por lo que me refiero a que en todo trance, debe mostrar abnegación sublime, resignándose a

sobrellevar las horas de crueldad inaudita que quiera depararle el destino.

En esas circunstancias especiales, su hogar se habrá convertido en un trocito de Cielo.

Y todos estos preciosos dones, formarán la diadema de rosas, con que será coronada la frente de la esposa entre los triunfos y las palmas de la vida.

Por Victoria M. Ojedis

TODOS los seres están destinados a un fin práctico, es decir, que todos ellos tienen su parte útil, por lo cual es necesario educarlos y ponerlos en capacidad de prestar los servicios que de ellos se esperan.

Uno de esos seres, es la mujer, cuya importancia práctica es mayor, cuando el matrimonio la encarga de regir los destinos de su hogar, de velar por la paz doméstica y el porvenir de sus hijos.

Atendiendo a la función que ella desempeña en el hogar, debe prepararse debidamente y así contemplaremos en no lejano día hogares modelos y madres y esposas conscientes de las obligaciones que su estado les impone.

Cuanto hogares desgraciados de cuya desgracia tiene más culpa la mujer por no saber la parte que le corresponde en la administración de su casa; cuántos hogares arruinados, cuantos nombres mancillados por la falta de previsión de la mujer, que gasta más de lo que tiene y no piensa en el mañana, que despilfarra y sacrifica la educación y bienestar de sus hijos por el lujo y la vanidad.

La mujer que se ofrece en matrimonio, debe observar el orden más completo en las cosas y en los gastos; la limpieza y la previsión, no sólo como medida económica sino también como principio fundamental de la higiene; hará frecuente uso de la prudencia, evitando toda clase de disgustos que rebajan su dignidad de amante esposa y no la presentan a los ojos de su esposo como la mujer digna de su nombre y de su eterna compañía.

Estos conocimientos tan sencillos bastan para producir magníficas consecuencias cuando se practican sin interrupción, y por eso es indispensable instruir al elemento femenino en tales prácticas, bien en la escuela o en la casa, con el fin de formar esposas dignas de tal nombre, madres y educadoras de almas confiadas a sus manos; y cuando todas estén preparadas eficazmente para el matrimonio y estén plenamente convencidas de la responsabilidad de su alto cargo, entonces se habrá realizado uno de los ideales más bellos de la educación; entonces se habrán exterminado tantos y tantos errores, cuyo origen está en la mala administración del hogar, por la falta de preparación de la mujer para cumplir fielmente su misión sublime de esposa y madre; entonces surgirá de todos los ámbitos de la tierra una manifestación de gratitud al Supremo Ser que nos concede más y más nuestro acercamiento a la perfección divina.

Por Hada Buena

AUNQUE no soy escritora y ésta es la primera vez que escribo un artículo, sin embargo, voy a exponer sencillamente lo que pienso.

La mujer, en mi concepto debe ser educada moral, intelectual y físicamente para que pueda desempeñar con acierto en la vida su doble papel de mujer y madre; y del cual no podrá librarse nunca la mujer por muchos y diferentes cambios que se realice en la vida, tanto política como social.

También opino que debe poseer todos los conocimientos relativos al hogar en que, muchas veces, más tarde o más temprano se verá obligada a actuar para que al mismo tiempo de embellecerlo, pueda hacerlo feliz.

Muchas pobres jóvenes ilusas, se apresuran a formar un hogar; pero que no saben el manejo de ninguna de esas pequeñas menudencias que lo forman, y en lugar de hallar la felicidad que soñaron, se encuentran abatidas ante todos los obstáculos que tienen que vencer, y de los cuales se hubieran salvado si los hubieran previsto, educándose en ello.

Como la educación moral tiene por objeto dotar a las personas de un carácter sano, enérgico y virtuoso, es imposible prescindir de ella, siendo uno de los factores más importantes de la vida.

Una mujer sin carácter sin virtud, difícilmente puede ser buena esposa y buena madre.

Intelectualmente se debe educar para que según su posición social frecuente la sociedad, y, en consecuencia, debe estar preparada para actuar en ella, sin que nadie se atreva a tacharla de ignorante.

Si no posee educación intelectual, si es madre,

tampoco podrá dirigir con marcado acierto la educación de sus tiernos hijos.

Por otra parte, la mujer educada intelectualmente, aunque no posea gran belleza física, siempre es atractiva, ya sea por sus modales o su conversación amable y culta.

Físicamente debe educarse, pues aunque goce de una posición desahogada, muchas veces sucede lo imprevisto y puede verse obligada a ganar su sustento con su trabajo; y si es de complexión débil, delicada y no goza de buena salud, no podrá efectuarlo, y como la educación física tiene por objeto dar al cuerpo salud y belleza, por esto mismo es tan necesaria como las otras dos.

En resumen: pienso que una mujer, para que pueda llenar dignamente su misión en la tierra, debe poseer una educación moral y física esmerada y una amplia preparación intelectual, sin descuidar por esto sus deberes del hogar.

Por Violeta

LA EDUCACIÓN de la mujer es semejante a un jardín, tanto más bello y atractivo cuanto con más esmero han sido seleccionadas las plantas que lo integran. Esta selección no consiste en adornar tal jardín, de flores de vistosos colores que sólo agradan a la vista; no excluyendo éstas totalmente, deben preferirse, sin embargo, aquellas otras que aunque menos atractivas a la simple vista sean, por su esencia y significación, de un valor superior a las demás. Entre otras vemos la violeta, cuya humildad la hace esconderse entre sus verdes hojas, pero su delicado y embriagador aroma traiciona su modestia y deleita a los que aprecian la verdadera virtud.

De la misma manera, en la educación de la mujer, debe ser esmeradísima la selección que se haga, a fin de no posponer lo principal a lo secundario.

¿Hay alguien que pueda sustituir con ventaja a una madre experta y cuidadosa del porvenir de sus hijos, en este interesantísimo ramo del saber humano? Se da mucha importancia a todas las ciencias y artes en todos sus ramos y la tienen efectivamente, pero ninguna de tanta trascendencia como la que nos ocupa, y, sin embargo, ¡qué poco nos ocupamos de ella!

Yo creo que una madre que a la bondad de su corazón une una regular inteligencia es capaz por sí sola para desempeñar este sagrado ministerio.

Atesora el corazón de una madre un caudal tan grande de amor y dulzura que es capaz de todos los sacrificios por la mayor felicidad de sus hijos; amor y dulzura que a su magnético influjo se descorre el velo que oculta los tiernos corazones de sus hijos y le permite moldearlos y grabar en ellos con caracteres imborrables esa bondad, dulzura, abnegación que en su corazón guarda; los deberes de una esposa, de una madre, la ciencia de la educación de los hijos, la higiene en toda su extensión, la economía doméstica, los alimentos, las propiedades nutritivas y curativas de las frutas, en fin, todo ese cúmulo de deberes y conocimientos que una mujer no debiera nunca ignorar, y que cumplidos con satisfacción evitan muchos disgustos y enfermedades en las familias y son una verdadera caja de ahorros en la que todos guardan salud y dinero.

Un hombre que quiera casarse, por muy exigente que sea ¿no encontrará en una mujer, con todas esas cualidades, el ideal de su vida? ¿Qué dote podría aportar la mujer al matrimonio que recompensara la falta de todas esas buenas cualidades?

Por Malvaloca

LA educación de la mujer para que sea sólida debe cimentar sus bases desde la infancia llenando su corazón de ternura, inculcándola en los deberes que para estar bien atendido requiere un hogar, enseñándola a respetar a sus padres y ser para ellos una ayuda en todos los casos de la vida.

Llegada la mujer a la edad propicia al matrimonio con estos principios, se convencerá ella misma que no debe unirse a un hombre, sólo para encontrar el bienestar y comodidades que él pueda ofrecerle y sí para ser en cuanto sea posible una economía a sus intereses, un consuelo en sus amarguras.

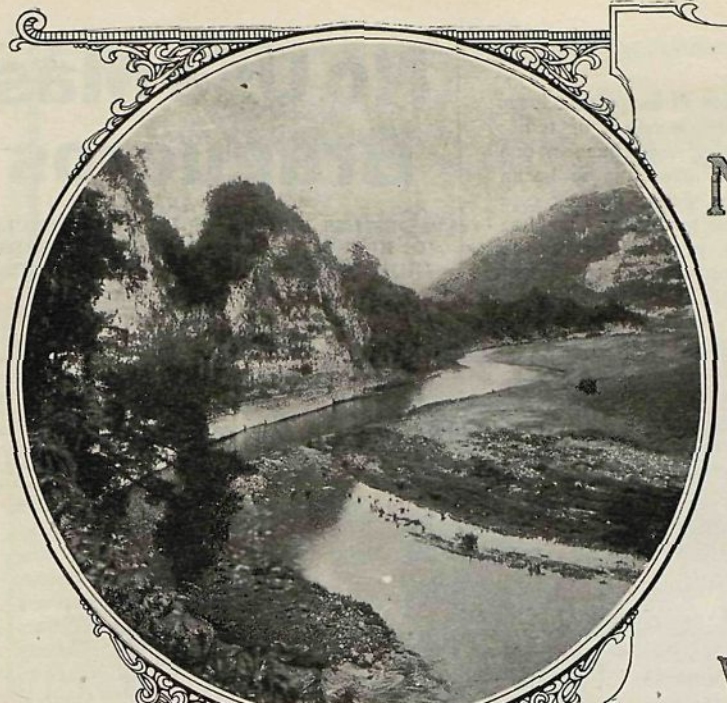
Debe estar siempre pendiente de los deseos del esposo para que de retorno al hogar, tras las contrariedades que indispensablemente le originen sus obligaciones encuentre la recompensa en la satisfacción de ver complacidos sus menores deseos.

Vivir para arrancar espinas de su camino, tornando en sonrisas sus lágrimas, aplacando sus iras, velando por sus intereses, ser cariñosa y obediente: ésta es la misión de toda mujer casada.

BELLEZAS NATURALES

Puerto Rico
Pintoresco

Fotografías del
B. de I. A.,
Washington, D. C.



Paisaje de la carretera de Arecibo-
Utüado.



Carretera de San Juan a Ponce.

ENTRE las bellezas naturales de los trópicos se han distinguido siempre los paisajes puertorriqueños, no sólo por su exorbitancia de hermosuras, sino también por la variedad de aquéllos, bastante a sugerirnos, en remedo a lo Maura, de brutalmente poéticos y extasiantes, que emborrachan de color, de armonía, de fragancia, de arte y de inspiración divina.

Sus campos, sus ríos, sus montes, sus caminos, sus valles y colinas no pueden soñarlos los poetas, como no podemos soñar los vislumbres de los peldaños que

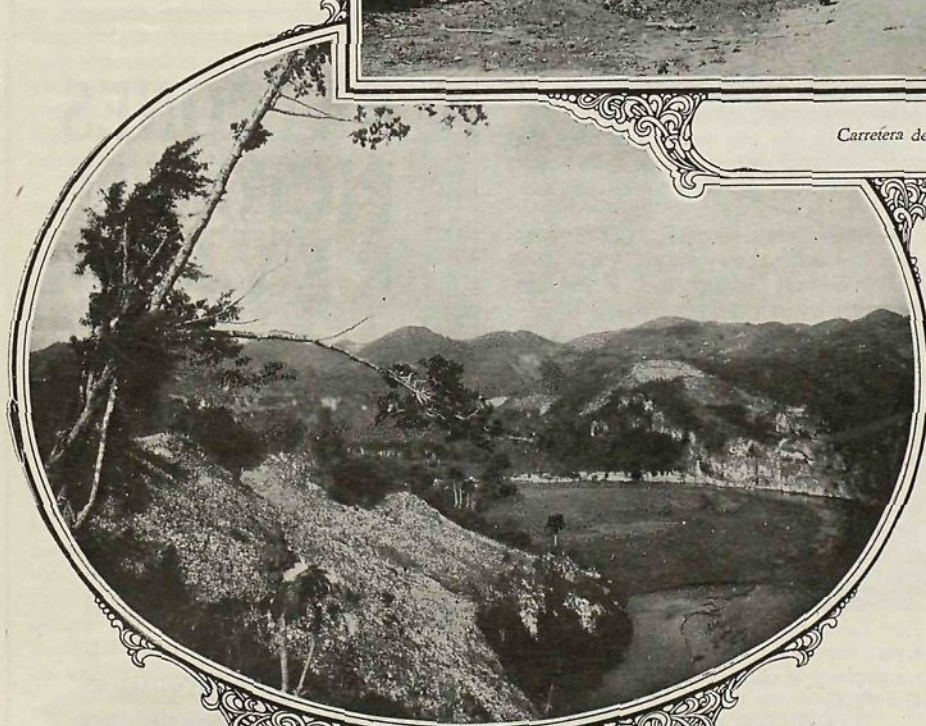
dan su entrada al cielo, sea cualquiera la extensión que abarque nuestra fantasía.

Si Cuba adquirió su merecido nombre de Perla de las Antillas, a Puerto Rico la consideramos como la Perla de la Creación.

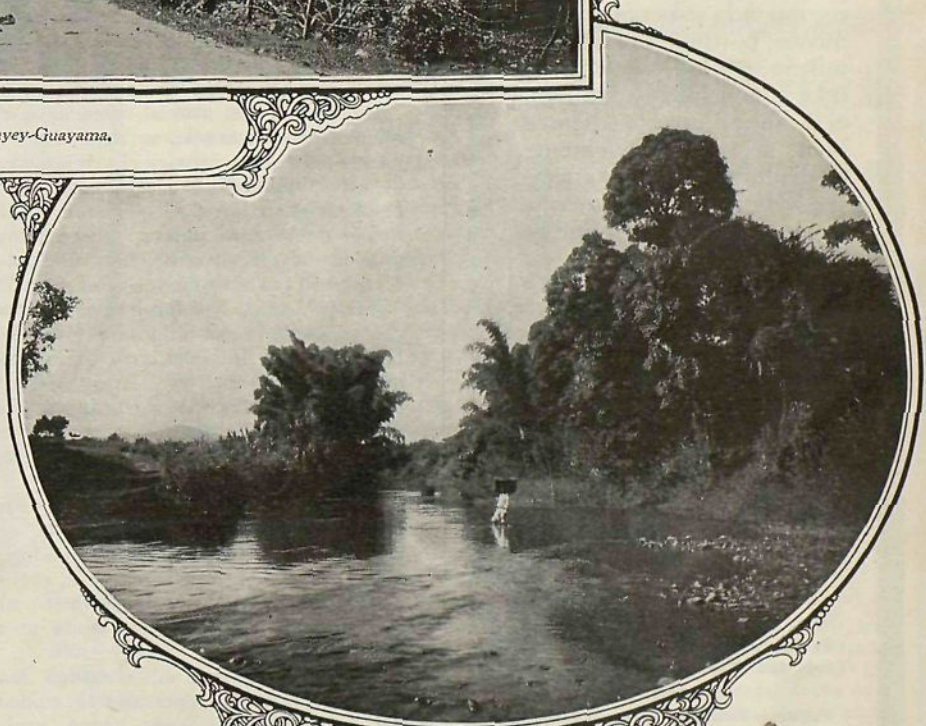
Tierra tan privilegiada no puede por menos que contar las flores por millares, con corolas asfixiantes de exquisitos aromas, en cuyas bellezas se retratan las hijas de aquel paraíso. Flores también de arrebatadora fragancia, con ojos de pasión infinita, aterciopelado cutis, esbeltez de palma real y dulzura de vírgenes panales.



Carretera de Cayey-Guayama.



El río Manatí en el Paseo de Mata de
Plátanos.



El río Plata en Cayey, Puerto Rico.



Carretera de
Comerio-Barranquitas,
Puerto Rico.

Carretera de
Utüado a Adjuntas,
Puerto Rico.





LA BELLEZA A CUALQUIER EDAD REQUIERE PERFECTA DENTADURA

la que no se puede poseer sin tener los dientes en buena condición, la que no se llegará a obtener si las encías no se encuentran firmes y sanas.

La acertada selección de un dentífrico es la que protegerá las encías y los dientes.

El Líquido Dentífrico Sozodont está preparado especialmente para este propósito, pues preserva las delicadas membranas de la boca y encías y, sin ser dañino, ejerce propiedades muy antisépticas sobre ellas.

El Sozodont se ofrece también en Pasta y Polvos, poseyendo las mismas cualidades; pero el líquido se recomienda más particularmente, porque, debido a su mismo estado, se obtiene una acción más rápida con el cepillo; limpia los dientes bien, se pone suavemente en contacto con las encías y evita la molestia que causa su sangrar, el que se alfojen o se infesten.

Empiece hoy mismo a usar el Sozodont y haga que su familia lo use también. Nunca es tarde, pero tenga cuidado de las imitaciones e insista en obtener el legítimo. Escriba hoy mismo pidiendo una *muestra gratis* de Sozodont, pasta, polvos o líquido.

PAQUETES DE COMBINACION CONTENIENDO

1 Frasco grande de Líquido
1 caja de Polvos

También
Paquetes individuales con Pasta,
Polvos y Líquido.

HALL & RUCKEL

215 Washington Street
Nueva York, E. U. A.

Agente directo en España

Max Gold
San Francisco No. 22
Santander



YOLANDA

(Continuación de la página 12)

una rosa al borde de un jarrón de Sajonia.

El sabio nada decía; pero se había observado que el hada madrina había hecho frecuentes visitas al castillo y a las habitaciones del ayo: éste se hallaba embargado por una grave preocupación.

Sin decir nada, salió un día de gran frío y nieve, con dirección al cercano caserío en busca de los amigos de Yolanda.

Anduvo todo el día, pues los pobres gorriones tenían sus hogares muy adentro de la montaña, algunos, y otros vivían en chozas de miserable aspecto, a la vera de los senderos.

Llegó el anciano y buscó a todos los niños amigos de Yolanda, los que en su mayoría presentaban el desolado cariz de la miseria.

Como iba prevenido con una buena bolsa de doblones, fué sin tardanza al cercano pueblo y allí se proveyó de lo indispensable para equipar a la gente menuda.

Pronto estuvieron transformados los arrapiezos, y, previo permiso de sus familiares, marchó con ellos camino del palacio.

DESPUES de cenar, los reyes se hallaban sentados en el rojo salón del trono, rodeados de algunos palaciegos empleados del castillo.

El salón era una hermosísima pieza, lujosamente artesonada, tapizada toda, como los muebles, de brocado rojo, que se copiaban en las hermosas lunas de los inmensos espejos. Dorados plafones, anchas cornisas y heráldicos tapices daban solemnidad imponente a la regia estancia.

Una gran chimenea monumental, abarrotada de leños colosales que ardían en un alegre fuego, no lograban atenuar la helada tristeza que reinaba en todos los semblantes.

El frío era intenso; el viento bramaba iracundo contra los batientes de las blasonadas puertas, y Yolanda, como un acorde perdido en aquella extraña sinfonía de la Naturaleza, permanecía en su rojo sitial, melancólica, acurrucada, como un copo de espuma sobre un vaso de rubí, como una rosa que se amustia sobre el borde de un jarrón de Sajonia.

En medio del abacial silencio que reinaba en la estancia, se abre la gran puerta del salón y aparece el ayo seguido de los chiquillos, los cuales, como una bandada de pájaros, se quedaron en el quicio de la gran puerta, sobrecogidos ante la magnificencia del lujo que contemplaban sus ojos por vez primera.

Verles Yolanda y saltar a su encuentro con gritos de la más ruidosa alegría, fué todo uno: ella no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

Los reyes interrogaban con la mirada al anciano, y no se daban cuenta de aquella extraña invasión tan desusada en su reino.

La princesa, sin poderse contener, y sin parar mientes en la expresión que se pintaba en el rostro de sus padres, mezcla de asombro y de sorpresa, cogió a todos sus amigos y los arrastró al salón de recreo, en medio de la más grande algazara.

Pronto se oyeron en el trono las cristalinas risas y los encantadores ruidos que armaba la pequeña tropa capitaneada por Yolanda.

¡Qué holgorio, qué reír, qué jugar y qué bailar! La niña, radiante, parecía una estrella.

Los reyes, aprovechando el momento de la salida de los niños, que dejaron al sabio en el salón, le interrogaron. Iba el ayo a contestarles, pero en esto, al través del muro, se presentó el hada madrina, la que refirió a los reyes punto por punto sus proyectos, realizados por el sabio; la metamorfosis que se había efectuado en la niña desde que tuvo su primer encuentro con los niños campesinos, y terminó diciendo:

—Vuestras majestades me perdonarán, pero mis poderes de hada madrina me autorizan para decirles que Yolanda languidecía de falta de Amor, de Calor de infancia, de esparcimiento, pues no podemos contrarrestar las sabias leyes de la Naturaleza. Su corazón se ha abierto como una rosa al amor de esos niños que han llenado su alma de sol. . . .

Los reyes que se aislan de su pueblo,

y no comparten con él las palpitaciones de la vida, mueren de frío y de tedio; por el contrario, los reyes buenos, que viven con sus súbditos, que se hacen eco de sus tristezas, de sus dolores, esos *tienen el amor del pueblo, y en él, su más firme apoyo y el más profundo acatamiento a la corona.*

Abrid las puertas; que entre a oleadas el sol, y con el sol, el pueblo de vuestros dominios, que los reyes grandes hacen grandes a los pueblos que gobiernan.

Marchóse el hada por un halo de luz que súbitamente apareció, y fué esfumándose en la azul lejanía, como una lucecita que se debilita en la turquesa de los cielos.

AFAN DE ALMAS

(Continuación de la página 13)

A los intencionados ¿No hay novedades? de los íntimos, respondía con una gran oscilación del cráneo. Pasó un año. Carolina había conseguido deslumbrar a sus relaciones. Era un porte digno de una emperatriz. Lucía trajes fantásticos y alhajas muy costosas. Los exhibió de continuo.

—Roger lleva gastada una fortuna conmigo.

No faltó en reuniones y fiestas. Pero sola, siempre sin Roger. Justificaba superficial la ausencia del cónyuge: "¡Cómo trabaja tanto!".

Pero los meses se hundían y eran más glaciales las relaciones de la pareja. Había entre los caracteres profunda contradicción. Carolina era una criatura poco inteligente, frívola, pagada de su hermosura, con la constante avidez de figurar.

Roger, sin el vástago apetecido, vió agudizada su misantropía.

No hubo conflictos ruidosos; pero como la soldadura entre las almas era tan tenue, flotó entre aquellos cuerpos una nube de indiferencia. En Roger iba haciéndose sorda inquina.

Al cabo de algún tiempo, el artista pudo advertir que el carácter de Carolina cambiaba: la notó más femenina, apasionada y mimosa.

Una tarde, cayendo el aureo sol estival sobre el jardín, le tendió los brazos con cariño:—Tengo que darte una noticia.

La emoción que velaba la voz de la cónyuge se le contagió a Roger: se puso pálido, convulso, adivinando. . . .

A partir de esa tarde, un aura de concordia sopló sobre el palacete. Roger había tornado a la alcoba sus más graciosas estatuillas.

—¿A cuál de estos amorcillos se parecerá Rubén?

Y vivió el artista las horas más radiantes de su vida.

SE HABIA despedido el médico, dejando una sensación definitiva de confianza en el ánimo de Roger.

—Mi presencia aquí no va a ser necesaria: todo viene perfectamente.

En la alcoba se alzaba la voz de las mujeres, que infundían valor a Carolina. Roger, daba zancajadas por las habitaciones; salía al jardín. De rato en rato, tornaba para escuchar tras la puerta del dormitorio.

—Temo que sea niña: Roger ha puesto todas sus ilusiones en el nacimiento de un varón y se contrariaría—alegó llorosa Carolina.

—Me resignaré—estuvo por gritarle el marido, con una compasión honda hacia la mártir. Pero tuvo vergüenza: no quiso delatarse. Le molestaba que le supieran febriciente, espionando como los chiquillos.

Hubo dentro un silencio expectante: no se oía sino la respiración fatigada de la enferma. Roger tembló; tembló como un azogado, cuando advirtió el leve vaguido del que nacía.

—¿Qué es?—prorrumpió anhelante, olvidándose del sufrimiento de la madre. Pudo más su curiosidad.

—¿Qué es? quiero saber qué es—gritó suplicante de nuevo.

Nadie respondía. —Debe ser una niña—se dijo.

Sus nervios eran alfileres. No pudo reprimirse; empujó la puerta.

Roger hubiese preferido morir. Le presentaban una criatura deforme y esquelética.

Dentro del cuarto, todos los ojos parecían esquivarse. Nadie se miró de frente. La escena, con la angustia de todos, spantaba.

No Use Más Bragueros

DESPUES DE 30 AÑOS DE EXPERIENCIA
HE HECHO UN APARATO PARA HOMBRES,
MUJERES Y NIÑOS QUE CURA LA HERNIA.

LO ENVIO PARA ENSAYO

Si U. ha ensayado antes todo y no ha conseguido alivio, acuda a mí. En casos difíciles mi resultado ha sido maravilloso. Envíe el cupón de este anuncio, escriba todo lo que desea saber, y le enviaré gratis mi libro ilustrado acerca de la Quebradura ó hernia y su Curación, el cual informará a U. de mi aparato y los precios, además de nombres de muchas personas que han ensayado mi aparato y que han quedado satisfechas. Al usarlo da alivio cuando otros bragueros no han podido. Yo no uso emplastos, ungüentos, ni uso arneses, ni engaños.



Retrato de C. E. Brooks, quien ha estado curando la Quebradura ó Hernia por 30 años.

Lo hago a su medida y le envío garantizando que quedará a completa satisfacción ó devolveré el dinero. Mis precios son tan baratos que están al alcance del rico ó pobre para que pueda comprarlo. Si U. sufre de ésta escribame ahora.

Yo remito este aparato para que ensaye, y así probar que todo lo que digo respecto de él es la verdad. U. es el juez, y una vez que haya leído mi libro ilustrado, tengo seguridad U. se entusiasmará como miles de pacientes.

Cuando escriba ponga en el sobre afuera las suficientes estampillas.

CORTE ESTE CUPON Y ENVIE AHORA

CUPON DE INFORMACION GRATIS

C. E. BROOKS, 3015 State Street
Marshall, Mich., U. S. A.

Sírvase enviarme su Libro Ilustrado é información completa acerca de su Aparato para la curación de la Quebradura ó Hernia.

Nombre

Calle. Número.

Ciudad. País.

Sírvase escribir claramente.

PATRONES PICTORIAL REVIEW

Son los más Perfectos
y más Sencillos
de Usar

Compre usted un patrón "Pictorial Review," hágase un vestido, y pronto se convencerá de su elegancia y de lo facilísimo que resulta confeccionarlo usted misma con tan exquisita distinción como pudiera ofrecerle el más afamado modisto Parisiën.

Visite las Agencias de

The Pictorial Review
Company

214-226 West 39th Street
NEW YORK CITY

Arreglo de la cocina moderna

Medios a propósito para economizar tiempo, pasos y trabajo

Por Enriqueta Lacerda

EN ESTA página presentamos a los lectores de PICTORIAL REVIEW tres interesantes grabados con objeto de demostrar la posibilidad de eliminar innecesarios pasos en la cocina, de tal manera que la persona que se encarga de ella pueda emplear su energía del modo más ventajoso posible. No hay lugar más adecuado para la aplicación de un sistema eficiente de trabajo que la cocina, a la que podríamos llamar el taller de la casa.

Una de las cosas que deben tomarse de preferencia en consideración es ver si las diferentes piezas de la cocina están colocadas del modo que puedan rendir el mejor servicio con el gasto mínimo de esfuerzo, y que estén situadas a fácil alcance del lugar en que frecuentemente se usan. Tómese, por ejemplo, el fregado de los platos, el penoso fregado que hay que hacer tres veces al día, a lo menos. Primeramente, debe tenerse en cuenta si la altura del artesón guarda relación con la persona que lo usa. Además, debería tener un asiento giratorio para que el movimiento de la persona sea fácil, y si es posible, un sillón en otro lugar de la cocina, donde se puedan hacer ciertos trabajos que no requieran el artesón o la mesa.

El mejor arreglo del artesón sería colocándolo entre dos tablas inclinadas hacia su centro, de modo que en la derecha se puedan depositar los platos que se van a fregar, y a la izquierda los que estén ya limpios. Esta disposición permite ejecutar un trabajo mecánico sencillo y al mismo tiempo facilita que los platos dejen escurrir el agua a medida que se va terminando su limpieza. Para el secado completo se puede usar una canastilla de alambre, colocándolos verticalmente, para que dejen caer el agua por la misma gravedad y terminando con un trapo para darles brillo.

LA ILUSTRACIÓN en la parte superior de la página muestra un armario fijo conteniendo varios utensilios de cocina. Este armario es de construcción sencilla, pudiéndolo hacer cualquier carpintero. La parte interior lleva una buena disposición de clavos para colocar los utensilios y tenerlos siempre al alcance. En la parte posterior de la puerta hay varias repisas en las cuales se colocan las piezas que generalmente están desprovistas de mangos.

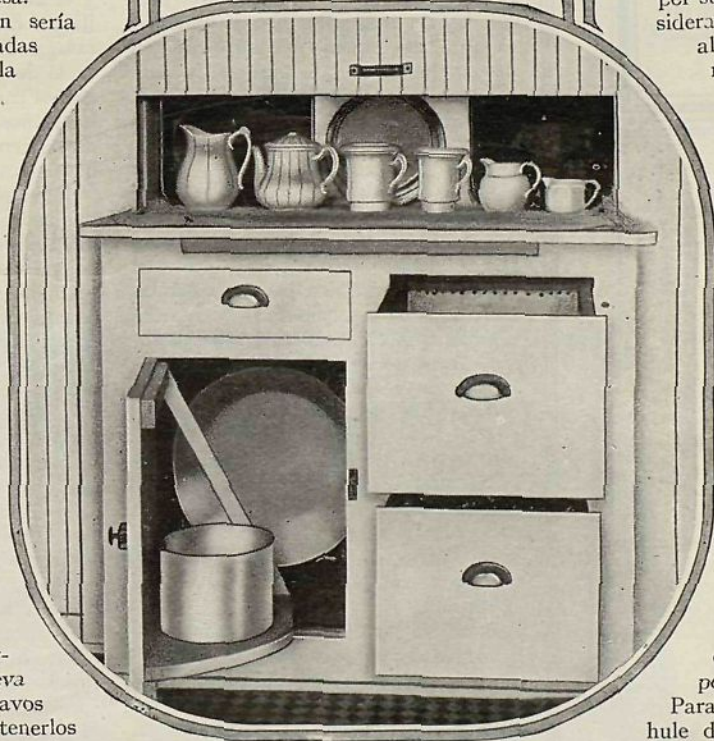
Este armario debería colocarse tan cerca del artesón como fuera posible con el objeto de evitar pasos inútiles cada vez que haya que llevar los utensilios del segundo al primero.

El armario para los utensilios de loza se muestra a la izquierda del armario grande y en la ilustración del centro.

En caso de que la casa en que se habite no sea propia sino alquilada y, por consiguiente, no se puedan hacer estos cómodos arreglos, sería conveniente una mesita con ruedecillas, en la cual se pueden llevar platos del artesón al armario. Esta mesita podría servir para otros usos, por ejemplo, para



Un armario bien construido



Armario para utensilios de loza

En estas tres interesantes fotografías se muestran perfectamente algunos de los más importantes detalles que entran en el arreglo de una cocina moderna



Sencilla y útil mesa de planchar

transportar los platos, comidas, bebidas, etc., de la cocina al comedor y viceversa.

La ilustración del centro muestra un conveniente arreglo de mesa de amasar pan y armario para guardar los ingredientes que entran en su preparación.

La mesa portátil de planchar, ilustrada en la parte inferior de la página, sirve para varias cosas. Se construye como una mesa ordinaria de cocina, con la diferencia que la tapa se puede levantar. La tabla de planchar se coloca suelta entre dos ranuras de la mesa y se dobla en dos partes, de manera que se pueda extender cuando hay necesidad de planchar piezas más grandes. En la parte inferior de la tapa lleva varillas para colocar el planchado a medida que se va terminando. Si hay electricidad en la casa, basta conectar una plancha eléctrica con el casquillo de la bombilla eléctrica para calentar la plancha; ésta se puede guardar en la misma mesa.

CUANDO se piensa en los útiles para la cocina la lista parece ilimitada. Un buen metal como aluminio o níquel es excelente para ollas y cacerolas, que, aunque cuestan algo más que los de clase corriente, vienen al fin a ser más económicos por su larga duración. Esto debe considerarse con bastante atención, tanto al comprar utensilios para una nueva cocina como cuando se ha llegado el momento de reemplazar los viejos por otros nuevos.

Todas las cocinas deberían tener pisos y paredes de una materia de fácil limpieza y que presente buena vista. Algunas personas prefieren hules de pisos, a menudo cubiertos con una capa esmaltada, o pintada después que se hayan colocado; así se evita que el polvo se adhiera al piso y que se pueda lavar con facilidad. Pisos de baldosas, inclinados hacia el centro, con drenaje para el agua, contribuyen a la buena apariencia y limpieza de la cocina, y con unas cuantas alfombrillas, situadas en los lugares más apropiados, se previene el frío en los pies con que muchas personas abogan en su contra. Para las paredes es conveniente el hule de mesa, sobre todo el de cuadros azules y blancos o verdes y blancos; dan bonita vista y son de fácil lavado.

Tengamos en cuenta que el problema de la servidumbre se ofrece cada día más difícil de resolver a satisfacción de ambas partes, y que sólo puede remediarse el mal poniendo cada uno los mejores deseos: el criado sus anhelos por mejorar su presente situación intelectual para abrirse nuevas oportunidades; la señora, ofrecer, con la dulzura de su trato, la mayor comodidad posible a sus sirvientes, para que estos cumplan gustosos lo que la fuerza de las circunstancias le obligan a ejecutar. Así, el estudio de la cocina merece más tiempo del que se le ha dedicado hasta ahora, para bien de todos los que por igual nos interesa.



Pianos, Pianolas y Organos de la Famosa Marca

"KIMBALL"

A Precios de Fábrica

Los primeros en las siguientes

Exposiciones de renombre:—

Exposición Internacional de Música, Bologna, Italia, 1888, Medalla de Oro.

World's Columbian Exposition, Chicago, EE. UU., 1903, Gran Premio de Honor.

Exposición Internacional de Panamá, San Francisco, 1915, Medalla de Oro y Gran Premio de Honor.

Además de haber salido triunfantes en estas Exposiciones, los instrumentos Kimball han obtenido veintidós medallas por su mérito superlativo.

"A Plazos y al Contado"

Solicitamos respetuosamente correspondencia de personas y casas serias que nos deseen representar.

W. W. Kimball Co.

435-B Kimball Hall Chicago, E. U. de A.

(Los Fabricantes Más Grandes del Mundo de Pianos, Pianolas y Organos)

El Regalo Perfecto

La Pluma con el Botón Mágico

La "AA" fué la primera Pluma-Tintero de llene automático, la que ha producido los mejores resultados y satisfacción universal durante un cuarto de siglo.

Debido a esta cualidad de llene automático se hace innecesario el cuenta-gotas para la tinta, evitándose así el mancharse los dedos cada vez que se tenga que llenar.

La "AA" puede llevarse con seguridad en cualquier posición en el bolsillo o en la maleta sin peligro que derrame o manche la ropa.

Las Plumas "AA" se hacen en una gran variedad de estilos y tamaños, con puntas galvanizadas de oro de 14 kilates, especialmente fabricadas para que den los mejores resultados.

Pueden comprarse en la mayor parte de los principales almacenes del mundo.

Evítense imitaciones o sustituciones.

La Pluma aquí reproducida se remitirá a cualquier dirección, con gastos pagados, al recibo de \$2.00 oro.

Escribase pidiendo el catálogo ilustrado GRATIS.

Suplicamos a los comerciantes nos escriban pidiendo descuentos y detalles sobre las ventajosas condiciones que ofrecemos para la exportación.

ARTHUR A. WATERMAN CO.

Establecida en 1895

38 Thames St. Nueva York, E. U. de A.

NO RELACIONADA CON LA L. E. WATERMAN CO.



Hotel St. Andrew

250 habitaciones

Broadway y Calle 72, New York, E.U.A.

Situado en lo mejor de la ciudad, con vista al Río Hudson y Riverside Drive. y a un minuto del Parque Central.

Estación del Tren Subterráneo, al frente; los tranvías y Auto-Omnibus, a la puerta.

A cinco minutos del centro de los teatros y grandes tiendas y almacenes.

Cuartos con baño independiente, \$2.00 por día.

Cuartos con lavatorio, \$1.50 por día.

Sala, dormitorio y baño, \$4.00 por día.

Mozos y sirvientes hablan español

Escríbese pidiendo el hermoso folleto ilustrado que remitimos GRATIS.

HARRY J. VEITCH (Gerente)

La Ayuda Doméstica

en la Cocina y baño,
Pisos y Paredes

SAPOLIO

Conserva todo limpio y brillante con facilidad y rapidez. Ahorra trabajo y no se desperdicia.



De venta en todos los almacenes de abarrotes, droguerías y ferreterías.

El genuino está marcado **ENOCH MORGAN'S SONS CO., New York**

Escríbese pidiendo el muy interesante juego "CUBOS SAPOLIO" que enviamos GRATIS

Extermine las Ratas, Ratones, Chinchas y toda clase de Insectos que infestan la casa, usando el

EXTERMINADOR "COMMON SENSE"

La composición de este Exterminador se presenta bajo la forma de pasta (no en polvo): es de fácil aplicación en los alimentos, y ejerce una gran atracción sobre las Ratas y Ratones, que lo devoran rápidamente.

Basta colocar la sustancia, contenida en una lata, sobre el alimento que se va a dar a los roedores e insectos, y se verá cuan fácilmente lo atacan con voracidad y se exterminan por completo.

El contenido de una lata es suficiente para matar 50 ratas y millares de chinchas.

NO SE MUEREN DENTRO DE LA CASA

El Exterminador "Common Sense", siendo un veneno lento, hace que los ratones, en su deseo de salir al aire libre, y por la intensa sed, que sienten, traten de buscar la salida y nunca mueran dentro de la casa.

El "Common Sense" está reconocido en todo el mundo como el exterminador más eficaz de Ratas, Ratones, Chinchas y toda otra clase de Insectos.

Ninguna finca, hacienda u hogar debería prescindir de este necesario e importante artículo. Una pequeña cantidad empleada, cuando las ratas o insectos comienzan a aparecer, impedirá en lo absoluto que se reproduzcan.

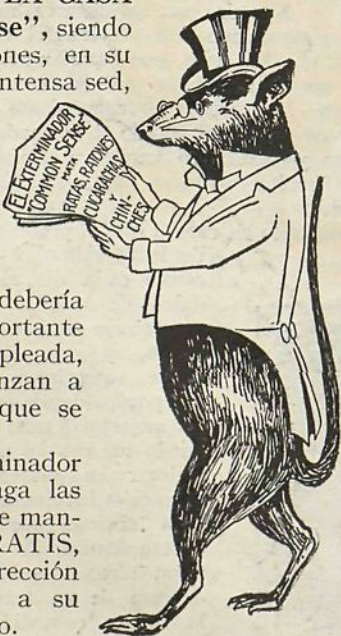
Si no se puede obtener el Exterminador "Common Sense" en donde haga las compras, escribanos directamente y le mandaremos un interesante folleto GRATIS, comunicándole al mismo tiempo la dirección de nuestro agente más cercano a su localidad, en donde podrá adquirirlo.

Las casas comisionistas y droguerías pueden obtener una buena utilidad vendiendo este Exterminador "COMMON SENSE"; les suplicamos que nos escriban pidiéndonos detalles completos sobre condiciones de venta.

Establecida en 1891

Common Sense Manufacturing Co., Inc.

1392 NIAGARA ST. BUFFALO, N. Y., E. U. A.
Y TORONTO, CANADA



Fuera de las sombras

Por A. Roma Portodo



QUITA de enmedio, mostrenco —gritó el chauffeur. Y Juanito saltó a la acera con el tiempo preciso para salvarse del peligro que le amenazaba. Sus endebuchas piernas no eran las ágiles y fuertes que vemos en los niños robustos, y cayó de bruces, volviendo la cara con resentimiento hacia el auto: en aquel instante brotó la inspiración en su entorpecido cerebro. Y fué tan grande, tan atrevida la idea que Ernesto miró a todos lados, con mirada furtiva, ante el miedo de que alguien hubiese descubierto en sus ojos lo que pensó. Aquel día fué la primera vez que entró en la fábrica sin repugnancia alguna.

Juanito se ocupaba en limpiar habas hasta llenar una caja de veinte libras, lo que siempre ocurría bastante después de la hora en que cualquier chico de su edad estaba ya durmiendo.

Aquel día no hubo caja de habas que no le pareciera un automóvil con la llanta de repuesto en la trasera y allí enroscado un chicuelo: y por la noche, descansando sobre un saco de paja en un rincón del lóbrego edificio, trataba de representarse lo que experimentaría fuera de la fábrica, sin nadie que le observase y sin aquellas terribles pilas de cajas amenazando caer sobre su cabeza.

Cuando se despertó a las tres de la mañana, la idea tenía cuerpo, se había posesionado de él lo bastante para no dejarle tranquilo días y semanas, siempre en espera del auto que le llevara fuera de las sombras, y pensando como se agarraría a la correa, como pondría los brazos, como iría por el camino huyendo de la miseria.

Pero pasaban las semanas y los meses y el auto no parecía, echándose encima la temporada de los cangrejos y empezándose a hablar de irlos a pescar como parte integrante del negocio de la fábrica para atender las demandas de sus conservas, y Juanito temblaba ante la perspectiva de perder la ocasión de su libertad, tanto como sus dedos temblaban al recuerdo de otro año allí encerrado. Aquella noche, cuando el inspector consintió dejarle salir, apenas podía arrastrar su cuerpecillo, y se detuvo en la acera sentado con la vista fija en las estrellas como queriendo penetrar si eran ciegas o si veían el desamparo suyo, sorprendiéndose ante las sonrisas de sus brillantesos.

Sonó la bocina, y despacio, amedrentado, las manos engarrotadas hasta tropezar con las anchas correas que sujetaban las llantas, latándole el corazón con rapidez, y faltándole la respiración se acurrucó en la circunferencia y sintió el vértigo de la velocidad, sufriendo los vaivenes del rápido torcer de las esquinas y de los baches de las mal empedradas calles, hasta llegar a la blanda superficie del camino, ya plano, ya inclinado, pero siempre libre, y siempre caminando veloz hasta que el sol dominaba en la techumbre del firmamento.

Nadie vió saltar al muchacho de la trasera del coche, nadie supo que se internó en la espesura del bosque vecino, donde se dejó caer sobre la tierra para comerse su pobre merienda y quedarse dormido bajo los fragantes pinos.

El sol se había puesto y vuelto a levantarse de nuevo, desparramando sus briosos rayos ante la vista de Juanito antes que éste abriera sus ojos. Cuando al fin los abrió, restregóse con fuerza para no tener duda alguna de que se encontraba vivo y despierto. Y volvió la vista hacia todos lados dando las gracias al poderoso astro y a la naturaleza que le brindaba las más rojas cerezas en la arboleda inmediata.

Vagó sin rumbo fijo hasta que la lluvia le obligó a cobijarse en una estancia, vieja y abandonada, que se halló al paso. Subióse por la estrecha escalera de mano hasta el desván donde pretendía esconderse, o mejor dicho, estar resguardado y que no le vieran ni echaran, y arrastrándose se acercó a un ventanuco. La lluvia cesó y el campo estaba cubierto con brillantes gotas como perlas. A lo lejos vió el mar, y sobre su cabeza el sol asomaba entre nubes como una bola de fuego que envía un glorioso paso de puro oro a través del agua.

La cabeza de Juanito se hundió entre sus manos asombrado como estaba de la brillante escena, hasta que las danzantes olas parecían vivas. El aire parecía arrastrar campanillitas de sonoros sonidos y los pececillos saltaban y corrían sobre su esplendorosa alfombra.

De pronto cambiaba el paisaje y sus asombrados ojos se posaban en los rosales y jazmines del hermoso jardín que, cual corona de gloria, hacían de la casa un palacio encantado. Y, sin remediarlo, cerraba los ojos, trasportándose a las nebulras de la fábrica, y los abría con rapidez, recibiendo la impresión del contraste, muy superior a su pobre inteligencia. Aquellos ojos hundidos, faltos de la vida que el sol y el aire imprime en la juventud, brillaban calenturientos, idiotizados, con ráfagas de inspiración sobre la realidad de lo desconocido para los pobres, a lo menos para los niños infortunados que, huérfanos en la infancia, caen en manos de negreros sin alma que los explotan despiadadamente.

Juanito estaba seguro que no dormía y que la alegría ante sí no era sueño maravilloso. Pero cuando el ladrillito de un perro, no más grande que un gato, llegó hasta sus oídos, y dióse cuenta de que salió del granero y se encontraba en una preciosa terraza, acabó de asombrarse por las palabras de una niña, que dándole la bienvenida con cariño, le reprochaba no se hubiera lavado la cara. Entonces apareció un caballero, de serio semblante y Juanito pretendió correr asustado.

—Espera, no corras, y dime como has llegado hasta aquí—escuchó que le decían con voz dulce; y ante aquella perspectiva de bondad contó poco después la historia completa de su vida, en la fábrica y su escapatoria, como se agarró al auto, como se internó en el bosque, su sueño y su comida de cerezas, y como la lluvia le llevó hasta el granero y su miedo hasta el desván, por cuyo ventanuco contempló el paisaje más bello de su vida.

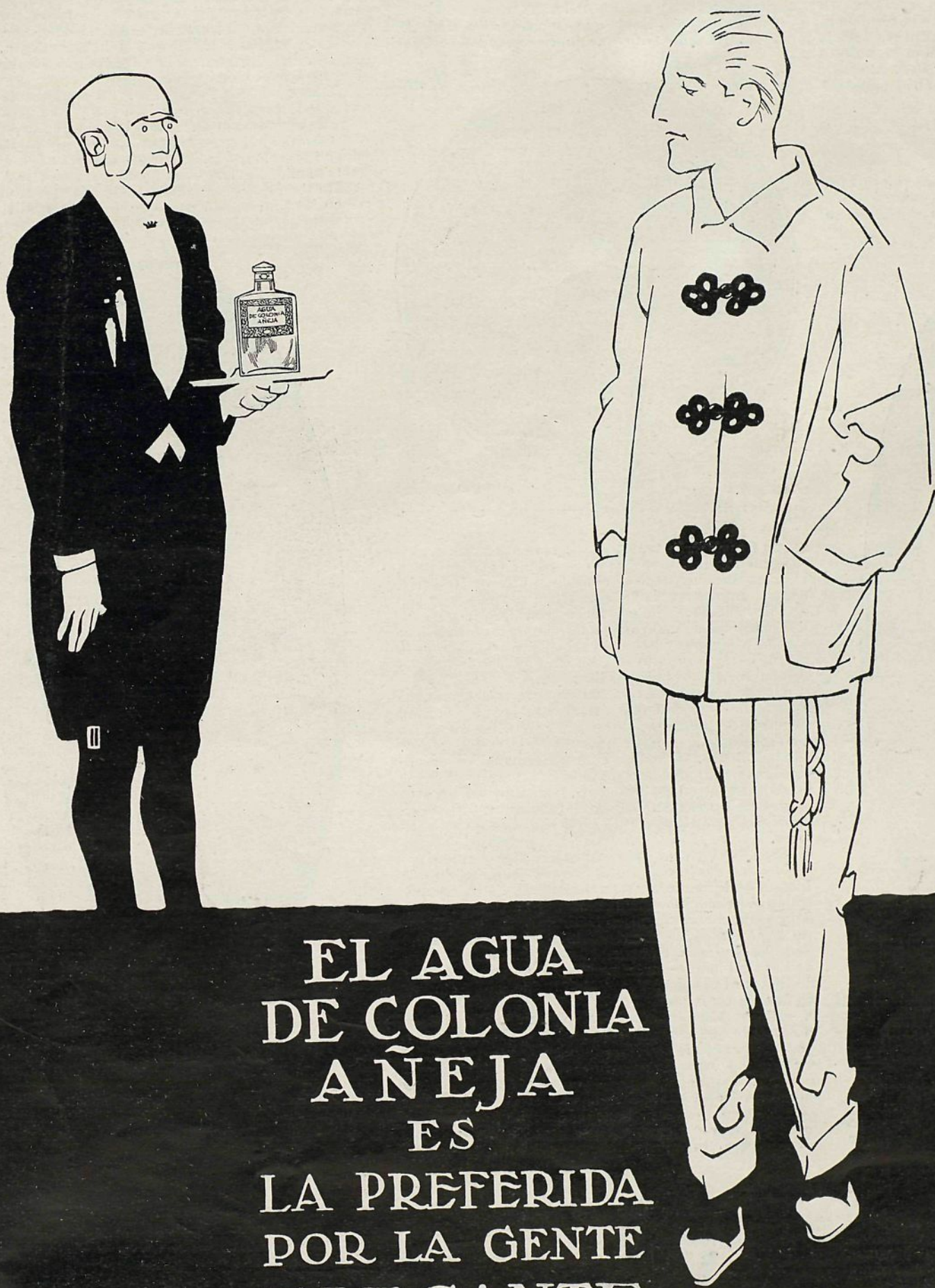
Al terminar de hablar vió humedecidas las mejillas de la niña y del caballero; éste le levantó en alto y sin miedo a mancharse le abrazó como queriéndole pagar en un momento sus penas.

—Ya terminaste de penar, terminó tu sufrimiento, llegaste al fin de tu viaje. ¿Qué te parece mamá?—dijo dirigiéndose a una señora anciana que asomó por la terraza.

—Que aquí tendrá una casa, un hogar y una madre, para que sea el compañero de tu Adelaida.

Y ésta, brincando sobre las rodillas de su padre, tras haber puesto al perrito en manos del niño, le dijo: —Será tanto tuyo como mío; y allí en el establo hay becerritos y chivitos, la mitad de los cuales serán también tuyos; hasta la abuelita será tuya por mitad.

Juanito no supo lo que pasaba por sí; tuvo que ser el alma la que, asomándose a sus labios pronunció por él estas palabras: "Ya salí de las sombras."



EL AGUA
DE COLONIA
AÑEJA
ES
LA PREFERIDA
POR LA GENTE
ELEGANTE

Φ
GAL
MADRID
α

ni 6 as.

PÁGINAS DE SEPTIEMBRE

POR ENRIQUE CASAL (LEÓN-BOYD)

A CABO de regresar, después de unos días en La Granja, y me dispongo á emprender un viaje al Norte. Los veranos parece que es obligatorio viajar, moverse, trasladarse, tres días aquí, cuatro allá, diez en aquella playa, ocho en aquella residencia veraniega entre cuyos muros nos brindaron sus dueños generosa hospitalidad. Ahora estoy en Madrid, en este Madrid medio despoblado, porque en llegando esta época todos los madrileños huyen de él al mandato imperioso de la moda.

— Nosotros, á San Sebastián.
— A Zarauz, nosotros.
— Yo, á mi casa de Torreldones.
— Mis fincas de Levante serán conmigo.

Y Madrid se va deshabitando, y sus casas van cerrando sus puertas, y la villa del oso y del madroño, sin teatros, sin reuniones y con sus paseos solitarios, se

el refrán que lo inesperado suele ser siempre lo más agradable.

Y en cada hotelito asomaba una linda cara y se escuchaba una frase amable dicha gentilmente.

Quince días así. Hasta que regresamos á Madrid, á este Madrid soñoliento, que duerme «su sueño estival»,

do otras notas de bodas, una en Biarritz, otra en Madrid: la de la señorita de Suárez y Argudín, hija de los marqueses de Casa Argudín, con D. Antonio Cruzat, hijo de la marquesa viuda de Fera, celebrada en la pequeña playa francesa, y la de la señorita Consuelo Mata, hermana de la condesa de Torre-Mata, con el Sr. D. Juan Centeno y S. de Tordesillas. Repitamos la frase: — Que sean muy felices.

¿Y las otras dos fotografías? Pues tienen también, amable lectora, su significación social y su actualidad. Una de ellas es la de D.^a María Vinyals de Lluria, dama aristocrática, de gran belleza, que figuró y brilló mucho en los salones madrileños cuando, por su anterior matrimonio, llevaba el título de marquesa de Ayerbe. Ahí la tienes, lectora; ahora desde hace años, no se la ve en Madrid; en su castillo de Mos, una residencia extraordinaria de Galicia, vive esta dama consagrada al



Sra. D.^a María Vinyals de Lluria.



Srta. Rosario Espinosa de los Monteros y González Conde.

según frase corriente, sin su sociedad aristocrática, sin sus gracias juveniles, sin su cuerpo diplomático, sin la vida, en fin, que desde el otoño nos ofrece. Nosotros, acostumbrados á otra vida, nos encontramos también un poco alicaídos. No hay recepciones, no hay tertulias, como no sean las que se forman en las terrazas de los Casinos; no hay la vida de relación que echamos de menos y que hemos de ir á buscar. ¿A dónde? A San Sebastián, á Santander, á Biarritz...

Pero de esa vida de relación cuya falta notamos, de esa vida de sociedad que nos alienta en el invierno, llegan hasta nosotros algunos ecos; en primer lugar los de algunas bodas, en segundo los de algunas fiestas. ¿Bodas? Bodas, sí, bodas. Y antes de nada yo quiero consignar aquí mi deseo de felicidad para los nuevos esposos. De las cuatro fotografías que ilustran hoy esta página de PICTORIAL dos son de dos nuevas esposas: Angeles Suárez Inclán y Rosario Espinosa de los Monteros.

— Son dos bellezas — me parece que dice alguien. Y tendrá razón quien esto afirme. Angeles Suárez Inclán, bellísima hija del exministro D. Félix, ha contraído matrimonio en la Iglesia del Antiguo, de San Sebastián, con el ingeniero D. Enrique La Casa; Rosario Espinosa de los Monteros, hija de los barones del Solar de Espinosa, ha contraído matrimonio en la finca de Las Omblancas — próxima á Jumilla — con el capitán de Infantería D. José Toro Calvo Rubio, de distinguida familia cordobesa.

— ¡Cómo pasan los años! — he exclamado al recibir la carta en la que contaban el enlace de Rosarito. Y es que recordé el día aquel en que la vi presentarse en sociedad por vez primera acompañada de su hermana Carmen, á quien la muerte arrebató hace dos años cuando contaba diez y siete de edad.

Pero como no es cosa de ponernos tristes por pensar en cómo pasa el tiempo ni por renovar dolores que abrieron heridas muy hondas, seguiremos consignando

queda un poco triste, un tanso mustio, á pesar del esfuerzo de los jardines, del Magic Park y del Paraíso.

Nosotros hemos dividido este año nuestro pintoresco veraneo en serrano y marítimo, ó en serrano y playero. Nosotros hemos estado por la sierra y nos disponemos á irnos al mar. Y en este intervalo de uno á otro veraneo, en este *acto* que hemos hecho en Madrid, es cuando nos hemos sentado en nuestro despacho y nos hemos puesto á escribir lo que vas leyendo.

¡Ay, lectora, qué de recuerdos se van agolpando á mi memoria! Torreldones, Villalba, Guadarrama, Cercedilla, San Rafael, El Espinar, asoman á mi recuerdo de una manera grata; pero sobre todo La Granja, ese sitio que si ya no fuera Real merecería serlo, descuellan en mi memoria de un modo agradable. Medio Madrid está en La Granja: los Monteagudo, los Jura Real, los Rivera, los Haro, los Valdeiglesias, los Montroig, los Valdefuentes, los López Bayo, los Salar, los Chicheri, los Méndez Vigo, los Bertrán de Lis, los Villares, los Vallellano, los Torre Mota, los Albiz. ¡qué sé yo, lectora, las caras conocidas que vimos!

Y entre excursiones, y la charla del «corro grande», que ante la fachada del Palacio preside Su Alteza — no hay que decir qué Alteza, hablando de La Granja — y los bailes del Blass Club y las giras á caballo y las partidas de *bridge*, que ni aun en el verano cesan, la vida es un encanto, según afirma todo el mundo.

Dinard, Trouville, Douville, Dieppe... No, no — dicen los que en el Real Sitio de San Ildefonso pasan el verano —. Preferimos La Granja. Y no les falta razón y no falta quien se la dé, porque lo que se hace en La Granja es veranear y vivir, que es lo que no suele hacerse en todos los demás puntos veraniegos.

Como una persona adinerada — las apariencias suelen engañar — hemos recorrido nosotros en «nuestro» automóvil los citados pueblecitos de la sierra bendita y allí hemos visto los cientos de casitas que se alzaban sobre las montañas verdes ó rocosas.

— Deténgase usted, que los buenos amigos están obligados á saludar.

— ¡Qué sorpresa! No le esperábamos. Con razón dice



Srta. Angeles Suárez Inclán.

trabajo y á la ayuda médica de su marido el ilustre doctor Lluria; pero no es esto lo que hoy precisamente le da actualidad, sino el haber escrito una carta á la Agrupación femenina socialista de Madrid, pidiendo su ingreso en el partido para militar activamente en él. Y claro es, la Agrupación ha acordado por unanimidad, admitirla.

«La marquesa socialista» ha dicho la gente, y ha dicho bien; porque la señora de Lluria, aunque ya no sea marquesa, conserva todo el perfume de su distinción y todo el aroma de su elegancia. Hace catorce años publicó un libro que se titula «El Castillo de Mos, en Sotomayor». Nosotros lo leímos con placer, porque su autora, literata de vivo ingenio y á veces poeta de fresca inspiración, puso en él un poco de historia y mucho «amor». Hoy, en ese Castillo, es donde vive la dama bellísima alejada de todo mundanal ruido.

Y como PICTORIAL REVIEW es una revista ó una publicación dedicada esencialmente á la mujer, publica hoy con mucho gusto el retrato de la encantadora señorita María Cillanueva, porque realmente merece estos honores; Marija Cillanueva, es una mujercita gentil, monísima y muy trabajadora: tres condiciones muy esenciales también en la mujer. Y muy trabajadora no sólo en los menesteres de la casa, sino que aquí donde la vemos es todo un Contador mercantil, con sus buenas cuatro matriculas de honor, sus buenos nueve sobresalientes, siete notables y nota de sobresaliente en la reválida. ¿Es esto interesante? ¡Vaya si lo es! De familia muy distinguida, ella quiso siempre trabajar y cuando al principio alguien le decía: — ¿Pero vas á estudiar cosas de hombres? — ella respondía: — Voy á estudiar, nada más que á estudiar, porque el aprender no está de más.

Y basta ya, amable lectora; ponemos fin á nuestras cuartillas de hoy; hemos hablado de algunas cosas y ya no hablamos más porque dentro de nada pondremos nuestro pié en el estribo y... al Norte. Ya me parece que estoy escuchando la voz del mozo de la estación: — ¡Señores viajeros, al tren! — Y la verdad, ya que he hecho la intención, voy á ver si no me quedo en tierra.

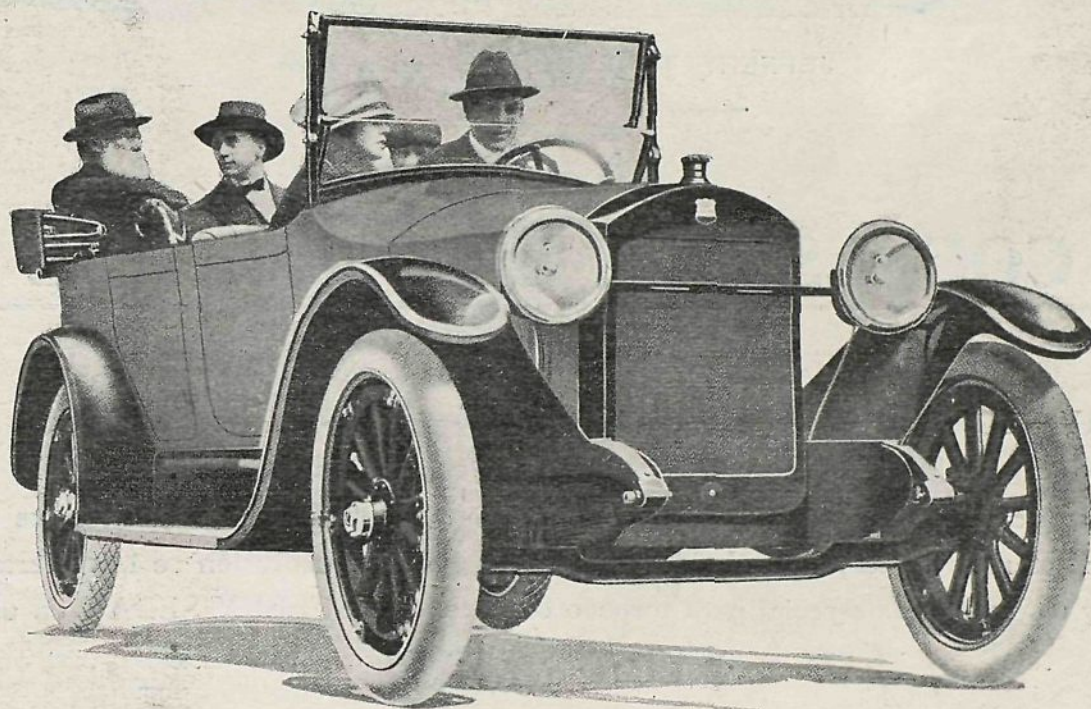


Srta. María Cillanueva.

Automóviles

"GIBERTY,"

seis cilindros.



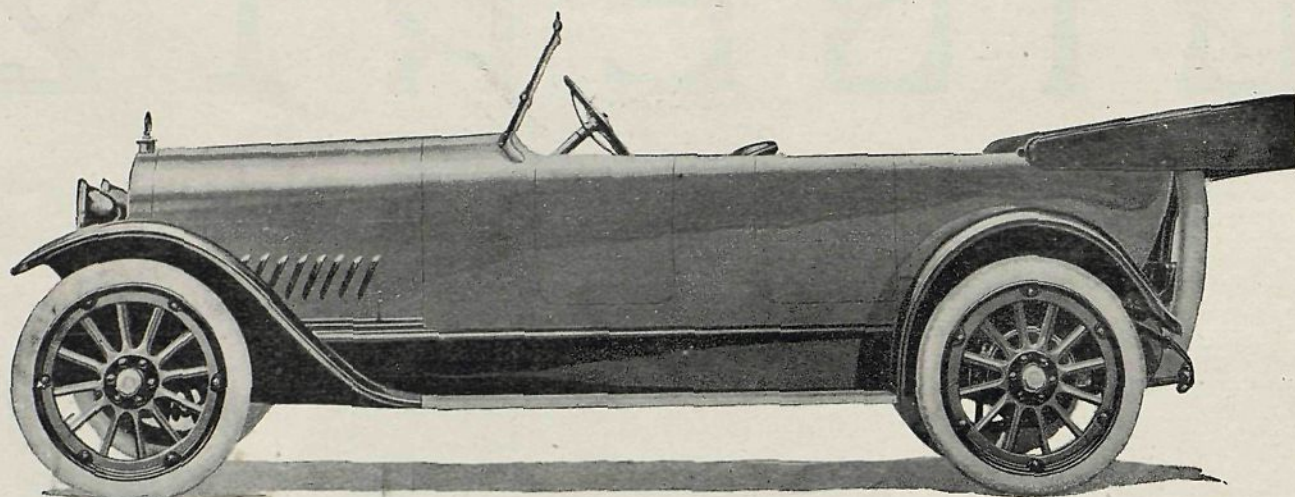
El que ha visto un coche "GIBERTY," no olvida
su belleza de líneas

y quien lo posee se distingue de todos los demás automovilistas
por la suavidad de su marcha
y un sin fin de detalles que facilitarán á Ud.

Gaston, Williams & Wigmore, C. A.

Calle de Sevilla, núm. 16

M A D R I D



JEFFERY TORPEDO, para siete personas.

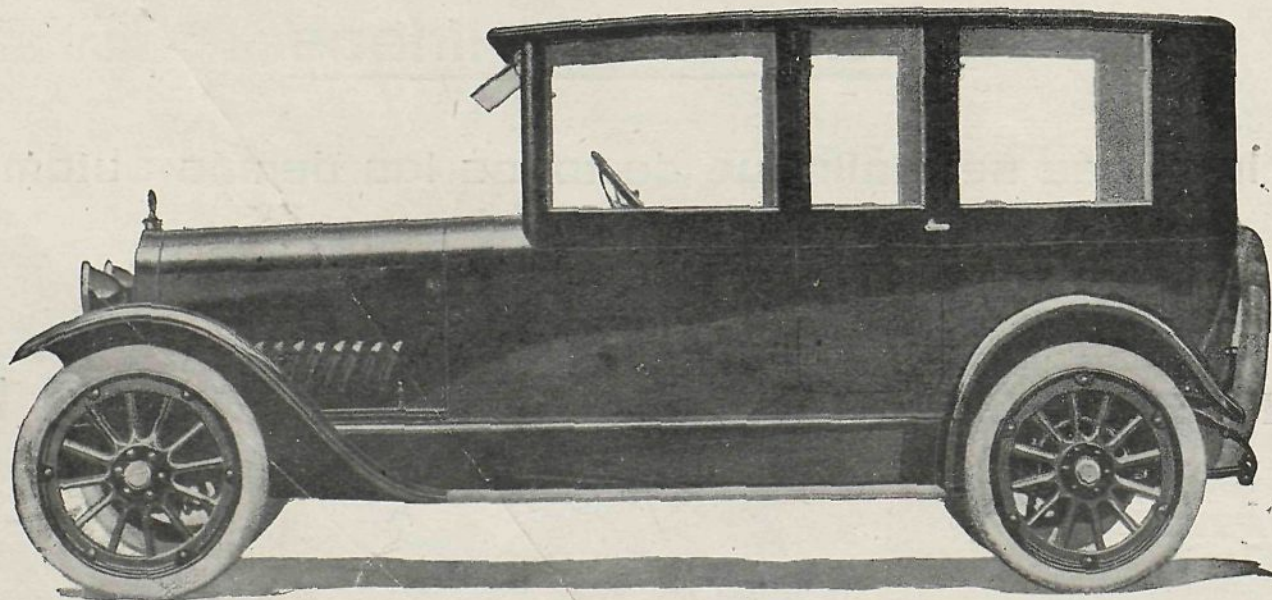
DOS COCHES POR EL PRECIO DE UNO

El JEFFERY SEDAN es el coche ideal para invierno y para verano.—El JEFFERY SEDAN de siete pasajeros es un lujoso coche cerrado que puede convertirse fácilmente en coche abierto. La parte superior del Sedan, de dibujo irreprochable y de construcción muy sólida, es amovible y se ajusta perfectamente á la parte inferior de la carrocería. La sustitución de la cubierta rígida por una capota y un parabrisas especial para torpedo convierte al JEFFERY SEDAN en un magnífico
 ~ ~ ~ ~ ~ coche abierto de turismo. ~ ~ ~ ~ ~

.....
 REPRESENTANTE PARA ESPAÑA Y PORTUGAL:

== L. R. VILLAMIL ==

Calle de Recoletos, 5, ent.º—Teléfono S-586.—MADRID



El JEFFERY SEDAN, con motor de seis cilindros, transformable en
 el JEFFERY TORPEDO, para siete personas.



Días Risueños

LA SUAVIDAD aterciopelada de un perfecto cutis, el encanto de una rosa color crema, esa seductiva sugestión de una vívida personalidad, pueden obtenerse una vez que se descubra el secreto de Lazell.

Aumente las delicias de su baño matutino con la fragancia de los polvos de talco "Lazell", tan suavizadores. Escójase entre los siguientes:

"Massata": extraña concepción japonesa de voluptuosa fragancia.

"Field Violets" (Violetas del Campo): refrescante perfume de encanto inagotable.

"Sweet Pea" (Látiro Oloroso): la delicada fragancia de un jardín.

"Japanese Honeysuckle" (Madreselva Japonesa): verdadera reproducción de la bien amada flor del japon.

"Babykin": polvos de talco para darle al bebé comodidad y frescura; más que boratados son antisépticos.

Masaje el cutis con la Crema de Meridor de "Lazell", la original crema sin grasa, y notará como desaparecen las arrugas; después, una o dos aplicaciones de los encantadores polvos "Lazell" para la cara, y si lo desea, un poco de color, que la dará una distintiva individualidad. Las nuevas cajas de colorete de "Lazell" contienen también polvos, los que se pueden preparar en cualquier tono de color que se prefiera, desde el delicado rosa del Látiro Oloroso, hasta uno más acentuado, un rosa fuerte.

Un lápiz "Lazell" para los labios, da a éstos el color natural de la salud y de la belleza.

El último toque de una toilet perfecta, el toque que expresa la individualidad propia de cada persona, es una gota del perfume Cloth-of-Gold (Paño de Oro), de Lazell, pudiéndose escoger entre los siguientes: "As-the-Petals" (Como los Pétalos); "Lilac" (Lilas); "Mignonette"; "Rose Petals" (Pétalos de Rosa); y "Lily of the Valley Extra" (Muguete). Tanto de estos perfumes, como de los sachets y jabones, siempre se deseará usar los de Lazell.

Nada que pueda aumentar los encantos femeninos se ha descuidado en la preparación de los requisitos "Lazell" para el tocador.

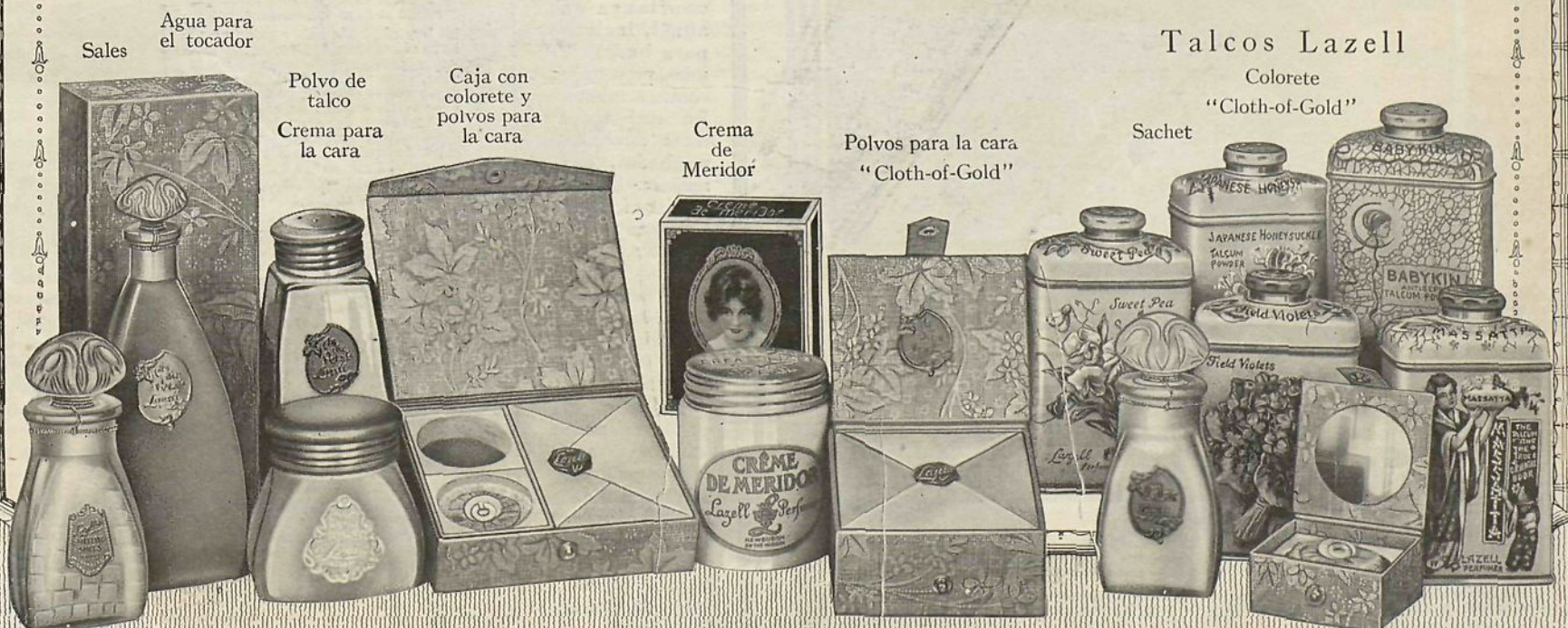
Desde que se estableció en 1839, la casa Lazell se ha distinguido siempre por la suprema calidad de sus artículos para el tocador.

Tendríamos sumo gusto en iniciar correspondencia con casas de importación y con comerciantes de reconocido crédito, que deseen cooperar en un mutuo beneficio y utilidad. Les remitiremos nuestro completo catálogo ilustrado, tan pronto como nos escriban pidiéndolo.

Casa fundada en 1839
Departamento 26-P
Newburgh-on-the-Hudson
Nueva York, E. U. A.

Lazell
PERFUMISTA

Requisitos para el tocador "Cloth-of-Gold" de Lazell



Agua para el tocador
Sales

Polvo de talco
Crema para la cara

Caja con colorete y polvos para la cara

Crema de Meridor

Polvos para la cara "Cloth-of-Gold"

Talcos Lazell

Colorete "Cloth-of-Gold"

Sachet

Jabón Sulfúrico de Glenn

30% Puro Azufre

Un jabón esencialmente medicinal para el tocador y el baño. Purifica y embellece. Quita las manchas. Es un alivio para el calor. Su uso diario conserva la piel saludable y mejora mucho el cutis. La superior calidad del Jabón Sulfúrico de Glenn hace que se trate de imitarlo. Tenga cuidado con las falsificaciones. Pídale a su comerciante el genuino Jabón Sulfúrico de Glenn, y así obtendrá usted lo mejor.

De venta en todas las farmacias.

C. N. Crittenton Co., Fabricantes, 115 Calle Fulton, Nueva York, E. U. de A.

Tintura de Hill para el cabello y la barba. Negro o Castaño. 50 centavos cro.



Portada del nuevo Catálogo de Bordados No. 17

CATALOGO DE BORDADOS No. 17

Acaba de ponerse a la venta el nuevo Catálogo de Bordados No. 17, en el que se pueden encontrar las últimas novedades en diseños.

Este Catálogo de Bordados No. 17, puede obtenerse en cualquiera de las agencias que The Pictorial Review Company tiene establecidas en todas partes del mundo. Pídale en la agencia más cercana a su localidad, o directamente a

THE PICTORIAL REVIEW CO.
214-226 West 39th Street
Nueva York, E. U. A.

VIVAUDOU'S MAVIS

Paris - Nueva York

LOS EXTRACTOS VIVAUDOU han sido llamados "SINFONIA DE LAS FLORES", porque la Sinfonía de su fragancia floral nunca emite una nota desagradable. Parece muy lejos de toda esperanza que un perfume pudiera sugerir la delicada cadencia del sonido, hasta que el genio maravilloso de Vivaudou creó una fragancia, cuya alma representa una melodía.



EL TALCO "MAVIS" DE VIVAUDOU es de tanta distinción como el envase en el cual va contenido. El polvo es refrescante cuando se usa después del baño, y deja el cuerpo limpio y saludable.

LOS POLVOS DE CARA "MAVIS" DE VIVAUDOU son tan refinados como se les podría desear. Van contenidos en envases de color rojo romano, de suma atracción para el mundo femenino.

EL EXTRACTO "MAVIS" DE VIVAUDOU es una deliciosa y exquisita esencia, que ha sido llamada la "SINFONIA DE LAS FLORES". Se encuentra en todos los tocadores de las señoras más distinguidas.

EL AGUA DE TOCADOR "MAVIS" DE VIVAUDOU es delicadamente refrescante, siendo muy solicitada por las personas refinadas que saben apreciar las cualidades de una perfumería excelente.

TIMES BLDG. "VIVAUDOU" NEW YORK

Por todo el tiempo que dure la guerra europea, las Oficinas Principales de la casa V. Vivaudou han sido trasladadas de París a Nueva York, y con este motivo todas las comunicaciones deberán dirigirse a este último lugar.

Rogamos encarecidamente a los comerciantes, que se sirvan escribirnos pidiéndonos la detallada información que suministramos con respecto a las condiciones ventajosas de venta de estas preparaciones.



Confidencias de Amor

Por Cupido Moderno

(CONTINUACIÓN)

LEGAMOS al caso en que, tanto la joven como el galán, estén de perfecto acuerdo en la reciprocidad de sus sentimientos, y por ello, dispuestos a unir sus vidas con el más dulce de los lazos humanos y a espera de una eterna luna de miel; pero que los padres de la interfecta de amor no vean con buenos ojos al elegido por aquélla y rehúsen su consentimiento, con marcada intransigencia, desde el punto y hora que conocen oficialmente las aspiraciones de los enamorados: caso muy frecuente por cierto y nada reprochable, la mayoría de las veces, por la justísima aspiración de los padres de desear lo mejor para sus hijos.

No es motivo de desorientación ni disgusto, aunque sí lo sea de contrariedad y mortificación del amor propio juvenil, esa negativa paterna que obligará, ante todo, al pretendiente a conocer las causas y fundamento de la objeción u objeciones, para ver si está en sus manos corregirlas o des-terrarlas.

Cuando tales objeciones estén basadas en la insuficiencia presente de los medios precisos para soportar futuras obligaciones, será de gran efecto, para un espíritu perseverante y decidido, el solicitar un plazo razonable, durante el cual pueda probar sus facultades, energías y disposición que garanticen el logro de sus deseos y lleve a los demás la confianza de cuanto pueda esperarse de él. La felicidad demorada no será menos preciosa que la inmediata, cuando el amor tiene que soportar la prueba de la constancia con el tiempo; en verdad puede afirmarse que es más segura y de mayor valor.

Cuando las objeciones están fundadas en las desigualdades de posición social, ambas partes interesadas, si son demasiado jóvenes, deben acatar la voluntad de los mayores y esperar hasta la mayoría de edad; y entonces, si aquel amor juvenil era todo lo firme para asegurarse su futura dicha, confirmado por la conducta irreprochable de él o de ella, según el caso, es muy justo y razonable que merezcan la aprobación paternal de ambos.

A lo que de ninguna manera debe recurrirse es al matrimonio clandestino, secreto o por sorpresa. En muchas ocasiones es una instigación habilidosa de un mayor de edad, bien experi-

mentado por lo tanto en las tretas de la ambición, impuesta sobre otro más joven e inexperto en luchas humanas, que tiene puesta su confianza en aquél, incluso para buscarse una protección contra sí mismo. En casi todos estos casos los resultados que registra la experiencia han sido contraproducentes, perjudiciales para la reputación de una de las partes, y detrimentales para la dicha de ambos.

Siguiendo el curso de nuestro estudio, dando por sentado que no existen o desaparecieron esos y otros escollos, frecuentes en todo enamoramiento, vamos

a ver cual será la conducta que debe seguirse mutuamente, y cual la afectuosa asiduidad hacia el objeto de sus pensamientos. Esto, que es facilísimo de sentirlo y de entenderlo, no es tan sencillo de definir.

Toda joven debe manifestarse delicada, tierna y confiada, y aunque espera de su dueño la más completa devoción, nunca deberá mostrarse ofendida por las atenciones que él dedique a otras jóvenes, considerando aquéllas que ella misma no dudaría en aceptar de cualquier amigo o conocido.

En la conducta del enamorado ante personas extrañas, cuando la novia está presente, debe predominar una mesura exagerada, tanto que apenas haga distinción, o que ésta sea imperceptible, en sus atenciones hacia ella y hacia las otras señoritas presentes: de esta regla general hay que excluir, como es natural, los detalles que sólo los enamorados pueden comprender y apreciar propiamente.

En la conducta privada, cuando los enamorados se encuentran apartados de toda mirada o compañía extraña, debe evitarse el más mínimo contacto de familiaridad, pudiendo afirmarse como ciertísimo el que, más tarde o más temprano, ha de deplorarse lo contrario entre quienes merecen y se proponen una existencia digna como base sólida de su futura felicidad. En esos momentos es cuando pesa sobre los hombros del hombre el honor de su preferida, y es cuando se le impone considerar que aquella señorita llevará su nombre, la tiene destinada a madre modelo de sus futuros hijos.

Es privilegio del hombre, que encierra una gran parte de deber, el dar consejos a su amada, de cuya confianza es depositario: si nota faltas o caprichos que desee desterrar o ver enmendados, aproveche la ocasión oportuna para indicar su corrección, la cual le ha de ser fácil hallarla por el franco intercambio de pensamientos que a diario ocurren; entonces encontrará un oído atento, y cualquier consejo juicioso, ofrecido con sinceridad y cariño, será recibido con agradecimiento y no lo olvidará en todo el transcurso de su vida. Después de la boda pudiera ser demasiado tarde, pues las advertencias sobre trivialidades resienten a las esposas, que las consideran como interferencia innecesaria; mientras que cuando novias

hay en ellas una perfecta predisposición a compenetrarse del deseo del ser amado; son en este último caso cual molde de cera que se ajusta a todo deseo razonable.

Por lo que a ella se refiere, el mero hecho de sostener relaciones formales con un joven no la obliga a retirarse de sociedad, ni aun siquiera a prescindir de las atenciones y cortesías que las amistades masculinas acostumbraban a dedicarle. Pero si deberá mantener una prudente reserva, sin afectación, que demuestre las acepta en ese sólo sentido de amistad y cortesía.

Preguntas y Respuestas

Nausicaa, San José, Costa Rica

¿Hay o puede haber algún corazón que nunca se haya enamorado?

Ni hay ni puede haber quien no se haya enamorado de algo, de alguien. Amor es el reconocimiento de la vida, es la vida misma. Pero, eso sí, se puede estar enamorado de sí propio (Egotismo), de la divinidad (Misticismo), del arte, de las flores de la música (Idealismo) ¡Desgraciado de aquél que nada ni nadie le enamora!

¿Cuándo sabemos si estamos o no enamorados?

Cuando el cerebro tome parte en nuestras cavilaciones, en vez de amor será conveniencia; cuando el corazón no admita la ingerencia del cerebro, tampoco será amor, sino sentimentalismo; y cuando el corazón y el cerebro se confabulen para ofrecer las bellezas del vivir entre la imagen del ser amado y los deseos y decisiones propias, entonces, y sólo entonces, sabremos que estamos enamorados.

¿A qué edad se siente el verdadero amor?

No hay regla fija; todo depende del secreto de la existencia, de los misterios que reciben los nombres de suerte, fortuna, casualidad, etc.

¿Puede morir de amor?

En casos excepcionales sí. Pero téngase en cuenta que no hay amor más intenso, ni más puro que el de las madres y raramente mueren al faltarle sus hijos.

La última pregunta se ofrece muy confusa: aclárese y aclararemos.

SECCION DE MODAS

Señorita Grace La Rue, primera actriz de uno de los más aristocráticos y grandes teatros neoyorkinos, luciendo varios de los nuevos modelos para la próxima estación



CASI como redingotes son los nuevos chaqués de moda para la nueva temporada; la señorita La Rue lo luce aquí con encantadora gracia.



ENTRE los nuevos modelos para la estación entrante se verá favorecido el chaqué de vuelo irregular, tal como lo luce la señorita La Rue.



ELEGANTE vestido de calle, confeccionado de seda, con raso blanco para el chaleco. La blusa lleva un sencillo cuello chal, peño plegado y cinturón ancho. El drapeado de la falda es original.



POR más sencillo que sea un vestido sastre, cuando lo usa la señorita La Rue, se transforma en uno encantador. Aun el estilo de cuello, que sienta poco a las señoras, lo luce con suma gracia.



LA ELEGANCIA y comodidad se encuentran combinadas en este abrigo de lana gruesa y suave.



EL CINTURON de abalorio aumenta la atracción de este vestido de tarde, de encaje y charmeuse.



VESTIDO de sarga, con el chaqué Eton de moda, elegantemente bordado. Pliegues suaves forman el drapeado de la falda.



CHIFÓN pardo opaco, drapeados suaves de charmeuse y corpiño de abalorio de acero, al través del cual se refleja el brillo suave y débil del charmeuse, forman este precioso vestido de etiqueta, que acentúa aún más los encantos de la señorita La Rue. El corte sencillo del corpiño hace resaltar en toda su magnitud la elegancia del abalorio. El escote cuadrado bajo constituye uno de los nuevos perfiles de moda. De última moda es también el corpiño corto, terminado en su borde inferior con un cordoncillo, que hace innecesario el uso de un cinturón, pero en su lugar lleva una elegante faja, formando nudo delante y terminando en una borla de abalorio. La parte inferior de la falda está adornada con un precioso diseño de abalorio. En la mayor parte de los vestidos de baile, teatro y reunión, los bordados de seda o los diseños de abalorio, forman una parte integrante de su confección. Los dibujos son sencillos o de forma original y caprichosa, y muchos se hacen en combinación de colores.

LOS vestidos de tarde más elegantes son los que se confeccionan con telas de diversas calidades y en combinación de colores. En la ilustración de arriba, la señorita La Rue ha elegido la manera más atrayente de combinar las dos telas favoritas para la estación entrante: el crepé Georgette blanco y el raso negro. Para dar más elegancia al blanco de la blusa de talle largo, lleva un cuello grande de raso negro, de cuya parte inferior salen dos secciones largas de adorno, que pasan más abajo de la cintura y se abrochan en la falda. El cinturón es doble, con las dos secciones algo juntas en la parte delantera, separándose un poco en los costados. Preciosas flores bordadas de plata realzan con suma elegancia la falda negra. La parte delantera de la blusa va plegada a cada lado del centro, estando éste adornado con una fila de botones, a cuyos lados lleva plegado de acordeón. Los puños de las mangas son muy originales, y van adornados con botones del mismo material que los de la blusa.

PRECIOSO vestido de terciopelo, con cuello grande de pieles y artístico bordado en el frente de la blusa y cinturón.

Recientes creaciones en vestidos de calle para señoras

7390—Esclavinas para señoras y señoritas.—Tres tamaños: pequeño, mediano y grande, que corresponden a 86, 96 y 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño mediano requiere, para la esclavina ilustrada: 90 cm. de pieles de 1.37 m. y 1.85 m. de raso de 91 cm. para el forro. No hay nada tan elegante para los primeros días de frío como estas esclavinas de pieles, terciopelo, o telas que los imiten. El patrón facilita tres diferentes modelos.



Esclavina 7390

7385—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 6655—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 3.55 m. de sarga sencilla de 1.12 m.; 1.85 m. a listas cruzadas; y 55 cm. de raso de 91 cm. para el chaleco.



Blusa 7385
Falda 6655

7137—Blusa con pepló para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 70 cm. de encaje negro de 68 cm.; 90 cm. de crepé Georgette de 1.00 m.; 45 cm. y de crepé Georgette blanco para el cuello.



Blusa con pepló 7137



Blusa con túnica
7387
Falda 7378

Vestido 7151

7034—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.70 m. de tafetán de 91 cm. para la blusa; 2.95 m. de sarga de 1.12 m. para la falda; y 90 cm. de paño fino blanco del 37 m. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.65 m.

7387—Blusa con túnica para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7378—Falda.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 3.65 m. de gabardina de 1.12 m. para la blusa con túnica; 2.75 m. de raso negro de 91 cm.; 90 cm. de banda de piel para el cuello.

7151—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 5.00 m. de tela Poiré cruzada de 1.12 m. y 45 cm. de tafetán a listas cruzadas de 91 cm. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.50 m.



Vestido 7034



Vestido 7345

7345—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 4.25 m. de terciopelo de 91 cm.; 90 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas y forro de debajo del brazo; 45 cm. de raso blanco de 91 cm. para el cuello; 1.25 m. de banda de pieles; y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño.

Nuevos modelos de sencilla elegancia y distinción

7197—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.25 m. de encaje de 46 cm. de ancho para la blusa y chaleco, y 35 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para las secciones de la sobreblusa. Una bonita combinación de colores para la confección de esta elegante blusa, es de crema el encaje y color carne el crepé Georgette. El patrón facilita también un pepló.



Blusa 7197



Vestido 7065

7065—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.90 m. de sarga azul de 1.37 m.; 45 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para el chaleco; 35 cm. de raso de 68 cm. para el cuello; y 45 m. de tren-cilla para los adornos. La blusa va sobre un corpiño con mangas que lleva un chaleco de crepé Georgette. El adorno es sencillísimo y elegante de tren-cilla de seda.



Vestido 7379

7379—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 5.95 m. de sarga a cuadros de 1.12 m.; 45 cm. de raso negro de 91 cm. para las solapas, cinturón y puños; y 35 cm. de raso blanco de 68 cm. para el cuello y chaleco. La falda tiene un vuelo de 2.85 m. La falda va unida a la blusa bajo el cinturón de raso negro.

7370—Chaqué para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.95 m. de tela de lana de 1.37 m. y 3.90 m. de seda o raso de 91 cm. para el forro. No. 7394—Falda para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 1.85 m. de tela de lana de 1.37 m. El chaqué constituye uno de los últimos modelos.

7362—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 4.35 m. de sarga azul de 1.12 m.; 35 cm. de franela blanca de 1.12 m. para el cuello; y 11.00 m. de tren-cilla soutache para los adornos. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. La sencillez es la nota característica de las nuevas modas, como se puede ver en el bonito vestido ilustrado bajo este número.



7388—Blusa para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7216—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.70 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 3.90 m. de raso negro de 91 cm.; 1.35 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para la blusa; y 55 cm. de color blanco para el cuello. El patrón transferible del diseño de tren-cilla en la blusa, No. 12321, vale 20 ctvs. oro. Este encantador vestido de tarde combina el raso negro con el crepé Georgette. Sobre la blusa de crepé Georgette va un chaleco cruzado, sobre el cual

lleva una sección de sobreblusa formando dos puntas en los costados. La falda muestra el muy en boga drapeado de los costados.



Esclavina 7390

7390—Esclavinas.—Tres tamaños: pequeño, mediano y grande. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño mediano requiere 1.15 m. de terciopelo gris y 3.20 m. de banda de pieles. El patrón facilita cinco estilos.



Vestido 7362

Chaqué 7370
Falda 7394

La exactitud para una completa y elegante confección de estas prendas, se obtiene en las descripciones que acompañan a los sobres de cada patrón.

La más apropiado las señoras gruesas y de edad



Blusa 6582

Blusa 7212

6582—Blusa para señoras.—Nueve tamaños: 86 a 127 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.85 m. de encaje negro de 91 cm.; 3.65 m. de crepé Georgette de 1.00 m.; y 55 cm. de crepé Georgette blanco para el cuello y chaleco. Para la señora gruesa esta es una blusa ideal.

7212—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.35 m. de raso de 91 cm.; 70 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para el chaleco fruncido y mangas; 55 cm. de encaje de 46 cm. para el cuello, solapas y forro del chaleco; 2.75 m. de cinta de terciopelo.

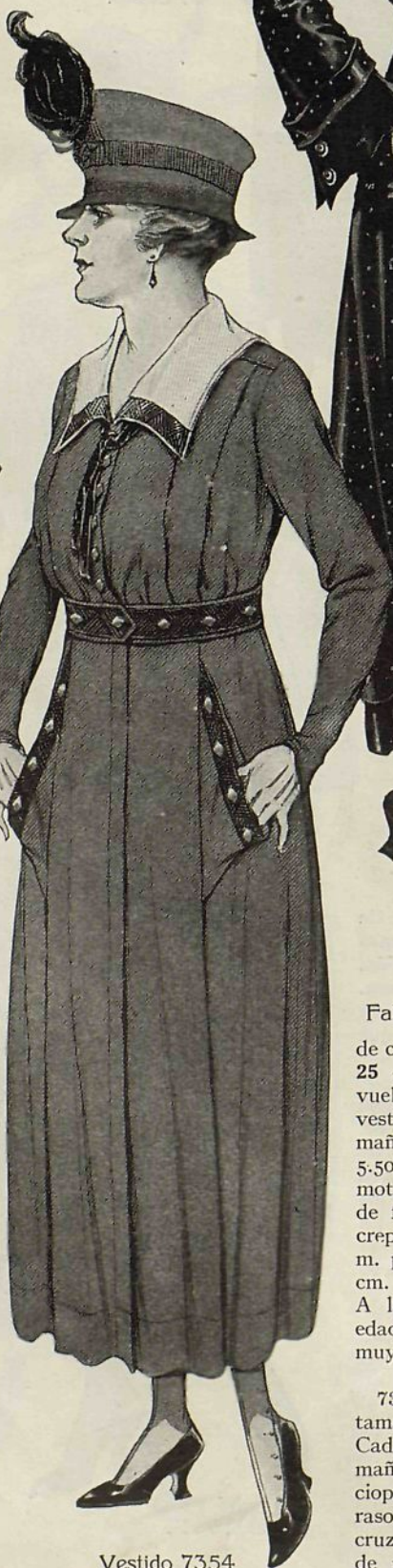
7399—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7228 — Falda con túnica para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm.



Vestido de una prenda 6983



Vestido 7379



Vestido 7354



Blusa 7399
Falda con túnica 7228

de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.35 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 5.50 m. de fular con motas de 91 cm.; 2.75 m. de fular liso; 45 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para el chaleco; y 35 cm. de banda de encaje. A las señoras de cierta edad o gruesas les sienta muy bien este vestido.

7379—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 6.85 m. de terciopelo negro de 91 cm.; 55 cm. de raso de 91 cm. para el chaleco cruzado y cuello; 90 cm. de ribete de pieles; y 22.00 m. de trencilla soutache. La falda tiene un vuelo de 2.85 m. La blusa va sobre un corpiño, y va unida a una falda



Blusa 7377
Falda fruncida 7144



con paño tableado delantero. Los detalles concretos para la más fácil confección de estas prendas, se obtienen en las descripciones que acompañan a los sobres de los patrones.

(Continúa en la página 34)

Ultimos avances de la moda para la próxima estación



Chaqué 7366
Falda 7339

7366—Chaqué ligeramente entallado para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 2.95 m. de sarga de 1.35 m. y 1.05 m. de trencilla para los adornos. No. 7339—Falda con paños tableados laterales, para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere: 2.65 m. de tela de 1.37 m. Tiene un vuelo de 2.50 m. Este bonito vestido lleva el nuevo chaqué semi-entallado, que es una de las nuevas notas de la moda para la próxima temporada. A cada lado del delantero y de la espalda hay una costura que se extiende

desde la del hombro hasta el borde inferior. El cuello es cambiabile, pudiéndose usar bajo, como se ilustra, o alto, con los delanteros abrochados en el cuello. La falda es una de los nuevos modelos de paños tableados en el costado.



Abrigo-Capa 7371

se muestra sin la esclavina, y para su confección se necesita 3.55 m. de tela de 1.37 m. y 35 cm. a listas cruzadas de 1.12 m. para el cuello. El abrigo está abierto en el frente, pudiéndose hacer de un solo paño que se extiende sobre la espalda en todo su ancho.

7371—Abrigo-Capa para señoras y señoritas.—Cuatro tamaños: 81, 91, 101 y 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.80 m. de gabardina de 1.12 m., 4.25 m. de taftán listas cruzadas de 91 cm., y 6.40 m. de trencilla para los adornos. El cuello es cambiabile, pudiendo usarse como se ilustra, o alto, cubriendo todo el cuello.

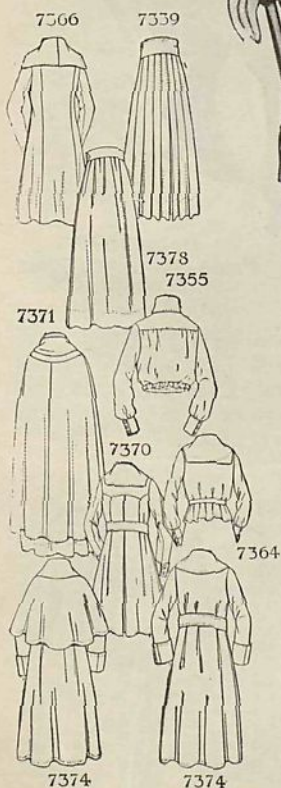
(Continúa en la página 34)



Blusa 7355

Blusa 7364

7364—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 1.70 m. de crepé Georgette de 1.00 m. de ancho para la blusa, y 45 cm. de crepé Georgette blanco para el cuello y los puños. El patrón transferible del bordado, No. 12030, vale 20 ctvs. oro.



Abrigo 7374

7374—Abrigo para señoras, con o sin esclavina.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere, si se hace con la esclavina, tal como se ilustra, 4.35 m. de tela de 1.37 m. Al pie de la página, en el extremo derecho, este mismo abrigo



Chaqué 7370
Falda 7378

Abrigo 7374

Originales modelos de blusas y vestidos de sociedad

7395—Blusa militar para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.15 m. de tela de hilo de 91 cm. El cuello alto y los bolsillos le dan el aspecto de la casaca militar americana.

7303—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 2.05 m. de tafetán color lana, de 91 cm. para la blusa; 3.20 m. de tafetán castaño para la falda, puños y adornos; 35 cm. de raso blanco para el cuello. La falda tiene un vuelo de 1.25 m. El patrón del bordado, No. 11939, vale 20 ctvs. oro. Entre las modas más elegantes de la temporada se encuentran las combinaciones de colores en una misma clase de tela y las faldas con drapeado en los costados. Las mangas ilustradas pueden reemplazarse por fruncidas.

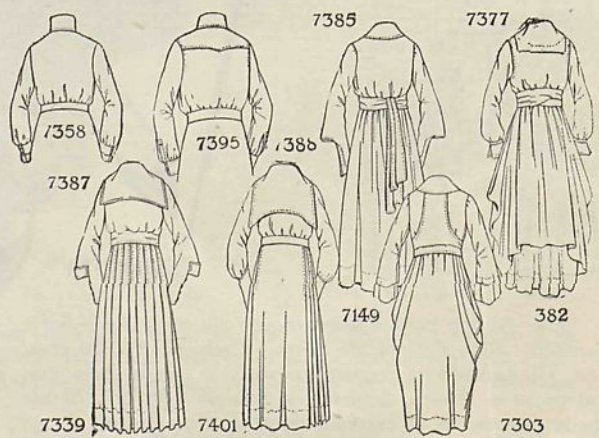
7385—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.95 m. de sarga a cuadros de 1.12 m.; 55 cm. de raso blanco de 91 cm. para el chaleco y solapas; y 35 cm. de terciopelo negro para los adornos. El patrón del diseño de trencilla, No. 11290, vale 20 ctvs. oro. No. 7149. Falda para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.30 m. de sarga a cuadros de 1.12 m. y 70 cm. extra para la banda de adorno. Tiene un vuelo de 2.75 m. La blusa se cierra delante, y lleva un chaleco que puede hacerse con escote cuadrado o de pico. El patrón facilita dos estilos de mangas.



7387—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.25 m. de gabardina de 1.37 m.; 45 cm. de raso de 91 cm. para el chaleco, solapas y adorno; y 35 cm. de crepé Georgette blanco para el chaleco cruzado. No. 7339.—Falda de paños tableados para señoras.—Cinco tamaños:

7388—Blusa para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.15 m. de tela cruzada de 1.12 m.; 55 cm. de organdí de 1.15 m. para el chaleco y cuello; y 55 cm. de crepé Georgette para las mangas. No. 7401.—Falda de paños tableados laterales, para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 4.55 m. de tela cruzada de 1.12 m.

7377—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 1.35 m. de raso negro de 91 cm. y 90 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas y chaleco. No. 7382.—Falda con túnica drapeada para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere: 2.30 m. de raso negro de 91 cm. para la falda, y 3.55 m. para la túnica.



Encantadores estilos para bailes y ocasiones diversas

7393—Blusa de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7005—Falda con túnica para señoras.—Seis tamaños: 51 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 3.10 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 4.55 m. de tafetán de 91 cm. para la blusa, cinturón y falda; 3.90 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para la túnica y mangas; 2.95 m. de banda de abalorio para la falda, 1.05 m. para los tirantes y 1.15 m. para las mangas. La parte de la sobreblusa va sobre un corpiño de cierre al frente, cubierto por la blusa, que para usarse en las tardes puede llevar un canesú cortado en una pieza con mangas largas.

6998—Jubón para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7230—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 51 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.35 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 4.80 m. de brocado de raso de 91 cm.; 1.15 m. de crepé Georgette de 1.00 m.; 1.25 m. de encaje de plata; y 80 cm. de encaje de 91 cm. para el corpiño. Este atrayente vestido de etiqueta muestra el nuevo jubón drapeado, formando una punta delante y atrás. Sobre los hombros lleva drapeados de crepé Georgette, constituyendo las mangas. El corpiño es sin mangas y se abrocha en el centro de atrás. La falda está drapeada en los lados.

7364—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.05 m. de tafetán a listas cruzadas, de 91 cm. de ancho y 45 cm. liso para el cuello. Este puede reemplazarse por uno redondo.



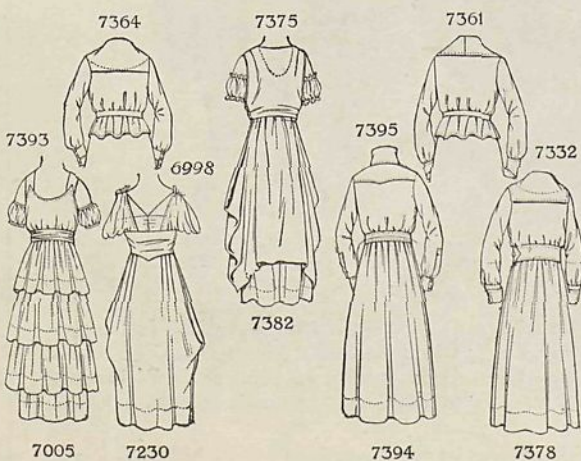
7375—Blusa de etiqueta para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7382—Falda con túnica drapeada para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.60 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 4.55 m. de chifón aterciopelado de 91 cm., para la blusa, túnica y faja; 1.85 m. de encaje de 46

cm. para las mangas de bullón y sección de adorno; y 1.70 m. de encaje de 1.10 m. para la falda. La blusa está drapeada en efecto de sobrepeliz, y sus extremidades forman la faja.

7395—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.15 m. de tela de hilo de 91 cm. No. 7394—Falda para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.40 m. de tela de hilo de 91 cm. La falda tiene un vuelo de 1.85 m. Este vestido es sencillo y práctico.

7332—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 2.40 m. de voile de 91 cm. y 55 cm. de piqué de 68 cm. para el cuello. El patrón perforado del monograma en el bolsillo, No. 537, de tres letras cualquiera y de 5 cm. vale 40 ctvs. oro; y de 7½

cm., 45 ctvs. No. 7378—Falda para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.30 m. de tela de lana a cuadros de 1.12 m. Tiene un vuelo de 2.05 m.



IMPORTANTE

Bajo ninguna circunstancia deben tomarse drogas para adelgazar a menos que las prescriba un médico respetable, pues ocasionan serios males a los órganos digestivos. También deben evitarse los ejercicios violentos para las personas gruesas.

PARA ADELGAZAR

no hay mejor cosa que nuestras prendas de goma y bandas, por las razones siguientes:

El cuerpo se compone de un 85% de agua y puede reducirse por medio del sudor sin producir efectos perjudiciales como ocurre con las drogas.

Las prendas de goma producen sudor donde se aplican, sin afectar otra parte del cuerpo.

Nuestras prendas de goma son el resultado de años de estudios científicos, y están recomendadas por eminentes médicos y especialistas de belleza.

Traje para adelgazar

Camisa de goma con mangas cortas . \$12.50

Calzón corto . \$12.50

Dígame la medida del busto para la camisa y la de la cintura para el calzón.



Brassiere

La espalda y los tirantes están hechos de coutil fino con adornos de puntilla hamburgesa, y el frente, entre las costuras de debajo del brazo, es de goma roja. Todo lo que se necesita para reducir el busto es

usar esta prenda unas cuantas horas todos los días.

Dígame la medida del busto.

Precio \$4.50

Jubón Eton

Todo hecho de goma roja con excepción de los tirantes. Tiene la misma altura delante y atrás para reducir las carnes desde la cintura hacia arriba.

Dígame la medida del busto.

Precio \$7.50

Para reducir las caderas

Tenemos esta prenda en almacén en una gran variedad de tamaños. Su largo es de 35 centímetros. Dígame la medida de la cintura y caderas, y si no la tenemos hecha, la haremos especialmente.

Precio \$6.50

Banda

para reducir la papada.

Se usa, como se ve en la ilustración, generalmente de noche. Se hace de goma pura, color rojo.

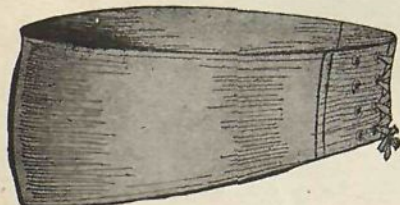
Precio \$1.00

Banda para la cabeza

Se usa para hacer desaparecer las arrugas de la frente y dejar la piel suave y blanca.

Precio 75 ctvs.

Para reducir la cintura



Este cinturón se hace de goma pura encarnada, y no solamente sirve para soportar el abdomen sino también para hacer desaparecer el exceso de gordura. Se fabrican en todos los tamaños, para ajustarse delante o atrás. Dése la medida alrededor de la parte más saliente.

Precio \$3.50

Los precios indicados son en oro americano e incluyen gastos de transporte a cualquier país.

Se ruega a los comerciantes nos escriban pidiendo detalles sobre las ventajosas condiciones y precios que ofrecemos para la exportación.

BAILEY RUBBER CO.
22 BOYLSTON ST. BOSTON, MASS., U. S. A.

Nueva variedad de prendas para usos diversos

7241—Delantal de trabajo para señoras y señoritas.—Cinco tamaños: 81, 91, 101, 112 y 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.30 m. de guinga a cuadros de 91 cm. de ancho.

7354—Vestido para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 6.65 m. de cambray de 68 cm. y 45 cm. de voile blanco de 91 cm. para el cuello. El patrón transferible del diseño de trencilla, No. 12321, vale 20 ctvs. oro. Para uso dentro de la casa no hay nada más práctico y bonito que este vestido, confeccionado de cambray

rosa o azul, con cuello de voile o piqué blanco. La blusa está plegada delante bajo una especie de canesú, que se forma extendiendo la espalda, por encima de los hombros. Las mangas pueden acortarse. La falda es sencilla y elegante.

7362—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.35 m. de tela de lana de 1.12 m. de ancho y 35 cm. de franela blanca para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. El patrón del diseño de trencilla, No. 11347, vale 20 ctvs. oro.



Delantal 7241



Vestido 7354



Vestido 7362



7360—Puños y Chorreras para señoras.—Dos tamaños: mediano y grande, que corresponden con 91 y 101 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro. La chorrera ilustrada requiere 55 cm. de organdí de 91 cm. El patrón del bordado, conteniendo 64 ramitas, No. 12206, vale 20 ctvs. oro.



Chorrera 7360



Cuellos 7043

7043—Cuellos para señoras y señoritas.—Tres tamaños: pequeño, mediano y grande. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El cuello drapeado que se ilustra, en tamaño mediano, requiere 35 cm. de raso de 91 cm. Además de este elegante cuello, otros cuatro, de diferentes estilos, se suministran en el patrón.

7389—Camisa para caballeros.—Diez tamaños: 81 a 127 cm. de pecho, que corresponden con 34 y 46 cm. de cuello.



Camisa 7389



Zaragüellas 7236

Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.95 m. de tela de 91 cm. de ancho. Se coloca por la cabeza. El canesú y el paño delantero de cierre.

7236—Zaragüellas para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.55 m. de guinga.

En las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA), que se vende en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW, instaladas en todo el mundo, encontrarán las señoritas infinidad de preciosos modelos

Novedades en ropa interior y para el hogar

7326—Combinación para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.05 m. de batista de color carne, de 91 cm. y 4.55 m. de encaje.

7348—Bata para señoras.—Cuatro tamaños: 91, 101, 112 y 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.45 m. de crepé de algodón con dibujos, de 91 cm. y 80 cm. de raso de 68 cm. para las bandas de adorno. Este modelo es atractivo y práctico.

7357—Pijamas para señoras.—Tres tamaños: 91, 101 y 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.95 m. de crepé de la China de 91 cm. de ancho.

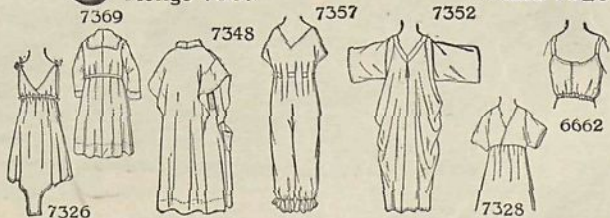
7352—Negligé o Bata para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.55 m. de crepé meteoro de 91 cm. y 1.05 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas. Esta es una de las nuevas batas drapeadas que son tan atractivas confeccionadas de raso suave o de seda. Las sisas son muy anchas.

6662—Camisola para señoras y señoritas.—Cuatro tamaños: 81, 91, 101 y 112 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 7 m. de crepé.



Las descripciones completas van en los sobres de los patrones.

7369—Abrigo de casa para niñas.—Seis tamaños: 1 a 10 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 3.40 m. de crepé de algodón o tela moteada, de 68 cm. de ancho.



7328—Camisa de dormir para señoras.—Nueve tamaños: 86 a 127 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.00 m. de crepé de la China de 91 cm. y 2.30 m. de encaje.

Innumerables y variadas prendas íntimas se pueden confeccionar comprando los patrones perfeccionados y a la medida que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW, que tenemos instaladas en el mundo entero.



El último estilo de
"Model Brassieres"
es el elegante
"Bandeau"

Todas las señoras, sean jóvenes o entradas en años, tratan de parecer jóvenes. Este deseo es una cualidad innata de la naturaleza femenina. Es la razón por la cual el nuevo estilo "Bandeau" de "Model Brassieres" se está usando por las señoras más elegantes del mundo.

El "Bandeau", ilustrado aquí, No. 576, se hace con bandas anchas y fuertes, de encaje Cluny, que se abrochan en la espalda, y con tirantes de encaje angosto haciendo juego.

Los "Model" Brassieres "Bandeau" se pueden obtener en todos los estilos, abrochados delante o atrás (altos, medianos o bajos), con o sin paño elástico, y de toda clase de materiales, sean de algodón, de fantasía o de seda, adornados con encajes.

Modele Ud su cuerpo
Con un
Model
MARCA COMERCIAL
brassière

Además, fabricamos cualquier otro estilo de Brassieres y de cualquier manera de broche que se use.

Escríbase pidiéndonos nuestro catálogo ilustrado en español o inglés, que mandamos gratis, y en el cual se describen numerosos estilos de Brassieres, exactamente como se están usando esta temporada en Nueva York, Londres y París.

A los comerciantes les rogamos nos escriban pidiéndonos descuentos y detalles sobre las ventajosas condiciones que ofrecemos para la exportación al por mayor.

Primer Premio en la Exposición Panamá - Pacífico. La más alta distinción otorgada en país alguno a un Brassiere.

Model Brassière Co.

Departamento P. R.
200 Fifth Avenue, Nueva York, E. U. A.



Las Imperfecciones de la Piel

como las pecas, espinillas, manchas, se extinguen con el uso de la CREMA "GRAHAM" PARA BLANQUEAR LA CARA, la cual restituye a la tez su pristino esplendor y brillantes atractivas.

Otros productos de la Sra. Graham para conservar la tez en buena condición y protegerla contra los efectos del sol y viento:—Polvo "Kosmeo," Crema "Kosmeo" Jabón "Kosmeo."

Todas las preparaciones "Graham" se venden en las droguerías más acreditadas, o pueden ser enviadas por correo con porte pagado.

Permítame que le envíe gratis mi librito titulado "Confidencias del Espejo," el cual describe todas mis preparaciones destinadas a la cultura de la belleza, indica el modo de usarlas, y facilita en general cuanto detalle está relacionado con ellas.

Se solicitan agentes en todos los países que aun no están representados.

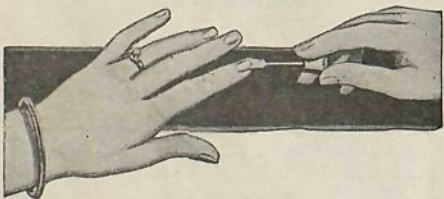


ULTIMA NOVEDAD
ESMALTE GRAHAM

PARA LAS UÑAS

Instantáneo

A Prueba de Agua



Instrucciones para el uso:—Simplemente aplique el Esmalte con el pincel, a la superficie de las uñas y deje secarlo durante uno o dos minutos. Esto es todo lo que se requiere para obtener el resultado deseado. No es necesario el pulimento. El lustre no será afectado por el agua o jabón.

Agencias Principales:

Argentina:
S. B. Lederer, Calle Piedras, Buenos Aires
Chile:
Daube & Co., Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta
Ecuador:
J. José Solá, Guayaquil
Porto Rico:
Porto Rico Drug Co., San Juan-Ponce
Colombia:
Acosta Madiedo, Barranquilla
Bolivia:
Enrique Aponte C., Oruro
Guatemala:
Renato Tixe, 6 A. S. No. 19, Guatemala
República Dominicana:
F. Mises Carbonel, Sto. Domingo
Perú:
Geo. W. Cock, Lima

Sra. Gervaise Graham

25 W. Illinois Street

CHICAGO

E. U. A.

Vestidos de calle y paseo para señoritas

7376—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 4.10 m. de tafetán de 91 cm.; 1.85 m. de crepé Georgette de 1.00 m.; 2.75 m. de banda ancha de abalorio y 3.65 m. de angosta. La falda tiene un vuelo de 1.50 m. Este encantador vestido muestra la nueva sobreblusa y falda drapeada que se estrecha hacia abajo.

7392—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 2.75 m. de tela a listas cruzadas de 1.12 m. para la falda; 2.95 m. de sarga para la blusa, banda de adorno y faja, y 70 cm. de paño fino.

7381—Abrigo para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 3.65 m. de tela a cuadros de 1.37 m. y 25 cm. de terciopelo de 46 cm. para los adornos. No. 7145 —Falda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.05 m. de tela de 1.37 m.



Vestido 7376

Abrigo 7381
Falda 7145

Vestido 7392

Vestido 7397

La nueva falda drapeada a los costados

cruzadas de 1.05 m. No. 7400—Falda para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.05 m. de tela de 1.12 m. Tiene un vuelo de 1.60 m. El patrón de la falda incluye una sobreblusa.

7396—Vestido de una pieza para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 1.85 m. de tafetán de 91 cm. para la blusa; 2.95 m. de terciopelo de 91 cm. para la falda, puños y cinturón; 35 cm. de crepé Georgette de 1.00 m.; y 80 cm. de encaje para el corpiño.

7397—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 3.65 m. de sarga de 1.12 m. y 2.30 m. de raso de 91 cm. En este bonito vestido se muestra el nuevo drapeado de costado de la túnica. La blusa cierra al costado.

7384—Chaqué para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.65 m. de tela Jersey de lana, de 1.37 m. y 25 cm. a listas

Chaqué 7384
Falda 7400

Vestido 7396

En las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA) que se vende en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW, instaladas en todo el mundo, encontrarán las señoritas infinidad de preciosos modelos.

Primorosos estilos para la juventud elegante

7396—Vestido de talle largo para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 1.70 m. de tafetán a listas cruzadas de 91 cm. para la blusa y mangas; 2.95 m. de tafetán sencillo para la falda, faja y puños; y 35 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 1.95 m. El tafetán sencillo y a listas cruzadas están admirablemente combinados en este elegante vestido, cuya falda lleva el nuevo drapeado bajo en los costados. La blusa se abrocha en el hombro izquierdo y debajo del brazo.

6229—Blusa para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 1.95 m. de tafetán de 91 cm. No. 7400—Falda con sobreblusa.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.50 m. de gabardina de 1.12 m. Tiene un vuelo de 1.60 m. La sobreblusa puede llevar escote cuadrado o de pico, y se cierra en el hombro izquierdo.



Vestido 7396

Chaqué Norfolk
7383
Falda 7400



7397 7400 7398 7396
tamaño 16 requiere 3.90 m. de estambre a cuadros de 1.12 m., 25 cm. de sarga blanca para el cuello, y 90 cm. de cinta de terciopelo para los adornos. La elegante blusa-camisa está alforzada bajo un canesú cuadrado. El cuello puede usarse alto o bajo, y las mangas ilustradas pueden reemplazarse.

7398—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.45 m. de sarga de 1.12 m. y 52.00 m. de trencilla soutache. El patrón transferible del diseño de trencilla, No. 12320, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 2.85 m. De efecto militar es este bonito vestido de sarga azul, con cuello alto y vuelto, que se puede volver hacia abajo si se desea. Se abrocha en la parte de atrás. La blusa va sobre un corpiño de escote alto o de pico. Las mangas ilustradas pueden reemplazarse por volantes. La blusa va unida a una falda de plegado lateral.
(Continúa en la página 34)

Vestido 7397

Vestido 7372

Vestido 7398

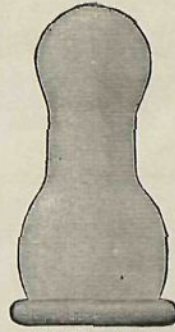
Una alimentación apropiada significa tener al bebé saludable y alegre

Su bebé tendrá mejillas rosadas y ojitos vivaces si se le da un alimento apropiado en los

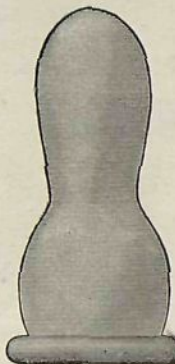
Pezones para Biberones



"PERFECTION"



"BALL TOP"



"HOUSEHOLD"

El "Nuevo" pezón Davol es muy recomendable, además de ser una necesidad práctica y duradera. Se hace de caucho puro en las siguientes combinaciones de colores: todo encarnado, imitando esmalte; todo negro, imitando esmalte; encarnado, con anillo negro e interior negro; y negro, con anillo e interior encarnados.

Las madres deben considerar que el nuevo pezón Davol ayuda eficazmente a regularizar la alimentación del niño, y es fácil de tenerlo siempre limpio e higiénico, debido a que sus superficies, exterior e interior, son lisas. Ni le afectarán los cólicos a su hijo, si está alimentado con el pezón Davol, pues sus propiedades no pueden decaer, dada su construcción especial.

Llamamos la atención a todas las madres hacia los tres estilos ilustrados.

A los comerciantes: Sirvanse escribir pidiéndonos nuestro precioso souvenir, catálogo y lista de precios.

Davol Rubber Company

71 Point St.

Providence, R. I., E. U. de A.



¡Traeme "Gets-It" Pronto!

¡"Gets-It"! Sí; ésta es la primera cosa que se piensa cuando se tiene un callo o una callosidad. Evítense los dolores, dificultades y molestias que siempre acarrearán el tratar de extraer un callo, siguiendo el tratamiento usado por millones de personas, que lo han hecho cómodo, sencilla y rápidamente con

"GETS-IT"

El fácil extractor de callos

Dos gotas puestas en dos segundos: esto es todo lo que hay que hacer. Después déjese que "Gets-It" haga el resto y se verá como el callo se ablanda hasta tal punto que se puede extraer tan fácilmente como si uno se estuviera quitando un guante. Es una locura irritar los dedos del pie haciendo experimentos con otros tratamientos, o todavía cortarse los callos, pues un corte mal dado lo ensangrentaría y causaría una peligrosa infección. "GETS IT" está manufacturado por E. Lawrence & Co., Chicago, Illinois, E. U. A. En venta en todas partes del mundo [por las farmacias y droguerías].

Depositarlos Generales:

Mendel y Cia., Buenos Aires; Glossop & Co., Río de Janeiro; Daube & Co., Valparaíso; Geo. W. Cook, Lima; Bankier & Linn, Montevideo; Mendel y Cia. Asunción; Enrique Aponte, Oruro; H. Caldera, Managua, Nicaragua.

Innumerables y bonitos modelos de trajes se muestran en las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA) que se vende en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW. Visítense nuestras agencias.

Selección de atractivos modelos para niños y niñas

7346—Abrigo para niños.—Cinco tamaños: 2 a 10 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 6 requiere 1.60 m. de cheviot de 1.37 m. Puede usarse suelto o con cinturón. No hay abrigo tan práctico como éste para el colegio.

7323—Vestido de una prenda, de paños tableados, para niñas y jovencitas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 12 requiere 2.95 m. de sarga azul de 1.12 m. y 45 cm. de franela blanca para el cuello.

7333—Abrigo para niñas.—Seis tamaños: 1 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 2.40 m. de terciopelo de 91 cm. Lleva un canesú cuadrado, pudiendo hacerse con o sin la esclavina.

7316—Abrigo Imperio para niñas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 10 requiere 2.95 m. de estambre de 1.37 m. La sección del cuerpo se une a la falda bajo el cinturón.

7367—Abrigo cruzado para niñas.—Cuatro tamaños: 2 a 5 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 5 requiere 1.85 m. de tela Jersey de lana de 1.37 m., 2.50 m. de raso de 91 cm. para el forro y 2.50 m. de banda de pieles para los adornos.



5581—Juego para bebés.—Un solo tamaño. Cada patrón, 20 ctvs. oro. Requiere 1.95 m. de nansú de 91 cm. para el vestido ilustrado. El juego incluye un kimono y una gorra, además del vestido.

Kimono 7368

7368—Kimono para bebés y niños.—Cuatro tamaños: bebés, 1, 2 y 4 años. El tamaño para bebés requiere 2.65 m. de tela de 68 cm. de ancho.

7296—Vestido Imperio para niñas.—Cuatro tamaños: 6 a 12 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 12 requiere 2.65 m. de sarga a cuadros de 1.12 m., 35 cm. de lisa y 12.80 m. de trencilla.

7237—Abrigo de paños tableados para niñas y jovencitas.—Cuatro tamaños: 8 a 14 años. Cada patrón, 25 ctvs.



7380—Vestido de una prenda para niñas.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 6 requiere 3.40 m. de guinga lisa de 68 cm. y 45 cm. de guinga a cuadros. El vestido puede hacerse con una o dos hileras de botones; el patrón facilita dos estilos de cuellos.

7359—Vestido para niñas.—Cuatro tamaños: 6 a 12 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 12 requiere 4.80 m. de dril de 68 cm. y 45 cm. de tela de hilo

de 91 cm. para el cuello, cinturón y bolsillos. La blusa se coloca por la cabeza. La falda se abrocha en la costura del costado izquierdo.

7331—Vestido Imperio para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 2.65 m. de cambray liso de 68 cm. y 1.15 m. de cambray a listas cruzadas. Una nota de novedad y atracción se le da a este precioso vestido mediante el bolero separado,

llevando bolsillos colgantes en los costados. El vestido y bolero se abrochan atrás.

7365—Vestido de una prenda para niñas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 12 requiere 3.10 m. de sarga de 1.12 m., 45 cm. de fular de 91 cm. para el cuello y la corbata, y 35 cm. de franela blanca para el pecherito. El patrón transferible del diseño de trencilla, No. 11602, vale 20 ctvs. oro.



Lo más elegante para el mundo joven e infantil



7338—Vestido Imperio para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 6 requiere 2.05 m. de terciopelo de 91 cm., 1.85 m. de pieles y 7.10 m. de trencilla soutache para los adornos. La falda está fruncida arriba.

7028—Vestido de una prenda para niñas y jovencitas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 10 requiere 3.90 m. de sarga a listas cruzadas de 1.00 m. y 55 cm. de raso de 68 cm. para el cuello y los puños.

7300—Vestido para niños.—Cinco tamaños: 4 a 12 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.50 m. de tela a cuadros de 1.12 m. y 25 cm. de piqué blanco de 91 cm. para el cuello y puños.

7319—Vestido para niñas.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.95 m. de tela lisa de 91 cm. y 25 cm. a listas. Las mangas pueden ser largas o cortas.

7198—Vestido para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 1.60 m. de cambray rosa de 91 cm. para la falda, cuello, puños y cinturón, y 90 cm. de linón blanco o voile de 91 cm. para la blusa.



Vestido Imperio 7338

7353—Vestido para bebés.—Un solo tamaño. Cada patrón, 20 ctvs. oro. Requiere 1.85 m. de nansú de 91 cm. para el vestido, y 2.30 m. de tela bordada para el vuelillo. El patrón transferible del bordado del canesú, No. 11573, vale 20 ctvs. oro.

5004—Esclavina y caperuza para bebés.—Un solo tamaño. Cada patrón, 20 ctvs. oro. Requiere 70 cm. de casimir de 91 cm. Está cortado en una sola pieza y su confección es muy fácil.

7356—Vestido para bebés.—Uno solo tamaño. Cada patrón, 20 ctvs. oro. Requiere 2.40 m. de batista de 91 cm. y 3.10 m. de encaje.

Vestido 7353

Esclavina 5004

Vestido 7356



Vestido 7363

Abrigo 7386



Vestido 7321



Vestido 7391



Vestido 7363

Vestido 7359

m. de cambray o guingua de 68 cm.

7391—Vestido para niños.—Siete tamaños: 4 a 12 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.85 m. de khaki de 91 cm.

La imperante moda militar y la cada día más entusiasta afición a los deportes higiénicos, exigen vestidos apropiados a la gente menuda, que cultiva la fisicultura con el pretexto de llamarse exploradores.

(Continúa en la página 34)



7363—Vestido para niñas y jovencitas.—Seis tamaños: 6 a 15 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 14 requiere, para la vista de la izquierda, 2.65 m. de sarga azul de 1.37 m. y 18 m. de trencilla soutache. Para la vista de la derecha, se requiere para el tamaño 8, 2.40 m. de tela a cuadros de 1.12 m., 25 cm. de sarga blanca para el cuello y 10 cm. de raso para la banda.

7386—Abrigo para niñas y jovencitas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 12 requiere, sin la esclavina, 3.10 m. de tela de 1.54 m. y 3.90 m. de forro de 91 cm.

7321—Vestido Imperio para niñas.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 6 requiere 3.55

Para vestir a los niños no hay nada mejor que comprar los patrones perfeccionados y a la medida que se venden en las agencias de PICTORIAL REVIEW. Estos patrones van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.

MARIQUITA

Viajando por el Mundo

Por A. ROMA PORTODO

(Véase la cubierta de atrás)

Dando tumbos por fronteras, sufriendo mil contratiempos, llegó a la tierra europea y en Italia se detuvo. Pasó de allí a la Suiza y por los franceses suelos internóse en nuestra España; la tierra de los toreros, del colorido y la gracia, de la canela y salero.

Pasó por las dos Castillas y en singular aventura, para una niña tan chica, —cosa de enamoramiento en la andaluza Sevilla,— vióse envuelta con un majo de la gitana familia: un don Juan dicharachero, de polaina y faja fina, de chaquetilla y caireles, de miradas expresivas, y de argolla en las orejas y tufo hasta las mejillas.

Dispuesta a hacerse flamenca para agradar a su majo salió a comprar vestimenta; un buen mantón de manila, una mantilla torera, un vestido rojo y gualdo un abanico de seda, y un buen manojo de flores que ponerse en la cabeza. Y con esos atavíos se preparó con presteza para asistir presumida a la fiesta de las fiestas, a una corrida de toros donde el gitano torea.

Entre sustos y atropellos del público entusiasmado, entre flores y requiebros, se ganó un par de docenas; y no decimos del pelo, del rojo de sus mejillas, de sus ojos retrecheros, del juego de su abanico y del enamoramiento, porque me iré sin quererlo a sacar a relucir el arte del gran Frascuelo.

Y vamos al gitanillo que delante de los cuernos estaba haciendo primores con la gracia de su ingenio, pensando en la Mariquita la flor de sus pensamientos. Ya una larga, ya una corta, ya verónica o cuarteo, o limpia hocico y rodilla en tierra, o ya en el suelo dando vuelta y remolino ante los temibles cuernos, que rozándole la ropa nunca le llegaba al cuerpo, mostraba su valentía a la niña de sus sueños.

Sonó el cornetín de muerte, figurada por supuesto, pues en la tierra de Dios y María Santísima, aquello de ver la sangre correr pasó como cuento viejo; y el gitanillo orgulloso, con todo su contoneo se dirige hacia el tendido que ocupa su pensamiento, y exclama lleno de fe para brindarle el berrendo: Por la viajera serrana, la de mirar tan inquieto, por la flor de la canela, por la del rubio cabello, ese toro ha de morir o yo en sus cuernos, lucero.

Con esa impresión salió Mariquita de su ensueño, radiante de andalucismo y encantada del toreo.

(Continuación de la página 25)

7370—Chaqué para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.65 m. de tela de 1.12 m. y 3.90 m. de forro de 91 cm. Puede hacerse de 1.00 m. o 1.12 m. de largo. No. 7378—Falda para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.30 m. de tela de 1.12 m. Tiene un vuelo de 2.05 m. Sumamente elegante es el vestido que se ilustra bajo estos dos números, el cual muestra el nuevo chaqué con cinturón y grandes bolsillos. El patrón suministra un canesú que no aparece en la ilustración. La falda es sencilla delante, y se abrocha en la costura del costado izquierdo. La parte de atrás está fruncida.

(Continuación de la página 26)

7354—Vestido para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.35 m. de tela cruzada de 1.12 m., 45 cm. de paño fino blanco para el cuello y 2.95 m. de trencilla de seda. Tiene un vuelo de 2.15 m. De perfiles rectos y sencillos es este atrayente ves-

H. Q., Matanzas.

¿Puede usted recomendarme un buen ejercicio para reducir mi cintura?

Contestación: No conozco nada mejor que éste: Coloque las manos sobre las caderas y lleve el cuerpo hacia atrás. Extienda los brazos hacia abajo hasta que las yemas de los dedos toquen al suelo. Vuelva las manos a las caderas y levante el tronco. Cuatro veces será bastante para este ejercicio. Esté segura de respirar hacia fuera al tiempo de inclinar el busto y de aspirar al levantarlo y nunca haga todo el movimiento con una sola respiración.

T. S. L., Montevideo.

Tengo unos hoyos muy feos en el cuello y un pecho plano y sin forma. ¿Cómo puedo desarrollarlos?

Contestación: Los mejores constructores de tejidos que conozco son la manteca y el cacao o el aceite de oliva. Restriéguese uno de ellos o los dos por el cuello y pecho todas las noches antes de acostarse, y no durante una semana, sino que es preciso seis meses a lo menos, contando con que esas partes llevan años sin desarrollarse, lo que imposibilita creer que puede conseguirse un cambio total en poco tiempo. No me atrevo a recomendarla ninguna otra medida extrema porque pudiera hacerle más mal que bien. Un masaje suave es siempre un excelente estimulante, pero nunca debe empezarse sin restregar primero una cold-cream, manteca o cacao o aceite de oliva, con los dedos.

S. B., Bolivia.

No soy una muchacha y mis manos hablan de mi edad más que ninguna otra parte de mi cuerpo. ¿Cómo las podré restaurar su primitiva gordura?

Contestación: Lo mejor es ir a un salón respetable de belleza para someterlas al tratamiento eléctrico. Después de unos días de ese tratamiento verá sus manos rellenas por la acción de la nueva vida que les dará la sangre. Renuévase este tratamiento de tiempo en tiempo, tantas veces como se necesite, y además aplíquese todas las noches la siguiente crema nutritiva:

Espermacti 6 onzas
Cera pura 2 onzas
Aceite de almendras 16 onzas
Glicerina 4 onzas
Agua de rosas 4 onzas
Borax 1 onza
Aceite de rosas 20 mínimos
Extracto de jazmín 1 onza

C. A., Caracas.

Estoy siempre disgustada con el cutis, que no responde a ningún tratamiento que le aplico, en mis deseos de mejorarlo todo lo posible. ¿Qué me recomienda usted?

Nuestros Patrones de los modelos ilustrados

tido, que se puede confeccionar de tela cruzada azul oscura o de sarga. La blusa está plegada a cada lado del delantero, y va unida a la falda, fruncida atrás.

7377—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7144—Falda fruncida para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido completo, en tamaño mediano requiere: 4.55 m. de tela de seda de 1.05 m.; 1.85 m. de crepé Georgette de 1.00 m.; y 22.00 m. de trencilla o cinta de terciopelo. De largas y graciosas líneas es este bonito de tarde, el que es muy apropiado para las señoras gruesas o de cierta edad. Puede confeccionarse de color topo, tierra, o verde olivo. La popelina de seda es la tela escogida para su hechura.

6983—Vestido de una prenda para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.80 m. de sarga a cuadros de 1.12 m. y 55 cm. de franela blanca para el chaleco y cuello.

(Continuación de la página 31)

7383—Chaqué Norfolk para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.40 m. de pana de terciopelo de algodón de 1.37 m. de ancho. No. 7400—Falda para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere, para la falda sin la sobreblusa, 1.35 m. de pana de terciopelo de algodón. Tiene un vuelo de 1.60 m.

7397—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.00 m. de terciopelo negro de 91 cm. y 35 cm. de raso blanco de 68 cm. para el cuello. El patrón del bordado, No. 11506, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 1.35 m.

(Continuación de la página 33)

7359—Vestido para niñas.—Cuatro tamaños: 6 a 12 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 10 requiere 1.25 m. de tela blanca de hilo de 91 cm. para la blusa, y 1.85 m. de tela azul para el cuello, falda y cinturón. El patrón del emblema de la manga, No. 12269, vale 20 ctvs. oro.

Pequeña Correspondencia

D. A., Méjico.

¿Quiere usted decirme lo que debo hacer con mi cabello? Desde hace

algun tiempo se está emblanqueciendo y quisiera restaurarlo a su primitivo color. Estoy casi descorazonada con los masajes de aceite de oliva que me doy todas las noches, los cuales contribuyen a oscurecerlos algún tanto, pero las puntas siguen lo mismo.

Contestación: No se desanime, pues los extremos tienen que ser naturalmente más tardíos en responder a cualquier tratamiento, teniéndose que confiar en que ha de tardarse tiempo en ver otra vez todo el cabello de uniforme color. Como paliativo podría teñirse los extremos del cabello con la siguiente tintura:

Hojas de henna 1 dracma
Raíz de ruibarbo ½ dracma
Agua de colonia 2 dracma
Agua de rosas 2 onzas

C. L., Lima.

Mi cabello es dorado claro, pero estoy notando que de algún tiempo a esta parte se está oscureciendo y eso me tiene muy disgustada, ¿Lo puedo evitar?

Contestación: Ponga en infusión sobre fuego lento:

1 onza de miel filtrada
1 onza de tallo de ruibarbo
3 onzas de vino blanco

Déjese enfriar por veinticuatro horas en un sitio frío y obscuro: restriéguese bien sobre el cuero cabelludo y humedeciendo el cabello con ella: séquese el cabello con una toalla suave, pero dejando que la mezcla se seque en la cabeza.

G. F. A., Santander.

Aun cuando no he cumplido los treinta años me disgusta mucho el ver encanecidos mis cabellos. ¿Podría recomendarle sin recurrir a tintes?

Contestación: La siguiente fórmula ha producido muy buenos resultados a varias personas:

Agua de alhucemas 4 onzas
Borax ¾ dracma
Sulfuro ¾ dracma
Terebene ¾ dracma

B. H., Cartagena.

Para suavizar el cutis en la forma que usted desea no conozco mejor loción que ésta:

40 gramos de sulfato de aluminio
4 onzas de agua de rosas
1 onza fluida de leche de almendras

Agítese bien hasta verla bien disuelta antes de usarla y aplíquese con preferencia por las noches después de lavarse bien la cara.

Fin de

Los Surcos de la Vida

que se apartaba de ellos horrorizado, se abrazaban amorosos, sellando con un tierno beso su nueva entrada en la luna de miel que habían de gozar el resto de sus vidas.

EPILOGO.

EN ESTA tercera visita anual que hacen los dos esposos al Doctor y Manolita, tienen la sorpresa de saber que ésta se casa con un hombre digno de ella, y que su abuelo, curado de sus ataques de gota, con sus setenta años felices será a la vez el padrino de esa boda y del hijo de dos meses que traen Elena y Enrique en este viaje.

El regocijo se hace extensivo a Hortensia y Daniel, perdonados generosamente, y que disfrutaban las ventajas de la fortuna de sus hermanos completamente libres de temores, porque el Barón falleció en la travesía de América, y completamente curados de preocupaciones y prejuicios en la nueva vida de trabajo y libertad que han emprendido.

Franklin Simon & Co.

Almacén de Tiendas Individuales
Fifth Avenue, 37th and 38th Streets, Nueva York

NUEVAS MODAS DE OTOÑO

VESTIDOS DE ETIQUETA, CONFECCIONADOS DE SEDA

Para señoras y señoritas



No. 25. Vestidos de etiqueta para señoras, de tafetán, que es una tela de seda suave, de colores azul, turquesa, orquídea, negro o blanco; jubón ancho, de pliegues, con mangas volantes de tul de seda que están unidas a bandas de abalorio de cristal; falda drapeada, bordada en el delantero y atrás con hilos metálicos de plata.....\$29.50

No. 27. Vestidos de etiqueta para señoras, de raso azul, turquesa, orquídea, durazno, blanco o negro; jubón de raso con encaje de plata y seda, sobre tela de plata; falda con túnica festoneada, llevando adornos de cinta de plata y guirnalda floral.....\$39.50

Tamaños para señoras: 85 a 112 cm. de busto



No. 29.—Vestidos de etiqueta para señoritas, de raso rosa, azul, maíz o blanco; jubón bordado con hilos metálicos de plata en combinación con tul de seda; falda con drapeado en los costados..\$29.50

No. 31.—Vestidos de etiqueta para señoritas, de tafetán, que es una tela de seda suave, de colores rosa, blanco, maíz o azul; jubón drapeado de tafetán de seda, con adornos de flores francesas jaspeadas; falda drapeada en los costados, mostrando inserciones de tul bordado de plata.....\$18.50

Tamaños para señoritas: 14 16 18 20 años
que corresponden a: 81 86 91 96 cm. de busto

Los pedidos por correo recibirán especial y pronta atención

El Libro de Modas de Otoño e Invierno "VESTIDOS CORRECTOS" que ilustra ropas hechas para señoras, señoritas, niñas, caballeros y niños.
Se mandará gratis pidiéndose al Departamento "BB"